
Asesinato
En el Grand Hotel
GRAND
JG Millán

Índice

PRIMERA PARTE

Entrevista con el mánager

—Mi contrato con Hazelnut terminó, Peter. Estoy listo para volver a Thertonball.

—¿No te lo renuevan, Rick? —preguntó el mánager.

—Sí, claro, pero prefiero volver con vosotros, con Ruddy.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto. Pensaba que ya te lo había comentado —expresó, con sorpresa.

—Algo me comentó de tu contrato, sí, pero no me dijo que pensabas volver.

—¿Ah no? —preguntó, decepcionado.

Rick pensaba que Ruddy, el guitarrista, iba a presionar a Peter para que lo admitieran en su grupo como bajista. De hecho, la última vez que estuvieron juntos él daba por hecho su reintegración en la banda. Pero estaba claro que su amigo no había hablado con el mánager. El viejo no le iba a mentir en eso, y entonces cambió de jugada. Ahora no se apoyaría en Ruddy.

—Bueno, en cualquier caso, creo que me podría reincorporar mañana mismo. Solo falta presentar mi renuncia a la renovación en Hazelnut, algo que podría hacer esta misma tarde.

El viejo se levantó del sillón y miró por la ventana. Tras unos segundos, se volvió y dijo:

—Mira Richard, el año pasado nos dejaste tirados como una colilla. Estábamos a solo dos semanas del concierto de presentación de la banda, y tuvimos que buscar a un bajista deprisa y corriendo. ¿Lo recuerdas?

—No tuve más remedio, Peter. El recurso legal a mi marcha no prosperó, y de haber seguido con vosotros hubiera tenido que indemnizar a Hazelnut por incumplimiento de contrato. Por eso me tuve que marchar con ellos para terminar el año que me faltaba. Aguanté hasta el último momento, pero no pude esperar más tiempo.

—Apostaste fuerte y perdiste.

—Yo no lo veo así; no aposté nada. Mi contrato con Hazelnut ligaba mi suerte a la de Ruddy, y marchándose él yo tenía las manos libres. Pero el Juzgado no lo entendió de esa manera, y perdí. Eso es todo.

—Claro, porque él era socio de Hazelnut. Podría irse cuando le diera la gana, Pero tú eras un simple empleado. Como eres ahora, si no me equivoco.

—De acuerdo, Peter, todo lo que tú quieras. Pero si temes que vuelva a hacer lo mismo, puedes estar tranquilo. Ya nada me liga a Hazelnut, y una vez que presente la carta esta tarde...

—No vas a volver a Thertonball, Dasley —increpó el mánager, llamándole por el apellido. El otro se lo quedó mirando y no contestó. Al cabo de un rato dijo:

—Pues no lo entiendo, sinceramente. No sé si lo dices por rencor, por resentimiento… o porqué. No lo entiendo, de verdad. ¿Acaso no soy un buen bajista? ¿Acaso no he demostrado sobradamente mi valía como músico?

—Mira Richard —suavizó, volviéndole a llamar por su nombre, aunque sin el diminutivo—No es rencor, ni resentimiento. Todos somos profesionales, y a mí lo que me interesa es el dinero, como te puedes imaginar. Para eso estoy en esta profesión. Y es lo único que me mueve, si te soy franco.

—Claro, y ¿entonces? Ya confiaste en mi cuando se formó el grupo. Y ahora, ¿qué es lo que pasa?

—Pues que tu puesto en Thertonball ya está ocupado —sentenció el mánager.

—Está ocupado por un portugués sin experiencia al que se le puede despedir en cualquier momento. ¿No es así? Tiene un contrato abierto, si no me han informado mal.

—Ruddy no te ha informado mal, Dasley. Tuvimos que recurrir a Kai porque era la única persona que encontramos disponible para poder hacer un concierto de presentación a falta de dos semanas para el mismo. La temporada ya había comenzado, y todos los bajistas que conocíamos estaban comprometidos. Adam nos lo presentó —con el beneplácito de Ruddy, te recuerdo—, e hizo una prueba lo suficientemente buena como para contratarle y así salir del paso.

—Eso es, para salir del paso. Pero ahora... la provisionalidad ha terminado, y yo ya estoy disponible. Te aseguro que no os voy a traicionar.

El viejo se lo quedó mirando durante un par de segundos, y por fin lo soltó:

—No vamos a renunciar a Kai para que entres tú —dijo,

solemnemente.

Dasley se reclinó en el sillón y miró fijamente al mánager. Entonces ya no le quedó otro remedio más que volver a sacar a su amigo para apoyarse en él.

—Ruddy ya había dado por hecha mi readmisión. El otro día estuvimos juntos y comentábamos lo que íbamos a hacer en el futuro. El grupo está trabajando con un nuevo álbum, Carnival creo que se llama, y estuvimos hablando de los sitios donde podríamos tocar.

—Mira Richard, si te soy sincero, igual que te digo que no he hablado con Ruddy, también te digo que no he hablado con los demás. Cuando constituí el grupo le di a Ruddy el cincuenta por ciento de la propiedad, y a Adam y a Arthur el otro cincuenta por ciento. Y yo, como mánager, me reservé el voto de calidad, para desempatar en caso de discusión. Puede ser que tu amigo venga a verme y me pida que entres. Cosa que ya te digo que no ha hecho. Pero si los otros dos se empeñan en que no vuelvas, como creo que harán, tu regreso solo dependerá de mi voto.

—No veo qué pueden tener Arthur y Adam en contra mía.

—Arthur no creo que tenga nada en tu contra, como tampoco creo que lo tenga Adam. Pero este y Kai, se han hecho muy amigos, y tanto él como Arthur están muy contentos con el portugués. Están colaborando juntos en la creación de Carnival, lo están haciendo muy bien, y no creo que les guste cambiar a Kai por ti a estas alturas.

—Ya, pero es que tiene que ser ahora o nunca. Yo no puedo esperar a que terminen Carnival para venir. No puedo quedarme un año en tierra de nadie. No sé si me entiendes…

—Pues entonces tendrá que ser nunca, Richard. Ya te digo que no he hablado con ellos, pero estoy cien por cien convencido de que no abogarán por ti. Solo te queda Ruddy, y yo no estaría tan seguro de esa baza, pues ya te digo que no me ha comentado nada. Pero, aunque lo hiciera, yo con mi voto… pues voto por Costa.

—Pero Kai no es tan bueno como…

—Kai Costa es tan bueno como tú tocando el bajo —interrumpió el mánager—. Y además colabora en la composición de las canciones de una manera determinante. Algo que tú jamás has hecho, por cierto.

—Ya, pero...

—Carnival está siendo compuesto casi en su integridad por él excepto tres o cuatro canciones que son de Adam y de Ruddy. Y, ¿sabes qué?

Sus canciones son las mejores de todas, y además con diferencia. Mismamente, en el primer álbum de Thertonball, en el que tú participaste, él retocó «Turmoil» y «Escape», unas canciones que se incluyeron como relleno. Pues resulta que ahora mismo son las que más descargas tienen en todas las plataformas…

—En definitiva —siguió—, bajistas hay muchos, y tú eres bueno, no te lo niego, pero él también lo es. Y encontrar un buen compositor… eso ya es más difícil, y creo que Kai es una joya en ese sentido. No es nada personal, ya te lo he dicho. A mí lo que me mueve es el dinero, y me parece que ese portugués me va a hacer muy, pero que muy rico.

Thertonball y Hazelnut

Richard Dasley recordó aquella conversación con Peter Cornerstone según avanzaba por la calle hacia el edificio Gherkin, en aquel soleado día de mayo. Había tenido lugar hacía ya doce años, es decir, en 2005, cuando él perdió la oportunidad de volver al grupo en el que militaba Ruddy Norfolk, el mejor guitarrista del mundo. Pero ahora las cosas habían cambiado, y él retornaba, doce años después, tras la salida de Kai Costa de la banda.

El edificio Gherkin era donde tenía las oficinas el mánager de Thertonball, y ahora él volvería allí con todos los honores. El contrato ya estaba listo para ser firmado, según le había informado la secretaria, y esta vez no tendría que suplicar nada.

Su amigo había sido también su compañero en Hazelnut antes de 2005, una banda de rock de primera línea en la que militaba también Helmut Murray, el cantante y verdadero motor del grupo.

Pero en aquella época, la guerra de egos entre el vocalista y el guitarrista llegó hasta un extremo en el que el primero no aguantó más la arrogancia y bravuconería del segundo, y el grupo se dividió en dos. Por un lado, estaban los partidarios de Helmut, que eran los que apoyaban la continuidad de este como líder, pues no en vano era el compositor principal de las canciones de la banda, además de ser un cantante carismático. El tecladista y el batería le apoyaron incondicionalmente, mientras que a Ruddy solo le apoyó el bajista, es decir, su incondicional amigo Richard Dasley.

Aquella guerra la perdió Ruddy, quien se vio obligado a abandonar el grupo y formar uno nuevo que terminó llamándose Thertonball. La tarea de formar y constituir la nueva banda le fue encargada al afamado mánager Peter Cornerstone, que se decía tenía un olfato innato para buscar y conseguir el éxito.

En un principio, el nuevo grupo estaría conformado por Ruddy y Richard más otros tres miembros que aquel reclutase y que trabarían para ellos. Pero el mánager no aceptó las condiciones que le planteaban, pues ya desde el primer momento se vio claro que el bajista podría abandonar precipitadamente la banda debido a las discrepancias con su contrato todavía en vigor en Hazelnut.

Así las cosas, el nuevo grupo quedó conformado por Ruddy Norfolk con una propiedad del cincuenta por ciento, y con el otro cincuenta repartido a partes iguales entre el cantante Adam White y el tecladista

Arthur Feather. Darle alguna participación a Richard Dasley hubiera significado en la práctica dársela a Ruddy, y entonces él poseería la mayoría del grupo.

La apuesta del mánager era clara: no podía dar al guitarrista más del cincuenta por ciento del grupo, pues eso podría significar a la larga otra desbandada como la que se había protagonizado en Hazelnut, o un declive por inconsistencia de su propietario, es decir, de Ruddy Norfolk. El contrapeso a ese guitarrista genial pero excéntrico, eran los otros dos, en quienes se apoyaba Peter Cornerstone para contrarrestar los excesos y desmadres de su líder. El grupo se vio completado con Bill Drake como baterista, que al igual que Richard Dasley, no tendría participación en la propiedad del grupo y solo serían asalariados.

El guitarrista era uno de los mejores en su instrumento, y eso es algo muy importante en una banda de rock. Pero una banda no es solo su guitarrista, y menos si este no es un compositor hábil. Para ser una banda importante y que genere dinero, necesita apoyarse también en un cantante carismático y en alguien escriba unas canciones de calidad. Y ese hombre era Helmut Murray en Hazelnut, y lo sería Adam White en Thertonball.

Pero la estancia de Richard Dasley en ese grupo apenas duró unos meses, el tiempo que tardaron sus integrantes en componer y ensayar las canciones de su primer álbum. Finalmente, el juicio le fue desfavorable y sus compañeros en Hazelnut le reclamaron para que siguiera con ellos o bien pagar una fuerte indemnización por incumplimiento de contrato.

Era una forma de humillarle, desde luego, por haber apoyado al bando equivocado. Los de su viejo grupo podían haberse buscado otro bajista y continuar sin Dasley, pero Helmut tenía sus propios planes. Por un lado, como sabía que tanto Ruddy como Richard iban a seguir siendo amigos, y dada la afición de ambos por la bebida, se garantizaba tener a un “espía” que le informara de los avances de su excompañero, pues el bajista tenía fama de irse de la lengua con facilidad. Aunque eso es un arma de doble filo, lógicamente, pero en esos momentos no se fiaba nada del otro y prefirió arriesgarse. Y por otro lado, a pesar de todo, Dasley era un bajista eficaz y con poca personalidad que se plegaba fácilmente a lo que se exigiera de él. Una herramienta útil, en cualquier caso.

Así las cosas, Richard se vio obligado a quedarse allí, humillado, para terminar el año de contrato que le quedaba, algo que hizo con resignación y con paciencia. Total, solo sería un año.

Pero lo malo fue que su sustituto en Thertonball resultó ser demasiado

bueno.

Kai Costa era un joven músico multi-instrumentista que Adam White había conocido por casualidad años atrás y que apenas tenía experiencia trabajando con bandas de primera línea. Pero dada la urgencia con que necesitaban un bajista tras la marcha de Dasley a falta de dos semanas para la presentación del grupo, no tuvieron más remedio que arriesgarse con él. Y desde luego que la apuesta fue todo un acierto. No solo encontraron un músico de primer nivel, sino también un compositor de los mejores. Además, era ingeniero de sonido y colaboraba activamente en la producción y en los arreglos finales de todas las canciones del grupo. Nada comparado con Dasley, desde luego, y el mánager apostó fuerte por él.

El grupo comenzó funcionando muy bien, pues los puestos clave estaban repartidos equitativamente. Por un lado, estaba Ruddy, que era la estrella del grupo, por otra parte, Adam, un cantante con unas cualidades vocales excepcionales, y un compositor que era Costa. Y lo mejor de todo era que el cantante y el bajista-compositor sabían manejar a la estrella con una mano izquierda que era digna de elogio, y así conseguían que este no se desparramara demasiado y rindiera lo mejor de sí mismo.

Las cosas funcionaron más o menos bien durante doce años, en los que Thertonball superó a Hazelnut en popularidad de forma notable. Gracias al impulso de Kai y la forma en que sus miembros se habían acoplado unos con otros, se constituyeron en los números uno del panorama rockero mundial.

Por su parte, la banda de Helmut se quedó definitivamente con Dasley y contrató a Lawrence Ayers como guitarrista en lugar de Rudy. Un guitarrista no tan bueno como el otro, pero igual de solvente y mucho más versátil. Y lo mejor de todo, el cantante tuvo libertad absoluta para crear y seguir manteniendo a la banda en un buen nivel a pesar de haber perdido a su estrella.

Pero doce años después las cosas estaban empezando a torcerse en Thertonball, y todo presagiaba que iba a ocurrir otra vez lo mismo que había pasado en Hazelnut tiempo atrás.

Un pub de ambiente exclusivo

—No le soporto más, Rick. Me tiene hasta las narices. Un día vamos a llegar a las manos, y esto se acabará.

Ruddy y Richard estaban en un pub londinense donde se habían citado tras terminar las giras que habían estado haciendo con sus respectivos grupos. El local estaba dentro de una exclusiva urbanización de las afueras, donde solo se accedía si uno era socio del mismo. Estaba frecuentado por artistas y gente famosa, y así no tenían a «moscones» y otros advenedizos que les molestaran pidiendo autógrafos y rogando hacerse una foto con ellos.

El guitarrista iba vestido con unos pantalones de cuero negro, una camisa de seda blanca, y una chaqueta también de cuero. Su melena rubia ensortijada se dejaba caer gentilmente sobre sus hombros, mientras sostenía el vaso de whisky con una mano llena de anillos. El bajista, por su parte, era más de ropa vaquera, y vestía un atuendo de ese material. También llevaba el pelo largo, aunque en su caso era oscuro, y a diferencia de su amigo, tenía un bigote grande que se fundía con una perilla sin afeitar.

Habían estado bastante tiempo sin verse por el asunto de las giras que cada uno había hecho con sus respectivos grupos, y apenas se habían llamado durante más de un año. Las bandas en las que militaban habían estado actuando en diversas ciudades alrededor del mundo y como siempre, Kai Costa y Helmut Murray, los líderes de ambas formaciones, se habían hablado para intentar no solaparse en ninguna de ellas.

—No sé por qué tiene él que meterse en todo lo que hacemos, Rick —continuó el guitarrista—. Que se limite al plano musical, y con eso sería suficiente. Para eso se lo contrató.

—¿Sigue con su manía de revisar todos los aparatos?

—Si solo fuera eso… me parece hasta bien. Eso es algo que no está de más, aunque ya tenemos gente que se encarga de esos trabajos. Pero bueno, si no se fía, pues allá él. Pero es que está revisando hasta dónde tenemos qué tocar y a qué horas.

—¿Eso no es cosa de Peter?

—Pues claro. Siempre fue cosa del mánager y mía, hasta que Kai se metió también en eso. Y Cornerstone le hace caso en todo y a mí me ignora.

—Eso es lo que más te duele, ¡eh Rud!

—Me conoces bien, viejo amigo. Pero sí, me fastidia, no te lo voy a negar. Yo ya casi no puedo ni opinar. Igual que pasó con lo de las chicas.

—¿Te refieres a la hermana de Adam y a su mujer?

—Pues sí. Rose y Louise entraron en el grupo porque los dos se empeñaron. Al principio solo hacían los coros, pero últimamente quieren que canten también.

—No lo hacen mal ninguna de las dos, Ruddy.

—A mí no me importa que canten, Rick, lo que me fastidia es que lo hagan porque ellos dos así lo quieren. Porque Adam y Kai así lo dicen, y los demás nos tenemos que aguantar. El grupo se parece ahora a una dictadura donde mandan esas dos parejas, el hermano y la hermana y la mujer y el cuñado.

—Pero, ¿Kai está liado con Rose?

—Ellos dicen que no, pero no es verdad. No sé qué ve Kai en esa enana escuálida que es la hermana de Adam. Eso sí, de ser verdad, la pone unos cuernos que no sé cómo los aguanta. En cada ciudad se acuesta con una chica diferente, no te digo más.

—Bueno, eso lo hemos hecho todos, Rud.

—Todos no, Rick. Adam es escrupulosamente fiel a Louise, eso te lo puedo asegurar.

—Eso tú no lo sabes, viejo. Es difícil no caer en algunas tentaciones.

—Pues este tío las resiste todas. Por ejemplo, el mes pasado en Madrid, tuvimos uno de los últimos conciertos de la temporada. Pues allí le estaba esperando una chica… ¡pero qué chica! Tenías que haberla visto. Unas curvas… unas tetas… despampanante, de verdad.

—Sería una del club de fans.

—Sí, seguro. Bueno, pues no veas cómo se le insinuó… a tumba abierta, amigo. Pero nada, no consiguió ni que la mirara.

—Estaría su mujer, Louise, delante…

—No, no lo estaba. Ella llegó después. Se había quedado en el escenario con la cuñada, con Rose. Podía haber pasado un rato con esa chica si hubiera querido, y la mujer ni se hubiera enterado.

—Es un fanático religioso, es por eso —insinuó el bajista.

—Sí, ya lo sé, porque si no, no se explica. Como sí se explica que Kai se la llevara, a pesar de estar saliendo con Rose.

—¿Al final se fue con él?

—Sí, ya te digo que lo intentó primero con Adam, y como no funcionó se fue a por Kai. Y este cayó, lógicamente, como hubiera caído yo de haber venido a por mí. O tú, aunque estés con Carla.

—No creo que esa tía estuviera más buena que Carla.

—Era diferente. Morena en lugar de rubia, no tan delgada, más joven… Desde luego, en pecho no tenía rival.

—Me sigo quedando con Carla, a pesar de que casi no nos vemos.

—Porque no coincidís, ¿verdad?

—Eso es. Ella también tiene sus giras de modelos, como nosotros de conciertos, y casi nunca estamos en Londres.

—Vamos, que quizás te ponga los cuernos cuando está por ahí…

Richard se quedó mirando a su amigo con cara de circunstancia, pero no dijo nada. Se limitó a apurar el vaso de ginebra que se estaba tomando, mientras el otro hizo lo propio con otro de whisky. Después de un rato de silencio, el bajista continuó:

—Podrías venirte con nosotros, Rud, con Hazelnut, si tan harto estás. Lawrence está pensando en retirarse y creo que va a iniciar un proyecto en solitario, o quizás forme otra banda con músicos jóvenes.

—¿Volver con Helmut? —respondió, sin pensar—. Tú estás loco, Rick.

—Vamos, Rud, han pasado once años… Pelillos a la mar, como se suele decir. Yo creo que en Hazelnut estarías como antes. Al principio os llevabais muy bien él y tú.

—Yo no vuelvo con ese engreído estúpido, ni aunque me maten. Prefiero tocar en una banda de segunda o tercera fila antes de estar con él.

Hotel Sheraton Praga

Richard Dasley podría considerarse un hombre afortunado. Su padre era un importante magnate financiero de la City Londinense, y su madre era hermana de un tiburón de Wall Street llamado Richard Dwight. Precisamente su nombre había sido puesto en honor a este personaje, al que, a decir verdad, había visto muy pocas veces en su vida. Tan solo cuando su grupo actuaba en New York, o cuando el señor Dwight tenía que acudir a Londres por algún asunto de negocios, se veían el tío y el sobrino. Pero no hizo falta que tuvieran más confianza. El tío falleció con ochenta años de edad y en ausencia de hijos y de otros herederos dejó parte de su patrimonio a su sobrino, pues la hermana —la madre de Richard— también había fallecido de cáncer hacía pocos años.

Los terrenos y mansiones que el señor Dwight poseía en Estados Unidos se fueron a parar a su pareja y a los hijos de esta, mientras que Rick se encontró heredero de un importante contingente de acciones que aquel tiburón tenía en corporaciones de toda índole, incluyendo un nutrido grupo de participaciones en Facebook, la dueña de la red social del mismo nombre, pero también de Instagram y Whatsapp entre otras. Tan importante fue este paquete accionarial, que Richard, o Rick, como le gustaba que le llamaran, tuvo poder suficiente para sentarse en el consejo de administración de la compañía y tomar parte en sus decisiones. Algo que delegaba siempre en su administrador, porque, a decir verdad, a él no le interesaban nada los negocios. A él lo que le gustaba era el rock, y su mayor pasión era tocar en una banda ante decenas de miles de aficionados que abarrotaban los estadios donde tocaba su grupo de siempre, el grupo en el que militaba desde hacía ya quince años, es decir, en Hazelnut.

A él le hubiera gustado tocar en Thertonball, con Ruddy, pero ya se había acostumbrado a su banda de siempre, y no lo llevaba mal. Tanto el líder, Helmut, como el resto de sus integrantes le trababan con profesionalidad, y con el guitarrista que sustituyó a Ruddy cuando se fue había llegado a tener bastante camaradería. Aun así, él deseaba volver al grupo de su amigo, pero eso no iba a suceder de inmediato, aunque las cosas se iban a torcer lo suficiente como para facilitar su regreso.

Pero además, Richard era también afortunado por tener una vida sexual muy activa. Se vanagloriaba por haber estado con mujeres de todas las razas y de todas las constituciones posibles en un afán casi de coleccionista. Como integrante de una banda de rock de primera línea,

las aficionadas que estaban dispuestas a pasar una noche con él se podían contar por decenas en cuanto que su grupo daba un concierto en una ciudad. A eso había dedicado su vida, aunque ahora, a sus treinta y cinco años, había sentado la cabeza. Su promiscuidad hacía cesado, pues se había casado con una mujer que lo disfrutaba en exclusiva: la conocida modelo internacional Carla Watts.

Carla era una mujer de temperamento, y ciertamente atractiva. No soportaba la infidelidad, y Richard estaba en sus manos en ese sentido. Desde que se popularizaron las redes sociales, era muy fácil hacer una foto a una pareja y que alguien la subiera a una red. Mismamente, las propias aficionadas lo hacían con frecuencia para presumir ante sus amigas, y Richard no podía arriesgarse a tener un desliz con cualquiera y romper su relación con Carla por una noche de pasión.

Pero lo cierto es que se veían poco. Como le había dicho a Ruddy, se pasaban la mayor parte del tiempo de gira, y no era normal que coincidieran. A pesar de eso, si estaban en el mismo país, hacían por verse, aunque no visitaran la misma ciudad.

Pero con quien sí coincidió Carla fue con Ruddy, con ocasión de un desfile de modelos en Praga, y un concierto de Thertonball en la misma ciudad. Además, los dos se hospedaban en el mejor hotel de allí, es decir, el hotel Sheraton.

El guitarrista estaba en el bar, tomando un whisky cuando la vio aparecer. Venía de uno de los ascensores del fondo, con su vestido ajustado a la cintura mediante un cinturón a juego, sus zapatos de tacón de aguja, y su pelo rubio estrictamente recogido en una coleta que le salía de la nuca prácticamente de forma horizontal. Parecía como si hubieran quedado el uno con el otro, si no fuera por lo que se dijeron nada más verse:

—¡Caramba! Si es Carla Watts…

—Ruddy Norfolk… ¿qué estás haciendo aquí?

—Mañana tenemos un concierto en el Great Strahov Stadium.

—¿Es por la mañana?

—¿Por la mañana? ¡Oh, no! Es por la tarde, casi por la noche. Pero Kai, nuestro bajista, prefiere venir un día antes. Así puede comprobar que todo está en regla antes de la actuación. Es un poco… meticuloso, podríamos decir. ¿Y tú? ¿Has venido para un desfile?

—Correcto. Las chicas y yo tenemos que presentar una serie de modelos. Pero nosotras tenemos sesiones desde primera hora.

—Tendréis que madrugar, supongo…

—Sí, pero en nuestra profesión eso significa estar en la pasarela a partir de las diez de la mañana.

—Jajá, ahora entiendo por qué bajas al bar a estas horas… Ya casi no queda nadie despierto en el hotel…

—Bajo porque me aburro, Ruddy. ¿Y tú? ¿No estás con alguna aficionada de esas que os esperan a la puerta de los hoteles? —preguntó, con una sonrisa, mientras le miraba con picardía.

—¿Te refieres a esas con las que se acuesta tu marido? —respondió él con la misma expresión.

La mujer no contestó nada inmediatamente, pero lo hizo después de una pausa.

—Richard no se atrevería a hacerme tal cosa. ¿O es que a ti te ha contado algo? —preguntó, con cautela.

—A mí me lo cuenta todo, ya lo sabes. De haberte sido infiel yo lo sabría; de eso puedes estar segura. A mí me cuenta todo lo que hace, y eso que estamos diciendo, lo ha hecho en el pasado, sí, como lo hemos hecho todos.

—¿También te cuenta lo que hace conmigo?

—No. De eso no suelta prenda. Le tienes bien aleccionado —respondió, sonriendo.

La mujer sonrió también y después de unos segundos le dijo: —Entonces tú ya no lo haces… ¿Eh, Ruddy? Me refiero a lo de subirte a las aficionadas a tu habitación.

—Yo me reservo para la gente interesante, Carla. Para la gente como tú. Ya tengo cerca de cuarenta años, y no me van las jovencitas —le insinuó, mientras miraba sus ojos azules con sus penetrantes ojos grises. La mujer le aguantó la mirada con la misma sonrisa de antes, y después la desvió hacia el camarero—. ¿Qué quieres tomar? —se adelantó él.

—Ginebra.

—Vaya, lo mismo que toma Ricky. Ahora entiendo por qué estáis juntos. ¡Camarero! —interpeló al empleado—. Por favor, sirva una ginebra, con hielo.

El barman hizo lo que le pedían, y Carla no detuvo al hombre mientras este llenaba el vaso, con lo cual lo completó hasta el borde.

Después de hacerlo, Ruddy pidió otro whisky y los dos se acomodaron en uno de los sillones que rodeaban aquel lugar.

Ruddy Norfolk era un tipo atractivo. Rubio como ella, con el pelo largo y rizado y una sonrisa irónica que siempre mantenía excepto cuando se enfadaba. Iba en todo momento escrupulosamente afeitado y pulcramente vestido, incluso dentro de aquella indumentaria de cuero negro con tachuelas y líneas de brillantina que llevaba cuando iba a dar un concierto. Todo un paradigma del mundo del rock, al igual que sus compañeros, y no era de extrañar que las jovencitas se desvivieran por caer en los brazos de alguno de ellos, a pesar de que ya no eran los veinteañeros que habían sido en la década anterior.

—No es que yo beba ginebra porque la beba Rick. Es más bien al contrario —dijo ella.

—Lo sé, Carla. Él siempre fue más de cerveza.

—Yo a ese brebaje, ni me acerco. Y creo que él ya no lo hace, o al menos conmigo.

—Conmigo tampoco, si te soy sincero. Aunque no nos vemos mucho, pues procuramos no coincidir.

—Y eso… ¿por qué es? Muchos grupos tocan y van de gira juntos…

—Ya, pero es que Thertonball y Hazelnut somos las bandas más punteras del momento. Si fuéramos juntos, uno de los dos tendría que tocar primero y hacer de «telonero», como decimos en el argot. Eso vale para los grupos locales, o para los que están empezando y tienen cierta proyección. Algunos hasta pagan por eso, fíjate. Pero en Hazelnut no están dispuestos a hacer de teloneros nuestros, ni obviamente nosotros de ellos.

—Ya entiendo. Si actuaseis juntos, o incluso en diferentes sitios, pero en los mismos días, el público tendría que ir a los dos conciertos, o bien a uno solo.

—Exacto. Compartimos aficionados, como puedes imaginar. Hacemos el mismo tipo de música, y no todo el mundo puede permitirse asistir a dos conciertos caros en poco espacio de tiempo. Por eso nos ponemos de acuerdo para no coincidir. Vamos, se ponen de acuerdo, porque yo en eso no intervengo.

—¿Quién lo hace entonces?

—Lo hace Helmut, el jefe de Rick, junto con Kai, nuestro bajista.

—¿Eso es cometido de un bajista?

—No —contestó, cambiando su cara sonriente por otra más seria—. Eso lo tendría que hacer Cornerstone, nuestro mánager, pero Kai se mete en todo, y el otro le deja hacer; así tiene menos trabajo. Como líder del grupo lo tendría que hacer yo, pero prefiero que lo haga él. Así me evito el tener que hablar con ese desgraciado.

—¿Te refieres a Helmut? Sigues resentido con él…

—Tuvimos nuestras discrepancias en el pasado —dijo volviendo a su sonrisa—. Pero ahora ya me da igual. Yo creo que es mejor así. No hablar nada para no resucitar viejas rencillas… y todos contentos.

—Y, respecto a Kai… dices que tú eres el líder del grupo, pero la prensa habla de él como el líder de Thertonball. ¿Qué me dices a eso? —preguntó, sabiendo que le iba a hacer daño.

—¿Tú como sabes eso? —respondió, a la defensiva—. ¿Acaso sigues a nuestra banda?

—No, sigo a la de Rick. A Hazelnut. Pero cuando la prensa especializada habla de ellos, también habla de vosotros.

—Esta banda no sería nada sin mí —respondió rápidamente, con arrogancia—. Por mucho que Kai escriba las canciones, la gente viene a verme a mí, y viene a ver como hago los solos de guitarra más espectaculares que han existido. De eso puedes estar segura.

Carla miró a su interlocutor con la misma cara de picardía que antes, y no contestó a lo que le acababa de decir. Le gustaba provocar a los hombres, y le gustaba darles donde más les dolía. Ya se lo compensaría después.

Porque Ruddy era un hombre que siempre le había gustado. Le gustaba físicamente, y le gustaba en esa faceta de «femme fatale» que tanto le agradaba representar. Él era una víctima perfecta en la que recrearse, y en ese momento se preguntó porque no habría elegido salir con él en lugar de casarse con el insulso Richard.

«El dinero», pensó. «Eso, es; es por el dinero», se dijo. Los hombres con dinero poseen una atracción especial que hasta una mujer como ella no puede evitar tener. Y también la comodidad, lógicamente. Mientras estuviera con Richard podría vivir en aquel castillo en el «countryside» que anteriormente había sido propiedad de un Lord emparentado con la realeza, y no tendría que gastar ni una libra de su fortuna personal. Una fortuna de la que gozaba por ser una modelo de primera línea conocida en todo el mundo, y cuyo matrimonio con aquel tipo mal encarado, con el pelo largo y con bigote representaba un contraste que le encantaba.

Porque ese era Richard Dasley. Un nuevo rico que nadaba en millones como ningún otro, pero que era el prototipo de rockero al uso, el típico de los primeros tiempos: desgreñado, sin afeitar, rudo, de aspecto feroz… aunque por dentro era un hombre dócil, sin personalidad alguna, muy fácil de manejar por todos, y lógicamente ella era quién le manipulaba mejor.

«Sí. Por eso estoy con él», pensó, mientras se apuraba aquel vaso de ginebra, y sin dejar de mirar a Ruddy. Carla ya estaba en el declive de su juventud, y sabía que no le quedaban muchos años de profesión. La pujanza de las jóvenes modelos era brutal, y aunque todavía tenía un cuerpo envidiable, sabía que no podía durar eternamente. Además, quería tener un hijo y «la biología es la biología», se volvió a decir. Richard podría ser un buen padre, aunque solo fuera por el dinero que tenía.

Pero lo cierto es que el ejemplar masculino que tenía delante excitaba sus instintos y sus deseos de una manera que no podía controlar más que haciendo un esfuerzo extra que no estaba dispuesta a hacer. Entonces se lo dijo con la mirada, y como no podía ser de otra manera, él sucumbió.

—Las noches de invierno son largas y frías en esta ciudad, Carla. Y no me apetece pasar esta noche solo.

—Podías haber elegido a algunas de las chicas que había esta tarde por aquí, esperando que llegarais. Las de vuestro club de fans… Seguro que alguno de tus compañeros está con alguna ahora mismo, pasando una cálida noche.

—Sí, seguro. Pero yo te estaba esperando a ti —dijo, mientras se levantaba y se dirigía hacia la barra del bar. Allí soltó un billete a modo de propina, dio su número de habitación y volvió para recoger a Carla. Los dos se marcharon hacia los pasillos que daban a sus habitaciones, y cuando llegaron a la puerta de la de él, ella le preguntó:

—Oye, Ruddy, esto no se lo dirás a tu amigo, ¿verdad?

—Tranquila, el flujo de información va siempre de él hacia mí. Nunca al revés.

Devonshire

Ruddy había visto las fotos del palacio donde ahora vivía su amigo, y se había quedado francamente impresionado. Pero se impresionó todavía más cuando lo visitó en persona.

Hacía tiempo que se lo había comprado, pero aún no había tenido ocasión de ir. Cuando no eran las giras de Hazelnut eran las de Thertonball, y eso hacía que no coincidieran demasiado. Y cuando estaban en Londres solían quedar en el pub que les gustaba a los dos.

Pero ese día Carla insistió en que Richard invitara a Ruddy a comer, y este no se negó.

Mientras avanzaba por el camino que serpenteaba entre el bosque, ya dentro de la finca, pudo por fin en una curva, atisbar la mansión a lo lejos.

Finalmente, los árboles dieron paso a un inmenso claro formado por un césped exquisitamente cuidado, y el guitarrista aparcó su vehículo enfrente de la gran puerta de aquella estupenda casa.

Cuando lo hizo salió a recibirle un mayordomo vestido con frac y sombrero, y le saludó como si Ruddy fuera el mismísimo conde de Rochester. El mismo sujeto le acompañó al interior, donde una ama de llaves le condujo hacia el lugar donde se encontraba Richard. Pero antes de llegar tuvo que atravesar un inmenso hall del que colgaba una lámpara de araña compuesta por más de cinco mil cristales, según le informó la mujer, para a continuación subir por unas escaleras "estilo imperio" que le llevaron a la planta de arriba.

Por fin, tras recorrer interminables pasillos, llegó al salón principal —pues había otros salones secundarios—, y allí se encontró por fin con su amigo.

—Sir Richard Dasley, supongo —dijo, con guasa.

—Hola Rud, pasa. Todavía no soy «sir», pero todo se andará —replicó, siguiéndole el juego.

El bajista se encontraba sentado en un sofá con una tableta en la mano, mientras con la otra bebía algo en un vaso con hielos. «Probablemente, será ginebra», pensó el guitarrista, y no se equivocó. Aquel hombre era un elemento discordante dentro de aquel salón. Una rica estancia con techos altos y esbeltas ventanas formadas por cristales enmarcados de estilo victoriano y con muebles de época. Su

dueño debería ser alguien con camisas de encaje y pantalones de seda, pero no era el caso. Rick vestía sus acostumbrados pantalones vaqueros desgastados, su camiseta negra de manga corta, y como siempre, llevaba el pelo alborotado y la barba sin afeitar. Más que el propietario de la mansión, parecía un operario que había pasado por allí para efectuar una reparación.

—Siéntate, Rud, ahora vendrá Carla. Estaba viendo un video de vuestra última actuación en Hanover.

—¿Ah sí? Y, ¿qué te parece?

—Estás espectacular, como siempre. Dominas el puntillismo como ningún otro. Ha sido por influencia de Kai, ¿no es así?

—No —contestó con sequedad—. Yo ya hacía puntillismo en Hazelnut.

—Vamos, Ruddy, que nos conocemos bien… Yo estaba contigo en Hazelnut, y tú no tenías ese estilo con nosotros.

—Vale, sí, ha sido por influencia de Kai —admitió—. ¿Algún problema?

—No, claro que no.

—Simplemente, me lo sugirió, y me pareció bien. Le da mucha más intensidad a las canciones y en muchos punteos se nota más el virtuosismo.

—Del que no careces, desde luego. Pero, dime una cosa. ¿Por qué está él siempre más adelantado que los demás?

—Más que yo no lo está.

—No, tú estás más o menos a su nivel, pero si te fijas, él está por delante de Adam, y eso que este es el cantante. ¿No debería él estar a tu altura y el bajista detrás?

—Creo que lo hace para darles indicaciones a los demás, para que cambien el ritmo, el compás o la octava. Si estuviera por detrás de ellos, no lo podría hacer.

—Vamos, como si fuera un director de orquesta, ¿no es así?

—Sí, puede ser, aunque ya te digo que a mí no me dirige. Puede que con los demás lo haga, pero no conmigo. Yo voy por libre.

En ese momento, llegó Carla, entrando por una de las puertas del fondo. Al contrario que su marido, esta vestía de una forma exquisita.

Un amplio vestido color crudo con falda pantalón sujeto por la cintura para que se le marcara más, y perfectamente maquillada. Pareciera que iba a presentar ese mismo vestido en una pasarela en los próximos minutos.

Los dos hombres se la quedaron mirando, aunque fue el guitarrista quien la miró por más tiempo y de forma más intensa.

—Hola Ruddy. ¿Te ha gustado el *devonshire*?

—Vaya, así llamáis a esta finca... Pues sí, no está nada mal. Tenéis una bonita casa, desde luego. Aunque yo quitaría el bosque ese de la entrada y construiría en su lugar un campo de golf.

—Pues no te creas que no lo he pensado —respondió el anfitrión—. Pero los ecologistas no nos dejan derribar ni un solo árbol.

—El mundo ya no es lo que era, ¡eh, Richard!

—Pues sí, hoy en día uno tiene que pedir permiso hasta para hacer obras en su propia casa.

—Los nobles vivíais mejor en el siglo XIX, con la reina Victoria. ¿No te parece, Carla? —sugirió, mirando a la mujer—. Bueno, al menos los hombres, pues las mujeres nobles no creo que tuvieran más libertades que los hombres plebeyos... —suavizó, ante la mirada de su interlocutora.

—Las mujeres siempre hemos tenido el poder, querido. Al menos las mujeres inteligentes, claro está —espetó ella, con una sonrisa cínica.

—En eso tienes toda la razón —dijo Richard, levantándose y dándole un beso. Ella permanecía sentada en uno de los brazos del sofá donde estaban los otros dos, y le correspondió el beso sin dejar de mirar al otro.

—De todas formas, Ruddy —siguió el marido—, tú podrías tener una casa como esta, si quisieras. No me negarás que Kai, a pesar de todo, te ha hecho muy rico. A ti más que a ningún otro han ido a parar todas las ganancias del grupo en los últimos años.

—Sí, no te lo niego, aunque yo también he tenido algo que ver en eso, ¿no te parece? —dijo, con resentimiento—. Pero yo prefiero tener una casa en el centro de Londres, aunque no tenga un bosque a la entrada.

—Bueno, machitos —intervino Claudia—. No os pongáis demasiado dramáticos, a ver si os vais a pelear ahora por ese Kai. Vámonos al comedor, que me ha dicho la doncella que la comida ya está lista. ¿Te gusta el faisán, Ruddy?

—¡Claro! Es mi plato preferido.

Los tres marcharon al comedor, y los anfitriones se situaron en los lados opuestos de una gran mesa rectangular en la que podrían caber perfectamente veinte personas. Ruddy se situó en el centro, mientras «la doncella» y el ama de llaves se situaban en el lado opuesto mientras servían los platos y estaban atentas a cualquier necesidad de los comensales.

—No me negarás que no has tenido intenciones de convertir alguna de estas salas tan enormes en un estudio de grabación, ¿eh, Richard?

—Pues sí, te lo niego. Es cierto que donde yo vivía antes había preparado una estancia para ensayar y practicar las canciones, pero ya no. Ahora paso. Ahora ensayo y practico en el estudio donde me reúno con los demás.

—Aparte de eso, Ruddy —intervino Carla—, yo no se lo consentiría. Sería destrozar la estética de una casa como esta, ¿no te parece?

—Estoy totalmente de acuerdo. Eso es precisamente lo que ha hecho Kai, nuestro bajista. Él se ha comprado una casa en Southfields, a las afueras de Londres, y ha convertido el salón en un estudio de grabación. Y esa casa es pequeña, con lo cual, se han quedado sin él, y cuando va alguien a visitarles, pues se tienen que reunir en la cocina.

—Vaya ordinario… —dijo Carla, con gesto de desprecio—. No sé cómo esa Rose se lo consiente. ¿No se llama así, su novia, la que vive con él?

—Sí, es una de las coristas de Thertonball, y están liados desde hace tiempo. Pero esa niña es tonta. *Tonta del culo*, ya te lo digo. No sirve para nada, excepto para cantar. Y tampoco es tan buena como la cuñada, la otra corista, que es soprano profesional.

—Es inigualable en los agudos, Rud. No lo puedes negar… —afirmó Richard.

—Sí, puede ser. Pero dejemos de hablar de ellos, ¿de acuerdo? Bastante tengo con soportarlos a diario como para tenerles presentes aquí también.

—Como quieras —obedeció el bajista—. Oye Carla, cuéntale a Ruddy lo del Cosmopolitan.

—Pues veréis —dijo, tras limpiarse al ingerir el último bocado—. El caso es que tengo un amigo que es propietario de una pasarela… es un local bastante grande que se llama «Cosmopolitan», y que en su día fue un estadio de baloncesto, creo. Pero ahora lo usa como un

pabellón para eventos, y allí vamos a desfilar dentro de un par de meses para presentar una nueva colección de D'Auverie. Es en Los Ángeles, donde creo que vais a estar las dos bandas dentro de poco. ¿No es así?

—Sí —respondió Richard—. Ha habido un problema de fechas y nos hemos tenido que solapar en esa ciudad, sin que sirva de precedente.

—Ahí veremos cuál de los dos grupos tiene más audiencia, mi querido amigo —sonrió el otro.

—Venga, machitos, no empecéis a jugar otra vez a ver quién la tiene más larga… —dijo ella, con mucha sorna—. Bueno, lo que os decía, mi amigo me ha pedido que, si pudierais, cambiaseis el lugar de actuación para tocar allí. Creo que donde lo tenéis previsto tiene una capacidad parecida, y de esa manera lo podríamos complacer. Yo le debo algunos favores, y…

—Dalo por hecho, Carla —respondió Ruddy, casi sin pensarlo.

—Pero… ¿no tenéis ya reservados los locales? Queda poco tiempo, Ruddy.

—Están reservados, sí, pero se pueden cambiar —el guitarrista estaba ansioso por complacer a su amante—. No es la primera vez que se hace. Además, las entradas todavía no están a la venta, y no se ha fijado el sitio del concierto.

—En Hazelnut ya hemos contratado el local —dijo Richard—. Sería una pena que Thertonball no actuara la semana siguiente.

—Dalo por hecho, amigo. Hablaré con Peter y lo cambiaremos.

Westminster

—No entiendo cómo puedes consentir que ese tío te robe el protagonismo que mereces, Ruddy.

El guitarrista y la modelo habían terminado de hacer el amor y estaban fumando un cigarrillo en la cama. El marido, Richard, estaba tocando con Hazelnut fuera de Inglaterra, y Carla había ido a la casa de Ruddy en Westminster, el exclusivo barrio londinense donde el guitarrista de Thertonball tenía su domicilio.

—Ha sido culpa mía, cariño. Al principio no era así, te lo puedo asegurar. Pero Kai se ha ido haciendo con el grupo sibilinamente, y cuando me he querido dar cuenta, ya estábamos todos a sus órdenes.

—¿Es que tú no sabes componer buenas canciones, Ruddy? —preguntó, con su mirada pícara, llena de malicia.

—¡Por supuesto que sí! Lo que ocurre es que componer es una tarea que requiere cierto esfuerzo, que además no siempre es recompensada adecuadamente. Cuando él entró en el grupo comenzó a hacerlo, y eso me permitió a mí concentrarme más en la guitarra, que es el instrumento más importante de una banda de rock, como supongo que sabes. De esa forma he podido desarrollar mejor mi técnica, y consagrarme como el mejor guitarrista del mundo.

—Y, ¿no podías haber hecho las dos cosas?

—El día solo tiene 24 horas, Carla. Es un trabajo que tiene que ser compartido. Yo no puedo estar desarrollando mi técnica y componer a la vez. Por no hablar del tiempo que se pierde en ir a los conciertos, las giras, los ensayos…

—Sí, pero él se está llevando los royalties de todos los temas de Thertonball, pues es el autor de todas las canciones. Estará ganando mucho dinero con eso…

—¡De eso nada! Kai es un simple asalariado —dijo con rabia, levantándose de la cama—. Los royalties son una minucia comparados con las ganancias que nos llevamos por los conciertos y por los derechos de imagen. Ahí es donde está hoy en día la pasta —afirmó, mirándola fijamente, mientras la apuntaba con un dedo—. Ya nadie compra discos, como bien sabes, y todo lo que una banda gana viene de las actuaciones en directo. Y yo tengo la propiedad del grupo en ese sentido.

—Bueno, tú… solo tienes el cincuenta por ciento, si no estoy equivocada.

—Sí, pero eso es el doble de lo que tiene Adam, el vocalista. Él parece que se come el mundo cuando lo ves en directo, pues es quien lleva la voz cantante, nunca mejor dicho. Pero en realidad solo cobra la mitad que yo. La otra mitad la tiene Arthur, el tecladista.

—Sí, ya lo sé, pero eso no es lo que dice la prensa, ni lo que se oye por ahí. Desde que tú y yo estamos juntos me he preocupado de averiguarlo, y así es. Los créditos de las canciones son de Kai, en el grupo no se mueve nada sin que él esté de acuerdo, y él es quien supervisa todo, y no solo desde el punto de vista musical. En realidad, quien parece un asalariado eres tú, Ruddy.

Carla estaba consiguiendo el objetivo que se había propuesto, que era irritar a su amante. No había nada en el mundo que le agradara más que provocar a los hombres, y ciertamente lo estaba consiguiendo. Ruddy era como un niño que siente celos de su hermano pequeño recién nacido, y para ella, el hecho de verle allí de pie con la cara desencajada era un placer casi mayor que el que había experimentado solo unos minutos antes.

—Eso se va a acabar, Carla. Créeme que se va a acabar. Ese payaso no se va a salir con la suya.

El Cosmopolitan

—Oye, Peter, he estado mirando las escalas de la gira y he visto que no está el Cosmopolitan.

—Sí, la he quitado —replicó el mánager.

Ruddy había entrado como un tornado en el despacho de Peter Cornerstone, el mánager de Thertonball. No había esperado siquiera a que le anunciara la secretaria, y tras comprobar que estaba solo, no se detuvo ni a sentarse, y le recriminó el cambio del lugar del concierto.

—Que… ¿la has quitado?

—La he sustituido por pabellón multiusos del ayuntamiento de Los Ángeles. Hemos estado allí otras veces.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no quiere Kai.

—¿Que no quiere Kai?

—Eso es. No quiere que toquemos allí.

—Pero, ¡qué tiene que decir ese de dónde actuamos! ¡Desde cuanto se mete en esas cosas!

—Dice que tiene mala acústica.

—¿Mala acústica? ¡Él qué sabe!

—Ha venido esta mañana y me ha dicho que ha pedido los datos técnicos de los materiales con los que se ha construido el local. Se los ha pedido al arquitecto, y no le han gustado.

—Pero, ¡él que entiende de eso!

—Hombre, es ingeniero de sonido… más que tú y que yo, seguro.

—¿Acaso ha estado allí?

—Es lo que te digo. Ha pedido los datos de los materiales y ha venido esta mañana con una hoja llena de números. Me ha dicho algo así como que «el cociente del índice de resonancia *phi* entre *delta* debe ser inferior a 0.8», y según sus resultados sale más del triple.

—Vamos a ver, Peter —el guitarrista se pasó las palmas de las manos por la cara y se comenzó a poner nervioso—. Yo me comprometí con Carla para que actuáramos allí. Es un sitio fantástico, y ella ya le dijo

al dueño que iríamos.

—Sí, pero nunca se han hecho conciertos en ese local, y no sabemos cómo suena. Las precauciones que ha tenido Kai son lógicas, ¿no te parece? Es algo que tendría que haber manejado yo, por cierto, pero bueno, al menos lo ha hecho alguien.

—Es un antiguo estadio de baloncesto. Hemos tocado en sitios similares y no ha habido problemas. No entiendo por qué no podemos seguir adelante. Además, allí va a actuar Hazelnut una semana antes que nosotros ¿Vas a consentir que toquen ellos y nosotros no?

—No se trata de consentir o no consentir. Si ellos quieren ir, pues mejor. Si es verdad lo que dice Kai, su música sonará fatal y saldremos ganando en la comparación.

—Nosotros siempre salimos ganando en la comparación. No me lo negarás…

—Ya lo sé, Ruddy, pero la crítica podría ser demoledora con nosotros si después de una mala experiencia con Hazelnut, nosotros nos empeñamos en actuar allí. Y te recuerdo que tenemos que pagar el alquiler del local antes de que actúen ellos. En definitiva, prefiero no arriesgarme e ir a lo seguro.

—Lo seguro es que vamos a quedar en ridículo tocando en el pabellón multiusos.

—Te recuerdo que ya lo hemos hecho antes.

—¡Lo hicimos cuando estábamos empezando, Peter! Ahora ese sitio es un antro donde solo tocan bandas mediocres. ¿Es que no te das cuenta?

—Pues haberlo pensado antes de elegir el Cosmopolitan. Ahora es tarde para ir a otro sitio. Los grandes estadios están ocupados para esa fecha, y no podemos retrasar el resto de la gira.

—Es que yo no me creo que ese sitio tenga mala acústica, francamente.

—Mira, en otro tipo de cuestiones te puedo dar la razón. Pero en este caso, me fio de Kai.

El guitarrista salió del despacho dando un portazo. Ya estaba más que harto de las intromisiones de su bajista en asuntos que no eran de su incumbencia, y esta vez no se iba a quedar así. Desde luego que no. Tendría con él una buena charla y le pondría en su sitio. Ya consentía bastante en que él llevara casi todos los asuntos musicales de la banda.

Pero que le hiciera quedar mal con Carla… eso no lo podía consentir de ninguna manera.

Recriminaciones

—El equipo de marketing de Hazelnut ha hecho bien su trabajo, y ese grupo nos lleva la delantera en Los Ángeles, Ruddy. Allí y en todo el oeste americano. Esta es una ocasión de oro para arañar algo de prestigio, ¿no te parece?

—Pues no, no me parece, Kai. Tendrías que haber hablado antes conmigo. Si lo llego a saber…

—Si lo llegas a saber, ¿qué?

—Pues que no lo hubiera consentido.

Habían llegado los primeros al ensayo, y estaban conectando los equipos cuando el guitarrista y el bajista se encararon. Kai había llegado con Rose, una de las coristas, la chica con la que vivía. Pero esta se había quedado en la oficina del estudio, revisando unas partituras. También habían llegado unos periodistas, con el objeto de grabar un video de los ensayos. De no haber sido porque estos estaban por allí, el amante de Carla hubiera empleado un tono más agresivo con el otro.

—Es que no entiendo, Ruddy, por qué ahora te ha dado por mirar estas cosas. Tú siempre has aceptado, sin más, los sitios donde actuábamos. Nunca te has metido en eso.

—Ya no es cuestión de que sea un sitio u otro. Lo que me fastidia es que te tengas que meter tú en esas cosas, y no se lo dejes a Peter. Ya me estoy hartando.

—Tenía curiosidad por saber cuál era la acústica del local, y él accedió a cambiar el sitio. Al final fue él quien lo decidió, no yo.

—Claro, pero ya te encargaste tú de convencerlo, ¿verdad? Como haces siempre con todo. Y ya me estoy empezando a cansar de esa actitud tuya, ¿me oyes?

—¿De qué actitud estás hablando, Ruddy? —dijo el otro, sin amilanarse

—Mira, quiero que te limites a la música, ¿me entiendes? Para eso se te ha contratado. Para que toques el bajo. Lo demás no es cosa tuya.

—Yo solo miro por el bien del grupo. Aunque pequeño, yo también tengo un porcentaje en las ventas, y no me negarás que si tocamos en un sitio con mala acústica, pues nuestro prestigio…

—¡Qué prestigio! ¡Mi prestigio! —gritó, subrayando el «mi». Desde ahora limítate al plano musical. ¿Me has oído?

El bajista se lo quedó mirando con cara de no comprender muy bien qué mosca le había picado. Siempre había sido un tipo arrogante y mal encarado, pero su relación había sido más o menos buena. «Se habrá levantado con el pie izquierdo», pensó simplemente, y no le dio más vueltas. No era la primera vez que tenía arrebatos de ira, y siempre terminaba por ceder en casi todo, sobre todo si los demás le apoyaban. Iba a decirle algo cuando entró Rose en el estudio y en ese mismo momento llegaron los demás miembros del grupo.

Después de grabar el video, los periodistas se marcharon, pero la actitud de Ruddy siguió siendo fría. Comenzó a protestar por todo, incluyendo las estrofas de las canciones que tenían que ensayar. Habían sido compuestas por Kai, como todas las del grupo, y él discrepaba de todas ellas e intentaba cambiarlas por otras.

De no ser por el apoyo incondicional del resto de la banda, Ruddy se habría salido con la suya y se hubieran cambiado piezas que eran verdaderamente buenas, por otras mediocres como él sugería.

Aquel no fue sino el primero de una serie de días en los que la influencia de Carla Watts en el grupo iba a ser determinante.

Un hijo orgulloso

Como Kai había predicho, la acústica del Cosmopolitan fue horrible, y toda la crítica se ensañó con la banda de Richard Dasley. Una crítica que alabó la calidad musical y acústica del concierto que hizo Thertonball una semana después en el pabellón multiusos del ayuntamiento de Los Ángeles.

Hazelnut ya se había marchado a continuar con la gira americana, mientras Thertonball terminaba de empaquetar para seguir por su lado en otras actuaciones. Pero mientras tanto, Carla Watts había ya llegado a Los Ángeles y se preparaba para desfilar en el Cosmopolitan. Una ocasión que no perdieron los dos amantes para reencontrarse.

—Tu compañero tenía razón, Ruddy. El local tenía mala acústica, a pesar de todo. Una vez más, te volvió a ganar.

—No será por mucho tiempo, Carla. Creo que me voy a deshacer de él.

—Por fin te decides… ¿estarán los otros de acuerdo?

—Cornerstone me apoyará. Estoy seguro de eso. Aunque los otros se opongan, él tomará partido por mí antes que por él. No le quedará más remedio. O eso, o disolver la banda. No te olvides de que el socio soy yo; él es un simple asalariado.

—Y, ¿si los demás se van con él?

—No pueden. Tenemos compromiso con la discográfica para dos discos más. Sería la ruina de Arthur y de Adam si lo hacen. Ellos también son socios como yo, y por mucho que le aprecien se quedarán conmigo.

—Te quedarás sin compositor, Ruddy.

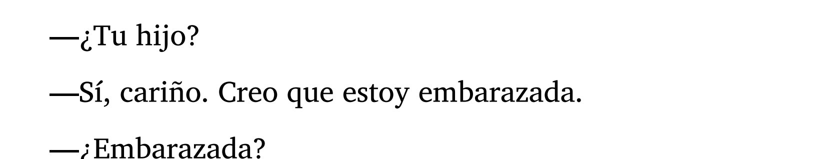
—Yo puedo escribir las canciones del grupo perfectamente. No le necesito a él para que lo haga.

—Pero, ¿no decías que era un asunto compartido? Que tú perfeccionabas tu estilo, mientras él se dedicaba a crear las canciones. ¿No?

—Mi estilo ya está más que perfeccionado, cielo. He llegado a una cima en la que ningún otro guitarrista ha estado ni estará jamás. Ya es hora de que asuma también esa otra parte, que por cierto, nunca debí de abandonar.

—¡Ese es mi Ruddy! —exclamó ella—. Quiero que mi hijo esté

orgulloso de su padre.



—¿Tu hijo?

—Sí, cariño. Creo que estoy embarazada.

—¿Embarazada?

—Como lo oyes. Y es tuyo, naturalmente.

—¿Mío? ¿Cómo sabes que no es de Richard?

—Porque hace tiempo que no me acuesto con él, querido. ¿Necesitas más detalles?

—Pero él…

—Él no sospechará nada. Puedes estar tranquilo. A veces está tan borracho que no sabe si se acuesta conmigo o solo lo sueña.

El guitarrista recibió la noticia con una mezcla de sorpresa y de satisfacción. A pesar de haber tenido multitud de amantes e incluso alguna relación larga, jamás se había planteado tener hijos. Como en todo, también esta vez, otros habían decidido por él. Entonces sonrió con ternura y abrazó a Carla, fundiéndose los dos en un profundo beso.

La torre Gherkin

Cuando llegó a las oficinas del mánager, tuvo que esperar bastante rato a que este le recibiera. Sabía que Ruddy se colaba sin esperar, y sin importarle que Peter Cornerstone estuviera reunido. Al fin y al cabo, Thertonball era su banda más rentable, y Ruddy Norfolk su estrella.

Por eso, cuando la secretaria le dijo que tenía que esperar, y lo que es peor, la reunión en la que debía estar el mánager se alargaba demasiado, comenzó a impacientarse. Aunque no fue mucho.

Esa mañana soleada de mayo de 2017 era un triunfo para Richard Dasley, y estaba dispuesto a aguantar cualquier espera. Era un triunfo porque así podría resarcirse del plantón que le dio Cornerstone doce años atrás. Nunca hubiera pensado que podría volver al grupo de su amigo, y ciertamente, ya se había acostumbrado a permanecer en Hazelnut. Pero a decir verdad, Carla tenía razón. Él no era especialmente rencoroso, pero así podría devolvérsela. Además, tocar con Ruddy era algo que siempre le gustó, pues Thertonball era un grupo que estaba por delante de Hazelnut en todos los sentidos.

—No se va a renegociar ninguna participación, Richard —le espetó el mánager, nada más entrar, tras comenzar a hablar de los términos del contrato.

—Pero Rudy me dijo…

—No sé lo que te habrá dicho Ruddy, pero ni Adam ni Arthur están dispuestos a bajar su porcentaje de participación en el grupo para darte algo a ti. Y Ruddy tampoco lo va a hacer. Vas a sustituir a Kai, sin más.

El mánager había tenido que ceder ante la presión de Ruddy. A diferencia de la otra vez, ahora este sí que apoyaba a su amigo, y además con firmeza. Pero la decisión más difícil la había tenido que tomar algo antes, cuando tuvo que decidirse entre Kai y Ruddy. Los dos eran pilares fundamentales de la banda, y el hecho de irse cualquiera de los dos significaría el final o el declive de la misma.

El ambiente entre los dos ya estaba caldeado, y la gota que colmó el vaso fue una pelea que habían tenido por un asunto de plagios. El guitarrista, instigado por Carla, había intentado componer una pieza que teóricamente iba a ser la canción principal del próximo álbum de la banda, pero ante su incapacidad creativa había optado por copiar una canción del grupo de su amigo. El portugués había detectado a

tiempo la maniobra, y ambos habían tenido una agria discusión que había desembocado en los puños.

Así las cosas, los dos habían acudido ante el mánager, y ambos habían dicho lo mismo: «Tienes que elegir entre él y yo». Aunque Costa no tenía participación en el grupo, contaba con el apoyo incondicional de sus amigos Adam y Arthur, que tenían entre los dos el cincuenta por ciento del mismo, igual que Ruddy. Y Cornerstone, con su voto de calidad, se había decidido por el guitarrista.

En el fondo era una maniobra para mitigar los daños, o que estos fueran los menos posibles. Sabía que si se decidía por Kai, el otro jamás volvería, como ya hizo con Hazelnut, mientras que si optaba por Ruddy, la incapacidad del grupo para sacar algo adelante haría que el bajista, a la larga, reconsiderara su actitud. Su esperanza era que el portugués con el tiempo terminara volviendo al grupo, pues su novia Rose seguía en el mismo al estar ligada por un contrato que le impedía marcharse. Y no podía romper a las bravas sin perjudicar a su hermano.

—¿Y la participación en beneficios? —preguntó Richard, tras la agria contestación y no menos frío recibimiento que le hizo el mánager.

—Tampoco. Aunque si colaboras en la composición, se podría reconsiderar.

No es que a Dasley le hiciera falta ese dinero, desde luego, pero no quería ser menos que el otro bajista que se acaba de marchar.

—Esto es lo que hay, Richard —concluyó el mánager—. Lo tomas o lo dejas. Y vete pensando en ganarte a los otros tres y a las dos chicas. No creo que te reciban con los brazos abiertos, precisamente. Ya sabes que todos son amigos de Kai.

Los planes de Carla

Los planes de Carla pasaban por divorciarse de Richard en cuanto este le diera la más mínima oportunidad, o forzarlo de alguna manera si esta no llegaba. Ya se estaba hartando de estar con ese zafio, y a partir de ahí se abriría una nueva etapa en su vida.

En primer lugar, se haría de oro promoviendo trajes y vestidos para embarazadas, algo que escaseaba en el mundo de la moda por razones obvias. Después intentaría seguir como antes mientras preparaba su próximo salto, o si su cuerpo ya no se lo permitiera, convertirse en empresaria. Ya le había echado el ojo al dueño del Cosmopolitan, y ese tipo estaba muy bien relacionado con los grandes modistos. Con el dinero que le sacara a Richard con el divorcio podría comprar participaciones en los emporios de los grandes diseñadores, y pasaría de ser un maniquí a tomar las decisiones sobre las otras modelos que ahora mismo le hacían la competencia, y con las que tenía algunas cuentas pendientes.

Y para todo eso, Ruddy era una herramienta esencial. Sabía que se estaba arriesgando a perderlo todo al estar con él, pero lo tenía bien sujeto y sabía que no se iría de la lengua. Pero tampoco le importaba demasiado si fuera el caso. Ella era una amante del riesgo y jugar era algo que le encantaba. Sobre todo, jugar con los hombres.

Por eso se había arriesgado a tener un hijo con él y no con Richard. Un hijo es algo para toda la vida, y no deseaba tenerlo con aquel imbécil. Ruddy no es que fuera más listo, pero al menos era más guapo, y así se aseguraría de tener un retoño rubio como era él y como era ella.

Y la verdad es que los planes le estaban saliendo muy bien. Ruddy se había salido con la suya, y había conseguido echar de su grupo a Kai Costa. Y lo mejor de todo es que había conseguido igualmente que Richard entrara en Thertonball para sustituirlo como bajista.

Esto era un problema, lógicamente, pues Carla ya no podría estar con él tan fácilmente como antes. Las giras y los conciertos ahora los harían los dos juntos, y las ocasiones para verse sin que el marido se enterara serían más esporádicas de lo que eran anteriormente. Por eso, Ruddy se había opuesto inicialmente a esa decisión, pero no tuvo más remedio que claudicar ante la insistencia de ella.

Porque ella no se fiaba de su marido. Habiendo sido como fue un coleccionista de amantes, no terminaba de creerse que él la hubiera

seguido siendo fiel desde que se casó con ella. Sobre todo, de que se resistiera a acostarse con las aficionadas que les esperaban en la puerta de los hoteles, quienes aguardaban a todas las estrellas del rock con los brazos abiertos. Y no solo con los brazos, precisamente.

Y para eso Ruddy jugaba un papel fundamental. Como compañero de su marido, tenía el encargo de vigilar este asunto muy de cerca, y así conseguir pruebas para un divorcio por adulterio que le haría a ella millonaria. Después se casaría con el guitarrista, y los dos conseguirían sus objetivos mutuos. Con la diferencia de que ella no pensaba casarse luego con él, aunque así se lo había hecho creer. Y ahí estaba la cuestión del hijo, que podría jugar a su favor.

Lógicamente, pensaba hacer ver que era de Richard, y así sacar más tajada por el divorcio. Pero tenía intención de obtener una compensación en lugar de una pensión, y de esa manera hacerse con el dinero de golpe. Más tarde diría que era de Ruddy, y así le sacaría a este también el dinero. Richard podría denunciarla, lógicamente, pero en sus planes estaba alegar que no sabía quién era el padre, aunque pensaba que era de él. En cualquier caso, Dasley era asquerosamente rico, y el dinero no sería lo que más le escociera. Y a unas malas, ya se encargaría ella de convencerlo para que retirara la denuncia. Le conocía bien y sabía cómo hacerlo, pues esa era su auténtica especialidad. Convencer y jugar con los hombres. En eso era toda una experta, y tanto Richard como Ruddy eran juguetes en sus hábiles manos.

Una denuncia comprometida

—¿Qué significa esto, Richard?

—¿El qué, cariño?

—Una tal Laura Milar te ha denunciado por abuso sexual. Que por cierto, es menor de edad.

—¿Cómo? —exclamó el otro, asombrado, ante lo que le acababa de decir su mujer.

—Lo que has oído. Esta mañana ha venido una carta certificada del Juzgado, que por supuesto he abierto, y te están citando para una declaración en comisaría.

El bajista acababa de llegar del estudio de grabación, donde había tenido un día verdaderamente malo.

Mientras Kai estaba en el grupo, las cosas funcionaban más o menos bien. Aquel portugués se encargaba de componer todas las canciones y el cometido del resto de músicos era aprender las partituras y ensayarlas todos juntos. En algún caso había que rectificar algo, o alguien hacía alguna sugerencia, pero poco más. Tan solo Ruddy era el que solía poner objeciones, aunque era más por fastidiar a Costa que por otra cosa.

Pero ahora que no estaba Kai, se suponía que todos tenían que participar en la composición de las canciones. Era lo que ocurría en los primeros meses antes de que este se incorporase, allá por 2005. Porque las ideas que tenía Ruddy eran tan descabelladas, que el resto de los miembros no las aceptaban. Y no lo hacían porque estuvieran resentidos con el guitarrista por haber echado al amigo común de todos ellos, sino porque realmente no estaban a la altura de lo que se esperaba para un grupo de su prestigio. Ruddy podría ser muy buen guitarrista, quizás el mejor del mundo, pero no tenía creatividad. Todo su arte se basaba en ser un intérprete excepcional, y también un buen improvisador, pero no sabía componer melodías de calidad, como tampoco lo hacían el resto de sus compañeros.

Se habían pasado el día recriminándole y discutiendo por cualquier cosa, y en toda la jornada no habían acordado más que unas cuantas estrofas de una de las canciones del que iba a ser el siguiente disco de la banda.

Richard Había tenido un día malo viendo como sus compañeros

discutían, y lo que menos se esperaba era que al llegar a casa iba a tener un susto como ese.

—Aquí está —siguió Carla, arrojándole el papel a su marido, con una expresión que daba miedo—. Léelo tú mismo.

«Por los hechos ocurridos según la denunciante que dice llamarse Laura Milar el pasado día 25 de mayo del corriente en el Hotel Meliá Castilla de Madrid, se le cita para efectuar declaración al efecto en el órgano dependiente del Ministerio Fiscal número...»

Richard dejó de leer el documento y levantó la vista hacia su mujer, quien seguía observándole como probablemente le observaría el juez en el caso al que le citaban.

—No entiendo…

—¿No sabes quién es Laura Milar?

—¡Te juro que no!

—Pues según dice ahí la debiste de conocer muy bien —replicó, arrebatándole el documento de las manos y disponiéndose a leer parte de la acusación:

—*«La declarante manifiesta haber sufrido intimidación con fuerza, amenazas y vejaciones de toda índole, con abuso sexual consistente en tocamientos e incluso penetración sin consumación, entre otro tipo de delitos que atentan contra la libertad personal y las leyes de protección a los menores como son…».*

El hombre estaba totalmente confuso y lo primero que pensó es que todo era una broma. Miró los sellos y las firmas que acababa de recibir y desde luego no parecían falsos. Entonces cayó en la cuenta.

—El 25 de mayo… —comenzó a decir, tras dejar de leer—. ¡Claro! ¡Ya sé quién es!

—¡Ajá! Vas recuperando la memoria…

—Fue en el concierto que dimos en Madrid, hace dos meses… Esta debe ser la chica que estuvo con Kai la última vez que el grupo tocó por allí, antes de incorporarme yo.

—¿Qué estuvo con Kai? —replicó Carla, con sorpresa—. No me irás a decir que se han equivocado de bajista, ¿Eh, Richard?

—No, escucha, ¡escucha, por favor! ¡Déjame que te explique! —exclamó, mientras la cara de su mujer era todo un poema.

—Sí, venga, vamos a ver qué te inventas —ironizó, mientras se disponía a escucharle con los brazos cruzados.

—Pues verás, estábamos en el bar del hotel, antes del concierto. Estábamos en una esquina Ruddy y yo, mientras que Arthur y Bill estaban un poco más apartados. Creo que Adam, Rose y Louise no habían bajado. No suelen bajar al bar ninguno de los tres. Bueno, el caso que entonces la vimos aparecer por una de las entradas del fondo, y se dirigió hacia nosotros. Y fue el propio Ruddy quien me lo dijo.

—Que te dijo, ¿el qué?

—Me dijo que el año anterior… o hace dos años, no recuerdo bien cuando fue, esta tía, Laura, intentó ligarse a Adam. Pero ya sabes cómo es, un fanático religioso, y entonces la rechazó, y…

—Vamos a ver, Ricky, no es que sea un fanático, es que su mujer es la otra cantante del grupo, ¿no? Como comprenderás, no se va a liar con una aficionada delante de ella, ¿no te parece?

—Claro, sí, bueno, son las dos cosas, pero es lo que te digo, aun así, lo intentó, porque, Louise, su mujer, no estaba delante en ese momento, creo que estaba todavía en el concierto, pues se había retrasado en volver y entonces, como Adam pasó de esa chica, pues ni corta ni perezosa se fue a por Kai, y este sí que cayó.

—Espera, espera, Richard, no me creo nada de lo que me estás contando. No me puedo creer que todo eso te lo contara mientras la chica venía hacia vosotros. Yo he estado alguna vez en ese hotel y no recuerdo que el bar fuera tan grande como…

—No, Carla, todo eso no me lo dijo en ese momento, me lo dijo hace tiempo, en el pub donde solemos ir. Lo que pasa es que ese día me lo recordó. Me dijo simplemente algo así como: «mira, esa es la tía que el año pasado lo intentó con Adam y finalmente se fue con Kai».

Carla seguía con incredulidad lo que le estaba contando. Él continuó:

—Bueno, el caso es que la chica llegó a donde estábamos los dos, y en ese momento saludó a Ruddy por su nombre, y creo recordar que también me saludó a mí, y nos iba a decir algo cuando llegó uno de los *roadies* y nos apremió porque ya era tarde y debíamos ir al Wanda para el concierto, ya sabes, el estadio donde lo hicimos. Y también en ese momento llegaron unos periodistas y…

—Y claro, la chica se fue.

—Pues sí, se fue, pero luego volvió. Volvió después del concierto, y

entonces fue cuando llamó a mi habitación.

—¿Llamó a tu habitación?

—Sí, llamó a mi habitación y me pidió un autógrafo. Yo me fui hacia el escritorio, para firmar en uno de los papeles que te dejan allí, ya sabes, esos que tienen el logotipo del hotel, pero ella me siguió y cerró la puerta. Entonces fue cuando me abrazó y me empezó a besar, pero yo la rechacé.

—¿En serio? —la mujer sonrió de forma sarcástica.

—Sí, Carla, era una tía despampanante, no te lo niego. Y no parecía que fuera menor de edad, eso te lo aseguro. Parecía que tenía por lo menos veinte años… o más. Pero la rechacé, sí. Desde que estoy contigo no he estado con ninguna chica. ¡Eso te lo juro! Y fue entonces cuando gritó.

—¿Gritó?

—Sí, gritó, y dijo algo así como que la dejara, que la dejara en paz o algo así. No la entendí, claro.

—No la entendiste…

—Era una chica española, Carla. Gritó en español, y no sé lo que dijo, pero pudo ser eso perfectamente. No parecía enfadada o contrariada, sino que tenía cara como de eso, como si hubiera intentado propasarme con ella, cuando ya te digo que fue al revés. Después se alborotó el pelo y se desabrochó la blusa, y entonces salió.

Carla no se creía nada de lo que estaba oyendo, y más sabiendo la reputación de coleccionista que tenía su marido. Finalmente dijo:

—No me negarás que esto que me cuentas es muy raro, Richard.

—Sí, no te lo niego, pero es como te digo.

—Y que supiera tu número de habitación, sin que tú se lo hubieras dicho…

—No lo sé, Carla, no sé cómo se enteró. Quizás me siguió cuando llegamos del concierto… No lo sé.

—¿Y Ruddy? ¿No oyó nada? Solís tener habitaciones próximas, ¿no es así?

—Sí, tras unos segundos en que me quedé pasmado, salí a verle a su habitación, pero no me abrió. No debía de estar, y me limité a contárselo al día siguiente.

—Y, ¿qué fue lo que él te dijo? —preguntó, muy interesada.

—Me dijo que estaba dormido. Que no oyó nada, y que olvidara lo que pasó. Que esa tía estaría loca, y que vendría hasta arriba de drogas o algo así. Y eso fue lo que hice, Carla, por eso no te conté nada. Ya sabes cómo es la gente que nos rodea, cielo. Algunos son verdaderos fanáticos y están totalmente trastornados. Así que le hice caso y lo olvidé… hasta ahora, claro.

La mujer siguió mirándole durante unos segundos más, con cara de incredulidad. Finalmente, se volvió y se marchó hacia su habitación, para decirle un lacónico:

—Pues espero que el juez te crea algo más de lo que yo te creo, Richard, porque si no…

—Si no, ¿qué?

—Te veo en la cárcel, querido. Por abusar de una menor de edad.

Laura

A Laura le pasaba como a los creadores de virus informáticos. Al principio, toda la afición de los hackers consistía en hacerse famosos con la creación de un programa malicioso, para así satisfacer su ego y presumir ante otros hackers. Pero luego sus motivaciones fueron puramente económicas, y se convirtieron en pescadores de incautos que pinchaban en los enlaces que les proponían, o se descargaban los archivos adjuntos de los correos con los que les estafaban.

A Laura le había ocurrido lo mismo. Poseedora de un físico espectacular, al principio todos sus esfuerzos se basaban en salir con algún chico «macizo» o con algún culturista con el que luego hacerse la correspondiente foto y subirla a las redes sociales para fardar con las amigas.

Pero una vez que vio que las cosas funcionaban con suma facilidad y que ningún hombre se le resistía, pronto comenzó a subir el listón. Los culturistas y los macizos ahora además tenían que poseer un automóvil de lujo o una moto de gran cilindrada, y así la muchacha podía presumir el doble. Y si fueran famosos, entonces presumir el triple. Y lógicamente eso significaba que el macho en cuestión tenía dinero.

Con el tiempo, eso fue lo único que le motivó. Que estuvieran «cachas» o que fueran guapos casi que era lo de menos, y lo importante era que fueran famosos. Porque la fama, en casi todos los casos, es símbolo de dinero.

La chica era hija de padres divorciados. En su primera adolescencia había padecido el llamado «complejo de Electra», o lo que es lo mismo, se había enamorado de su padre. Eso hizo que repudiara a la madre, y desde los doce años vivía sola con este. Pero cuatro años después, cuando el padre se trajo a otra mujer a vivir a su casa, la muchacha entró en cólera y le abandonó interponiendo la correspondiente denuncia por abuso sexual.

Era la forma más efectiva de hacerle daño y de vengarse de él por aquel «desplante», y se fue a vivir con una madre a la que apenas había visto en los últimos años. Entonces obligó a esta a que también denunciara al padre por presuntamente haber visto a su exmarido abusar de su hija, a pesar de que la mujer no sabía nada de su ex ni de Laura desde hacía cuatro años.

La madre era una blanda, y además padecía un trastorno depresivo en

aquel momento. La aparición de una hija a la que ya daba por perdida alegró su vida, aunque aquel alborozo duró poco. Enseguida descubrió que la chica era una déspota incorregible, y que la dominaba hasta el punto de negarse a aceptar a una pareja que la mujer se terminó echando para aliviar su soledad. Porque Laura teóricamente vivía con su madre, aunque lo de vivir era solo un decir. La muchacha desaparecía de su casa durante días sin que la madre supiera ni llegase a conocer dónde o con quién estaba, ni lo que hacía durante sus interminables ausencias. Al final la dejó por imposible, sobre todo ante las continuas amenazas de la chica en el sentido de que se iba a largar otra vez con el padre, o «a un lugar donde no me vas a encontrar jamás», o bien ante la advertencia de que la dejara en paz, pues, sino, «no te volveré a hablar más en mi vida».

Al principio esas escapadas eran solo para pasar unos días de pasión con alguna de sus víctimas en algún lugar paradisíaco y en hoteles de lujo. Laura, con dieciséis años, parecía que tenía al menos veinte, y sus curvas de vértigo y sus grandes pechos eran un atractivo muy difícil de resistir. Además, tampoco aparentaba la edad que tenía en su modo de hablar, ni en su desparpajo, ni en la seguridad que tenía, sobre todo y principalmente sobre sí misma. En definitiva, a pesar de estar medio loca, era una mujer inteligente y sabía perfectamente lo que quería.

Sus víctimas eran elegidas con sumo cuidado, y las captaba a través de las redes sociales o de sus perfiles en Twitter. A veces no hacía falta ni eso. Simplemente, seguía sus movimientos y les esperaba en los salones a la entrada de los hoteles y les abordaba sin miramientos, sabiendo que no iba a ser rechazada. Ya se había encargado previamente de hacer un «perfil psicológico» y así tener la certeza de que no iba a perder el tiempo. Y ciertamente que no lo perdía.

Pero su muy elevado ego no permitía el más mínimo rechazo, y cuando este se producía antes de que ella lo deseara, la víctima podía prepararse para lo peor. Entonces revelaba su verdadera edad, y amenazaba con denunciar ante las autoridades o montar un escándalo con sus esposas en caso de estar casados. Y en casi todos los casos las víctimas obedecían… y pagaban. Sobre todo, cuando venía con la denuncia en la mano y exigía el pago a condición de retirarla o de renunciar a seguir adelante en un hipotético proceso judicial.

Mientras era menor de edad, las cosas funcionaron de maravilla. Ella siempre tenía la sartén por el mango, y en caso de juicio el hombre normalmente tenía las de perder. Pero cuando cumplió los dieciocho años, algo que ocurrió al poco del affaire con Dasley, las cosas se complicaron, pues siempre se podían alegar relaciones consentidas e

incluso ella podría ser denunciada por extorsión.

Así estuvieron las cosas hasta que las organizaciones feministas consiguieron salirse con la suya, y en España se instituyó la llamada ley del «solo sí es sí». Una ley que en la práctica venía a consagrar la primacía de la declaración de la mujer sobre la del hombre en caso de abuso sexual o violación, y que echaba por tierra la presunción de inocencia. Ya no hacía falta probar que habían ocurrido los hechos denunciados, sino que, por el contrario, si el acusado quería salir indemne de un proceso semejante, debería ser él quien probara que tenía el consentimiento «fehaciente» de la mujer.

Tres daiquiris de fresa

El camarero no tenía entre sus cometidos servir las bebidas en la piscina. En teoría, los huéspedes del exclusivo resort todo incluido “Lago Taurito” en el sur de Gran Canaria, tenían que ir al chiringuito a solicitar y llevarse de allí los cócteles que solicitaban.

Pero aquella morenaza exuberante no había querido esperar a que le preparara aquel daiquiri de fresa, y le pidió que se lo llevase a la piscina de chorros donde se encontraba.

En un principio iba a decirle que no, y de hecho una vez que lo hubo preparado lo dejó durante unos minutos sobre la barra por si venía. No es que le importara llevárselo, pero podría ser visto por otros clientes, y le podrían pedir lo mismo.

Pero el caso es que la chica no aparecía, y aquellos hielos estaban comenzando a derretirse. Entonces fue cuando se decidió a servírselo en la piscina, aunque le vieran hacerlo.

Independientemente de que era un bellezón, había algo en aquella sonrisa que poseía una atracción casi magnética; algo que le llevaba a obedecer sin rechistar a lo que le había pedido.

Cuando llegó la encontró en brazos de un hombre. Un señor que podría ser su padre, o incluso su abuelo, y con el que se estaba besando de forma apasionada dentro del agua, a un metro escaso de uno de los chorros que caían gentilmente sobre la piscina. Un hombre con el pelo recogido hacia atrás, y que al igual que ella, llevaba puesta la pulsera de “todo incluido”.

—Señorita, le dejo aquí su bebida —dijo, posando el vaso sobre la mesita que estaba en la proximidad de donde se encontraban—. La chica le miró durante un instante sin dejar de besar al hombre, y no dijo nada. Por el contrario, se apretó todavía más contra él, y el camarero se marchó deprisa, ligeramente confundido.

—¿Salimos, cariño? —le dijo su compañero.

—Claro, Luis. No quiero que se me caliente ese daiquiri.

El hombre salió primero y se sentó en la hamaca procediendo a secarse con la toalla mientras la chica hacía lo propio. La verdad es que se le caía la baba al verla salir. Sus curvas de infarto, sus grandes pechos que sobresalían de un bikini que apenas le tapaba nada… La muchacha se puso a secarse el pelo haciendo una especie de trenza

mientras lo escurría, y a la vez le miraba con aquellos grandes ojos ovalados. Unos ojos que le hacían anticipar al hombre otra noche de pasión desenfrenada.

«La verdad es que soy un tío afortunado», se dijo. «Quién me iba a decir a mí, que me iba a ocurrir esto», pensó.

A sus cuarenta y nueve años, aquella niña había venido como caída del cielo, y él estaba viviendo una segunda juventud con su bomboncito.

Luis Márquez había sido socio en un importante bufete de abogados con presencia internacional, pero había vendido su paquete accionarial para establecerse por su cuenta. Era un experto en derecho mercantil principalmente, aunque como abogado también tocaba todos los palos del derecho. El hombre asesoraba a algunas empresas grandes, y les cobraba un mínimo de mil euros por hora de servicios, según los casos. A veces incluso más. No le faltaba el trabajo, y era muy selectivo. Solo aceptaba los casos más jugosos, y se permitía rechazar a clientes incómodos o cuyos casos tenían la perspectiva de complicarse. Por eso, cuando aquella muchacha le llamó para pedirle su representación, no dudó en decirle que no. Pero cuando la vio en persona esa misma tarde, cambió rápidamente de opinión.

Luis acababa de divorciarse de su mujer, una acaudalada representante de la alta burguesía madrileña. El abogado había sido elegido por la chica por sus perspectivas, pero también por llamarse Luis, igual que se llamaba su padre. Fetichismo, sin más, pero así era Laura en su locura.

Pero este otro Luis estaba encantado. Las fotos que se habían hecho los dos unos minutos antes en aquella piscina, ya estaban circulando entre sus amigos, que no paraban de enviarle mensajes de asombro. Pero lo bueno es que estaba seguro de que alguna de esas fotos llegaría a su exmujer, y eso era lo que más le satisfacía de todo aquello. Aparte lógicamente de los festines nocturnos o matutinos, porque de todo había.

La chica se tumbó en la hamaca para terminar de secarse con el sol, y entonces le dijo:

—¿Tú crees que le podremos sacar un buen pico a ese desgraciado?

—Estoy seguro, cariño. Ese cerdo va a pagar por lo que te hizo. Eso no lo dudes.

—Pero, ¿crees que puede ser un problema que yo ya tenga dieciocho años?

—De ninguna manera. Los hechos se produjeron cuando tú eras menor. Eso es lo que importa.

—De todas maneras, Luis —comenzó a decirle tras abandonar su hamaca y poniéndose a horcajadas encima de él, con su boca a escasos centímetros de la suya—, no me gustaría que mis padres se enteraran de esto. ¿Me oyes?

—Tranquila, Laura, eso no puede ocurrir.

—Me sentaría muy mal… y me enfadaría mucho contigo —dijo, con la cara seria y como amenazándole.

Él la besó y atrajo su cabeza contra sí para darse un profundo beso. Tras unos instantes, se separaron y la tranquilizó diciendo:

—En la denuncia no pusimos en ningún momento la dirección de tu madre, ni la de tu padre. Pusimos como dirección de comunicaciones mi despacho de Madrid. Allí enviarán cualquier recurso, diligencia, o lo que sea.

—Ya, pero en mi documento de identidad figura como mi dirección la de mi madre. Y allí es donde todavía estoy empadronada, ¿no?

—Eso ya no es así, Laura. Ahora estás empadronada conmigo, en mi casa, como me dijiste.

La muchacha sonrió y volvieron a darse otro beso apasionado y después le dijo:

—Estás en todo, amor. Veo que no me equivoqué cuando te elegí como mi abogado.

—Soy el mejor de todos, mi vida, pero me tienes que explicar qué tienes en contra de tus padres.

Entonces ella frunció el ceño y se levantó para volver a colocarse sobre su hamaca. Siguió tomándose el daiquiri, aunque lo abandonó hacia la mitad porque ya no estaba tan frío.

—Anda, Luis, tráeme otro como este —ordenó.

El hombre obedeció presto, y cuando volvió y se lo entregó, le preguntó:

—¿Por qué se separaron tus padres?

Laura probó la bebida y sonrió maliciosamente. Después dijo:

—Porque yo hice que él la dejara. Mi padre no puede compartirme con nadie más.

—Tu padre… ¿compartirte?

—Sí —continuó, dando pequeños sorbos con la pajita—. Mi padre es otro cerdo, como lo es ese desgraciado inglés.

—¿Ah sí?

—Me traicionó. Me traicionó y me engañó —siguió bebiendo, sin mirarle.

—Pero, te hizo algo más que…

—Y a mí no me traiciona ni me engaña nadie. Y quién me la hace, me la paga —ahora sí que le miró, pero enseguida volvió a concentrarse en el daiquiri—. Así que, hace dos años, me tuve que largar de mi casa.

—Pero, ¿por qué te traicionó?

—Porque se trajo a una puta a vivir con nosotros.

—¿A una puta?

—Sí, una guarra rumana que además vino preñada. El muy cerdo la preñó para así poder tener a otra niña —dijo, con una mirada de intenso odio—. Como si no tuviera bastante conmigo, me abandonó por esa puta y por la bastarda de su hija.

—¿Cómo? ¿Te abandonó?

—No. Ya te estoy diciendo que me tuve que ir yo. Como comprenderás, no iba a quedarme allí, tan pancha, viendo cómo se acostaba con ella, ¿no te parece?

—Pero, no entiendo…

—Escucha, Luis —interrumpió—. ¡Tú no tienes que entender nada! ¿Me oyes? —dijo, casi gritando—. Cuando me fui de allí lo denuncié por abuso sexual, y los muy inútiles del Juzgado lo único que hicieron fue ponerle una orden de alejamiento. Pero todavía no me han llamado para el juicio, y ya hace casi dos años desde que pasó aquello. Espero que cuando algún día lo hagan, no llegue la notificación a casa de mi madre. ¿Está claro?

—No lo harán Laura —dijo, aturdido—. No lo harán porque tú ya estás empadronada conmigo, y además la última denuncia que hemos puesto, la de Dasley, hemos consignado a mi despacho como tu domicilio legal. Y por cierto, tenemos cita la semana que viene para cambiar la dirección de tu DNI. Puedes estar tranquila, cariño.

Ella sonrió y volvió a sorber la pajita con aquellos labios carnosos, mientras le miraba con cara libidinosa. Luis hubiera querido indagar más sobre aquello, pero temió enfurecerla más y cambió de tema:

—Y… ¿tu madre? —preguntó, con cautela.

—Mi madre, ¿qué? —dejó la copa sobre la mesita y puso cara de desagrado.

—Entiendo que cuando te fuiste de casa de tu padre, te fuiste con ella, ¿no?

—Sí.

—Y, ¿qué te ha hecho?

La chica suspiró y luego dijo:

—De casa de mi madre me tuve que marchar hace poco, por razones parecidas.

El abogado la miró con extrañeza, pero no se atrevió a decir nada. Ella continuó:

—También me ha hecho una putada bien gorda, ¿sabes? Joder, con lo bien que estábamos las dos juntas… Pero nada. Se tuvo que buscar un *chorbo*… como ese.

—¿Cómo quién?

—Se puso a salir con un *sudaca*, con el que se terminó casando. ¿Me oyes? ¡Se casó con un *sudaca* que podría ser su hijo! ¿Qué te parece?

—Pues no sé, Laura… —comenzó a decir con miedo— ¿te molestó que ese tuviera relaciones con tu madre, entiendo…?

—Vamos a ver —se incorporó—, mi madre se puede acostar con un asno si le da la gana, ¿entiendes? Yo no voy a meterme en eso. Pero que se casara con un *sudaca*, con ese haragán que se trajo de algún tugurio de Guayaquil o de cualquier otro sitio de Ecuador… ¡para estar manteniéndolo toda la vida! ¿Me oyes? Porque eso es lo que hace esa gentuza, ¿sabes? Se camelan a la gente decente, y luego viven a su costa. El muy cerdo… ¡menudo *braguetazo*! ¡Menudo ridículo cuando se enterara mi padre! ¡Lo que se habrá reído de ella! ¡Es que es de chiste! ¿No te parece? —preguntó, y siguió sin esperar respuesta—. Mi madre estaba totalmente *enchochada* con él, ya te digo. Y por si fuera poco, lo que ya me terminó de rematar e hizo que me largara en el acto, fue que se trajera a su hermana a vivir con nosotros. ¡El colmo!

—¿A tu tía?

—¡No, idiota! ¿Cómo va a ser a mi tía? ¡Yo no tengo ninguna tía! ¡Se trajo a la hermana de él a vivir con nosotros! ¡La hermana del *sudaca*, joder! ¿Qué te parece? ¡Una puta, Luis! ¡Una puta!

—Una puta… ¿como la rumana esa?

—¡No! ¡Mucho peor! ¡Esta es de las de verdad! La hermana de ese *panchito* hacía de puta en algún antro de Guayaquil, no te digo más. Pero allí le debían de *dar caña* de la buena, y se largó y se vino también a mi casa para que mi madre los mantuviera a los dos… ¿Qué te parece? Y encima creo que también vino con *un bombo*.

—¿Embarazada?

—¡Pues claro! A saber de quién.

—Ya…

— Como comprenderás, yo no me iba a quedar allí aguantando todo eso.

—Joder, Laura, ¡qué familia tienes! —comentó, por decir algo.

—Pues ya lo ves. Mis padres no han hecho más que hacerme putadas. Desde ese día no quiero saber nada de ellos, ni quiero que ellos sepan de mí absolutamente nada. ¿Me oyes? Para ellos yo estoy muerta, y los muertos, ni llaman a los vivos, ni estos reciben cartas de ellos. ¿Está claro?

—Claro como el agua, mi vida.

—Anda, tráeme otro daiquiri, porque este ya está caliente.

Dos abogados

El avión estaba ya llegando al aeropuerto de Heathrow en Londres, y Luis tenía muy clara cuál iba a ser su estrategia con el abogado de Richard Dasley. Lo que no tenía nada claro era cómo librarse de aquella mocosa sin salir mal parado.

Porque estaba claro que Laura era peligrosa. Muy peligrosa; extremadamente peligrosa, sin lugar a dudas. Era una caja de granadas con el seguro quitado, que podía explotar en cualquier momento.

Cuando le conoció, fingió el papel de ser una joven resuelta e independizada que había sido abusada por un músico, y que, como tenía algo de dinero, no le importaba contratar al mejor abogado para que llevara su caso. Según le dijo, había estado viviendo en Mónaco bajo la protección de un sujeto que resultó ser «otro tipo sin escrúpulos», un pervertido del que terminó huyendo, y acabó apareciendo por Madrid, su ciudad natal, para encontrarse con el abogado.

Luis picó como un colegial, sobre todo al ver y tocar los poderosos argumentos con los que la chica refrendaba todas sus afirmaciones.

Pero aquellos «argumentos» le iban a buscar la ruina o la cárcel, si hacía un mínimo movimiento en falso. Es más, probablemente la chica ya tenía en su cabeza alguna estrategia con la que machacarle a él también en cuanto terminara el caso con Dasley.

«Al menos sacar el asunto de sus padres ha sido toda una bendición», se dijo, pues hasta entonces, la chica había actuado con una cordura más o menos razonable. Pero gracias a eso, mostró su verdadera cara, y él podría estar preparado. Podría anticiparse a cualquier movimiento, y así minimizar sus pérdidas, que a buen seguro serían cuantiosas. Porque Laura estaba loca, sí, pero también era muy, muy lista, y solo su juventud podría jugarle una mala pasada. Su falta de experiencia en asuntos legales podría jugar en su contra, y ser él quien la engañara a ella, pues ese era su campo. Un campo en que verdaderamente era uno de los mejores, y en eso Laura no se había equivocado. Pero la chica ya no era menor de edad, y por tanto, ya no tenía las cosas tan fáciles como antes. Ahora se podrían alegar relaciones consentidas, e incluso ella podría ir a la cárcel por extorsión.

Sí, eso haría. Jugaría con esa baza si podía, si no se adelantaba ella y

lo denunciaba antes. Pero la cuestión era saber cómo hacerlo. Cómo hacerle ver que no podía jugar con él como había jugado con otros, como seguramente habría jugado con el tipo ese de Mónaco, y a saber con cuántos antes más. No podía arriesgarse a un escándalo, que a buen seguro espantaría a muchos de sus clientes, los cuales eran principalmente gente conservadora de la alta burguesía madrileña.

Aunque pensándolo bien, una denuncia por malos tratos, violación, abuso, o lo que sea, no tendría por qué trascender. Denuncias como esa se dan por docenas todos los días, y la gente no se entera. No se entera, claro, porque los periodistas no están continuamente aireando todos los casos que se dan, salvos los más escabrosos.

Los periodistas… Claro, ahí estaba el problema. Ese era su talón de Aquiles, y la herramienta que podría usar Laura. Ya se encargaría ella de «convencer» a alguno para que su caso concreto saliera en todos los medios.

El avión ya había tocado tierra y se dirigía despacio a una de las puertas de desembarque. Entonces él dejó de pensar en lo que haría después, y se concentró en lo que le diría a un sujeto al que no conocía, y con el que se vería en menos de una hora. Solo había hablado con su secretaria, que fue quien concertó la cita en el bufete que representaba al señor Dasley. Un bufete que se encontraba en la calle Giltspur, en plena «City» londinense.

Cuando llegó al edificio preguntó por él, y la secretaria le condujo hacia una sala de reuniones en la que solo tuvo que permanecer durante unos minutos hasta que llegó.

Y lo hizo sin su cliente, es decir, solo se presentó el abogado. No era infrecuente, desde luego, pero le extrañó que estando en la misma ciudad no se hubiera personado también el bajista actual de Thertonball. «Mi cliente está de gira en el extranjero», le dijo para justificar su ausencia, a lo que él respondió para justificar lo mismo: «mi cliente no tiene fuerzas para enfrentarse de nuevo a algo relacionado con un suceso tan traumático, y delega en mí todas las actuaciones».

El abogado de Dasley era un escocés apellidado Gibb que tenía un acento cerrado que a Luis al principio le costó seguir, pero según fueron pasando los minutos se fue sintiendo más cómodo. Tras presentarse el uno al otro los consiguientes apoderamientos de sus respectivos clientes, comenzaron a negociar los términos de «un posible acuerdo con el que satisfacer a las dos partes».

—Su cliente tiene todas las de perder, mi colega. Según el convenio de

extradición en vigor entre el Reino Unido y el Reino de España…

—Sí, señor Márquez, sé perfectamente lo que dice ese convenio —interrumpió el escocés— Sé que en cuanto se abran las diligencias, mi cliente podría ser arrestado por las autoridades y enviado a España para declarar.

—Efectivamente. Y dependiendo de lo que el juez estime, podría ser encarcelado y puesto en prisión preventiva, durante el tiempo necesario hasta que se celebre el juicio. La justicia en España es lenta, y ese tiempo podría ser mucho.

—No veo que esa posibilidad exista realmente, Márquez. Su cliente no pudo aportar ni una sola prueba de lo que dijo a la policía, más allá de sus palabras. No pueden encarcelar a alguien sin tener hechos concluyentes en los que apoyarse.

—Sí, señor Gibb, pero la presencia de mi defendida en la habitación de su cliente el día de los hechos está más que probada. Y no se olvide de que era menor de edad.

—¿Más que probada?

—Efectivamente. Tenemos esta prueba —dijo, enseñándole una fotografía al escoces—. Aquí se muestra a mi cliente estableciendo una conversación con el señor Dasley, en la que él le dijo que podría subir a su habitación por la noche.

—¿Quién hizo esa fotografía?

—Una amiga de mi defendida que estuvo en el hotel con ella, esa tarde.

—Eso es ilegal.

—No, mi colega. El señor Dasley es un personaje público, y no es ilegal hacerle fotografías. Ilegal sería fotografiar a mi defendida, pero en este caso es prueba concomitante y está siendo usada por la víctima. No hay tal ilegalidad.

—Usted no tiene pruebas de esa conversación que menciona, y de hecho, esa no se produjo, por mucho que usted me muestre una fotografía de los dos juntos.

—Está también el asunto del video, señor Gibb.

—¿Qué video?

—Tenemos la grabación de las cámaras de seguridad del hotel. La que se ubica en el pasillo donde estaba la habitación de su defendido. Allí

se puede ver cómo mi cliente llamó a la puerta del suyo, y se introdujo en la misma, momento en que se cometió la violación.

—No me irá a decir que también tiene un video de eso, ¿verdad?

—No, caballero, pero sí se puede comprobar cómo mi defendida salía ostensiblemente turbada después de entrar en la habitación del señor Dasley, y con la ropa a medio poner.

—Eso no prueba nada.

—La prueba es más que suficiente, señor Gibb. Para firmar y entregar un autógrafo no se precisan más de diez segundos. ¿Qué estuvo haciendo su cliente sino abusar de mi defendida durante todo ese tiempo?

—Podría haber estado hablando con ella, sencillamente. ¿No le parece?

—Eso se lo tendrá usted que demostrar al juez español que le toque, señor Gibb. Mejor dicho, a la jueza de violencia de género que seguramente le asignarán, y que probablemente estará mediatizada por un escándalo que pretendemos airear si no llegamos a un acuerdo antes. Es un asunto sensible en España en estos momentos, y la prensa se posicionará unánimemente a favor de mi defendida. Puede usted estar seguro de eso, colega.

—Está bien —dijo el escocés, resignado—. ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar?

—La intención de mi cliente es obtener una compensación. Un proceso judicial largo y mediatizado sería desastroso para su estado anímico actual, que ya es de por sí preocupante. Aunque no dude que llegaremos a eso si ustedes no aceptan la citada compensación. Por el contrario, si llegamos a un acuerdo extrajudicial, podemos presentar el mismo ante el juez y este anularía de oficio el proceso. Un acuerdo que podríamos redactar en este mismo momento, y someterlo a una apostilla notarial, claro está.

—Dígame la cifra, señor Márquez.

Luis había llegado donde quería, y entonces disparó con contundencia:

—Un millón de libras. Para su cliente, eso es calderilla.

—¿Está usted loco? No le daremos más de cien mil.

—Hecho —replicó inmediatamente, con una sonrisa de satisfacción.

Aprovechar un desperdicio

El día en que su mujer le dijo lo de la denuncia, fue un mal día para Richard Dasley. Aquella noche no durmió con su mujer, y se tuvo que conformar con hacerlo en una de las habitaciones para invitados. De hecho, no volvió a dormir con ella nunca más.

La denuncia le había venido de perlas a Carla para ejecutar sus planes de divorcio, y con una causa justificada como aquella, se llevó una buena parte de la fortuna de su marido.

Un marido que se refugió todavía más en el alcohol y también en las drogas, y cuyo desempeño en el grupo pasó a ser bastante deficiente.

Por si fuera poco, la relación de la modelo con Ruddy se hizo cada vez más ostensible, y pasó a ser un rumor que todos conocían en la banda, incluyendo al propio Richard, aunque este siempre sostuvo que solo eran amigos.

El guitarrista lo negaba, desde luego, pero ya faltaba poco para hacerlo público. Sus planes eran terminar los escasos compromisos que quedaban referentes a conciertos ya programados, y después echar al bajista y rescatar a Kai Costa.

El álbum que habían grabado sin su compositor de siempre había salido mal, y había sido un rotundo fracaso comercial. Aunque Carla no tragaba al portugués, ya se encargaría él de hacerle ver que Kai significaba volver al camino del prestigio y sobre todo, del dinero.

Ruddy se las prometía muy felices, pero de nuevo la astuta Laura Milar apareció en escena para desgracia suya.

Antes del divorcio de su compañero con la modelo, ya habían acordado que Ruddy tenía que estar ojo avizor para detectar las posibles infidelidades del bajista y así poderse completar el divorcio a satisfacción de ella. Y el caso es que sí que estaba pendiente de él.

Efectivamente, oyó el grito de la chica en la habitación de Dasley, y salió de la suya que estaba próxima para ver qué pasaba. Allí vio cómo Laura salía de la habitación, y… se refugiaba en la suya.

Ruddy no había querido defender a su amigo para apoyar su tesis de que no estuvo con la chica, en primer lugar, porque no le convenía. Pero en segundo lugar, porque quien sí que estuvo con ella fue él.

Cuando salió de la habitación del bajista, ella no se esperaba que el otro estuviera en el pasillo, y entonces pensó rápidamente como

aprovechar esa oportunidad. Su ágil y astuta mente le ofreció dos posibilidades. La primera sería echarse en sus brazos y llorar porque Richard había querido violarla. Así tendría un testigo, que, aunque fuera su amigo, podría evitar comprometerse con él en caso de un hipotético juicio. Pero eso pasaba porque Dasley saliera de su habitación y se mostrara a las claras. Cosa que no hizo, por cierto, pues se quedó medio conmocionado por lo que le acababa de pasar. Entonces se decidió por lo segundo, que también le venía muy bien. Miró con su mirada irresistible al guitarrista y le preguntó:

—¿Te apetece aprovechar lo que tu amigo desperdicia? —le dijo al echarse en sus brazos, mientras le empujaba discretamente hacia el interior de la habitación.

—¡Claro, nena! ¿Quién iba a rechazar semejante oferta? —respondió, mientras cerraba la puerta, cerciorándose de que no había nadie en el pasillo.

Entonces la llevó hacia la cama, y fue entonces cuando oyó que llamaban a su puerta.

—¡Ruddy! ¡Ruddy! ¿Estás ahí? ¡Ruddy!

—¡Chsss! —susurró Laura, poniendo un dedo perpendicular en sus labios. El otro obedeció y sonrió, esperando que su compañero se marchara, cosa que hizo después de un rato. Cuando le oyó que entraba en su habitación y cerraba su puerta, Ruddy procedió a cerrar la puerta interior de la suya, para que entre la exterior y la interior se filtrara el menor ruido posible hacia fuera de la misma.

Aquella había sido una oportunidad de oro para pillar a Richard con otra, pero obviamente había fracasado. Aunque nada le impedía a él gozar de la chica, ahora que la tenía en su mismísima habitación. ¿Quién iba a enterarse? Ya le había dado algo de envidia cuando estuvo con Kai el año anterior, y ahora se iba a resarcir de ello. Hasta en eso le llevaría la delantera, pensó, y nunca mejor dicho.

—¿Sabes utilizar todos tus instrumentos tan bien como tu guitarra, Ruddy?

—No te quepa la menor duda, nena.

—¿No me llevaré una decepción contigo, eh, Ruddy? ¿Terminarás esta canción, o me dejarás a medias?

—Ten por seguro que te va a gustar tanto como mis conciertos…

—Laura. Me llamo Laura.

—… Laura… no te decepcionaré, preciosa.

El colgante en el cuello

Tras una noche de pasión y desenfreno, se abrió paso el día y el guitarrista recibió una llamada que despertó a la pareja. Pero este la rechazó, aunque enseguida volvió a sonar el teléfono.

—¿Sí? —contestó esa vez, tras deslizar el botón verde de su celular. Un movimiento que no pasó desapercibido a la otra ocupante de la cama, que llegó a leer el nombre que figuraba como emisor de la llamada—. Ahora no puedo cariño —replicó él, solicitando a Laura que se estuviera callada haciendo el mismo gesto con un dedo que ella había hecho unas horas antes—. Te llamo yo dentro de un rato. ¿De acuerdo?

—Después de colgar, Laura le dijo:

—¿Tienes novia, Ruddy?

—¿Y tú, Laura? ¿Tienes novio? —replicó, sin querer decir nada.

—Sí, claro, mi novio eres tú.

Él sonrió y añadió, cambiando de tema:

—¿Por qué hablas tan bien inglés, nena? Los españoles no soléis hablarlo en condiciones, como lo hace la gente de otros países.

—Yo fui a un colegio bilingüe. Me dieron todas las clases en inglés desde los cinco años.

—¡Ah! —exclamó, para a continuación, decir:

—Bueno, Laura, te vas a tener que marchar. No te olvidaré fácilmente, te lo puedo asegurar. Pero ahora…

—¿Me echas, Ruddy? —dijo, abrazándole.

—Me temo que sí, cariño —dijo mientras se levantaba y se vestía, y ella hacía lo mismo. Cuando hubieron terminado, la agarró de la mano y se la llevó hacia la puerta. Pero antes de salir le susurró: —Oye, no le dirás al estúpido de Richard que has estado conmigo, ¿verdad?

—No —contestó, casualmente—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Él no replicó, y abrió la puerta, reteniéndola por unos instantes dentro de la habitación. Cruzó el pasillo y se aproximó a la puerta del bajista, como para oír si estaba o si se disponía a salir. Después volvió y

susurró:

—¡Adiós, Laura! ¡Sal deprisa!

La muchacha obedeció y salió, pensando sobre lo que acababa de ver, y entonces lo tuvo claro. El nombre que había visto en el teléfono cuando Ruddy aceptó la llamada y esa extraña actitud de ocultar lo que había pasado, le confirmó que el guitarrista estaba liado con la mujer de su amigo.

Durante el tiempo que pasó en aquella habitación, había dudado si actuar contra Richard o contra Ruddy, pero en ese momento se decidió. Obviamente, no podía alegar que había sido abusada por los dos en la misma noche, y tenía que decidirse por alguno. Siempre pensó que el bajista sería la pieza más suculenta por ser el pez más gordo, a pesar de que tenía menos pruebas contra él. Pero, ¿por qué conformarse con uno solo si podía aprovecharse de los dos?

Mientras salía del hotel miró en el interior de su bolso y vio el colgante que llevaba en el cuello cuando entró en la habitación de Ruddy. Un colgante que se terminó quitando al poco de acostarse con él. Miró a la bolita oscura que poseía en la parte superior, y también echó un vistazo a la parte de abajo, y observó la pequeña ranura donde se insertaba la tarjeta de memoria. Después la extrajo cuidosamente, para depositarla en un pequeño estuche que también llevaba en el bolso. Entonces sonrió, y pasó por la recepción del hotel para saber si el tipo que le había revelado el número de habitación de Dasley seguía en el mostrador.

Efectivamente no estaba. Debía de estar en el turno de tarde, como le había dicho. «Mejor así», se dijo. Seguramente le habría estado esperando como ella le prometió que haría cuando terminara su turno. Pero Laura no estaba para cumplir una promesa que ya no le aportaba nada.

Un chat en la Deep Web

Una vez que hubo cobrado las cien mil libras, dejó pasar un tiempo prudencial y entonces pasó a la segunda fase de su plan.

Aquella noche había pescado dos buenos peces, y ahora se iba a comer al segundo.

Laura había gastado el único cartucho que tenía esa noche para acusar a Dasley de abuso sexual a una menor, y por tanto, no tenía más municiones en ese sentido. Y tampoco podía utilizar ante las autoridades el vídeo que tenía de lo que hizo con Ruddy, porque estaba más que claro que aquella relación había sido consentida. Al tener más de dieciséis años, eso no era ilegal.

Pero a buen seguro que Ruddy Norfolk estaría dispuesto a pagar un buen dinero con tal de que ese video no llegara a las manos de Carla Watts.

Los rumores de que estaban juntos no iban más allá del círculo de personas conocidas, aunque ahora que el divorcio de Dasley ya era oficial, la astuta de Laura solo tuvo que atar algunos cabos para suponer, con lo que sabía, que ese era el caso.

Entonces mandó un mensaje a uno de los canales privados del guitarrista en las redes sociales. Un mensaje sencillo, emitido por un usuario que se denominaba «LauraMadrid2017». El mensaje únicamente decía «Carla», y mostraba un enlace para una sala de chat privada y volátil en la llamada «Deep Web».

El guitarrista tardó en responder. Pasaron algunos días hasta que lo vio, y ella esperó pacientemente. Estaba dispuesta reenviarlo las veces que fueran necesarias, e incluso dárselo en persona si no lo viera. Solo había que seguirlo al próximo concierto, y lo tendría al alcance. Aunque eso solo lo haría como último recurso.

Pero el caso es que no hizo falta llegar a eso. Por fin, algunos días más tarde, la joven recibió un aviso desde el chat diciendo que alguien se había conectado al mismo. Entonces accedió a través de uno de los proxis que ocultaban las direcciones IP, y procedieron a «chatear».

«¿Qué quieres?»

«Cincuenta mil libras en bitcoins enviadas al siguiente código: guitarheroRuddy2017. Es una cuenta no rastreable y anónima.

El guitarrista se quedó paralizado y tardó en contestar. Cuando lo

hizo, vio que la línea que acaba de leer había desaparecido.

«¿Por qué iba a hacerlo?», escribió finalmente.

«Por esto: https://yehlxleyung.tor2web.bluemagie.test.mp4»

Laura vio cómo el indicador de descargas del servidor recibía una visita, y a continuación le dijo:

«Si no envías el dinero en dos días, tu novia recibirá el video completo».

Le había enviado únicamente los primeros segundos, aquellos en los que los dos hablaban del asunto de «usar los instrumentos». El hombre se había quedado de piedra y tardaba en contestar, pero seguía en línea.

«Vamos, figura… no es muy caro. A tu amigo le costó el doble y eso que no hizo nada. Tú al menos te lo pasaste bien. Te aconsejo que apuntes el código, deprisa. Como ves, las líneas se borran a los diez segundos de escribirse, así que ya puedes apremiarte. Lo volveré a repetir por si no te acuerdas, aunque como ves, es bastante fácil para ti:

«guitarheroRuddy2017»

«Espero que lo recuerdes y mandes el dinero. No volverá a haber más mensajes, ni más comunicaciones».

A continuación, el servidor lanzó un mensaje de «usuario desconectado», y una cuenta atrás al lado del código le informaba que quedaban solo cuatro segundos para su borrado.

Ruddy estaba solo en su casa de Westminster, y lo primero que hizo fue escribir el código en un papel. Lo segundo fue lamentarse. Tendría que haber impreso las pantallas del chat para así enseñárselas a la policía, pero no lo hizo. Lo tercero fue llamar a un amigo informático para que le explicara algo de lo que le había pasado, porque estaba totalmente confundido.

—¿Bobby?

—¡Hola Ruddy!, ¡Cuánto tiempo sin hablar contigo! ¿Qué tal estás?

—Pues regular, me acaba de ocurrir una cosa… bueno, antes de nada, ¿qué tal tú mujer y tus hijos? ¿Te pillo en mal momento?

—No, estaba terminando de cenar. Sharon está bien, y los chicos, como siempre. Pero, ¿qué te ha ocurrido?

—Una extorsión, Bob. Una chic… quiero decir, un tipo me está pidiendo… cierto dinero, pues si no lo hago… —el guitarrista no sabía qué decir. Obviamente, no podía contar la verdad, porque podría llegar a oídos de Carla. Así que se inventó una historia sobre la marcha.

—Verás, son unas canciones que he compuesto y que me han robado. El ladrón me pide dinero para devolvérmelas, y lo pide en bitcoins, precisamente.

—¡Vaya…!

—No puedo renunciar a esas canciones, Bob. Me ha costado mucho esfuerzo componerlas, y perdería meses de trabajo. La verdad, no sé qué hacer.

—Entiendo que un virus informático se ha metido en tu ordenador y se ha llevado las canciones de ahí, ¿no es cierto?

—Sí, tenía todas las partituras en el disco duro, y tras copiarlas, las ha borrado.

—¡Ah! Bueno, pues entonces no te preocupes. Cuando un archivo se borra, en realidad no se borra, quiero decir, simplemente el ordenador marca como «disponible» el espacio que ocupa, y sobrescribe encima cualquier otro archivo nuevo. Si no tienes lleno el disco duro, es casi seguro que se pueden recuperar.

—Eh… No, Bob, en realidad no es eso lo que ha pasado. En realidad, no las ha borrado. Solo las ha sustituido por otras, y las ha grabado con el mismo nombre. Otras de álbumes anteriores que ahora están duplicadas.

—Entonces la cosa cambia, desde luego. Entiendo que no tienes archivos de respaldo ni copias de seguridad, ¿verdad?

—Así, es. Pero a mí lo que me interesa es localizar a esa persona y denunciarla, Bob. ¿No sé puede hacer nada?

—¿Cómo se ha puesto en contacto contigo?

—Me escribió un mensaje a mi perfil privado en Facebook con un enlace que apuntaba a una dirección que te envío, si me dejas, en un segundo —dijo, procediendo a hacer lo que decía.

—Sí, envíame la dirección y vemos a ver qué es. ¿Quién es el usuario?

—Eh… bueno, el usuario no creo que sea relevante, ¿no Bobby? Quiero decir, seguramente se haya montado un perfil falso y lo haya

enviado desde allí, ¿no te parece?

—Sí, pero al registrarse es posible que lo hiciera desde su casa, y quizás se haya quedado grabada la dirección IP desde la que lo hizo.

—¿Grabada dónde?

—En los registros de Facebook, naturalmente. Quizás una denuncia les obligue a revelarlo, y por ahí le pillen.

—Ya… Bueno, te acabo de enviar el enlace. ¿Lo has recibido?

—Sí, aquí está… —dijo el informático, procediendo a examinarlo. Tras unos segundos informó a su amigo:

—Es un enlace a una dirección volátil en la «Deep Web». De hecho, ya no existe, ni es posible rastrearlo de ninguna manera.

—Me lo imaginaba —respondió con disgusto—. Pero, ¿crees que si hubiera hecho una captura de pantalla de la conversación que tuvimos…?

—¿Para la policía, te refieres? Salvo que revelara algo suyo personal, que no creo que lo haya hecho, no serviría de nada. Como prueba, me refiero. Cualquiera puede meterse ahí y simular una conversación.

—Vaya… ¿y por el código que me ha dado para que envíe los bitcoins? ¿Se podría saber algo por ahí?

—Imposible, Ruddy. Por eso los cacos usan esa herramienta. Porque es imposible de rastrear. A diario se hacen «secuestros» de información en los servidores de todo el mundo, y se exige el pago de esa manera. Eso no es como las cuentas corrientes que tenemos en los bancos. Ahí no hay forma de saber quién está detrás.

—O sea que solo nos queda saber lo de la IP que me has dicho antes, ¿no?

—Dudo que por ahí consigas algo. Si el caco ha montado todo ese tinglado de la Deep Web y de los bitcoins, no creo que sea tan pardillo para dejarse pillar en esa simpleza. Seguro que lo ha hecho desde un ordenar zombi, o algo así.

—¿Un ordenador zombi?

—Sí, el ordenador de un usuario doméstico que ha sido manipulado de forma remota mediante otro virus. Es bastante habitual.

—O desde un cibercafé, por ejemplo.

—Sí, claro, también es posible.

—Ya veo.

—¿Te ha pedido mucho?

—Cincuenta mil libras.

—Claro… sabe quién eres y se aprovecha. Menudo listo. Pero… es un robo especializado, Ruddy, identificar archivos MSCX y robarlos, y todo lo otro que tengas dejarlo como está… Es un poco raro… ¿no sospechas quién ha podido ser, o quién puede estar detrás?

—Pues… si te digo la verdad, sí que tengo algún sospechoso.

—Pues, como no negocies con él de alguna otra manera, no veo como librarte de esto. Obviamente, él lo negará todo.

—Sí, claro. Entonces, ¿tú qué harías, Bob?

—Yo no pagaría, Ruddy. Nada te garantiza que te reenvíe los archivos. Perderías el dinero y las partituras.

Cuatro razones

Claro, no pagar… «¡Qué fácil lo dice Bob!», pensó Ruddy. Para él cincuenta mil libras era una fortuna, pero para el guitarrista de Thertonball… era un dinero, sí, pero no mucho. El año anterior se compró otro coche, que no necesitaba, y que le costó más o menos eso.

Pero claro, lo que no se perdonaría es que, además de pagar, encima Laura le mandara el vídeo a Carla… Eso sí que no lo podía consentir de ninguna manera. Su amor propio no se lo permitiría.

«¿Cómo lo habría hecho?», se preguntó. Obviamente, era algo que llevaba en el cuello; un colgante, un medallón o algo así. Algo en lo que él ni se fijó, obviamente, pues estuvo todo el tiempo mirando un poco más abajo.

Cincuenta mil libras… Había oído casos de prostitutas de lujo que se acostaban con millonarios por unas cantidades similares. ¿Podría él pagar ese precio por una noche de pasión? Si finalmente lo hacía debería hacerse a la idea que él fue uno de esos millonarios. Desde luego, Laura podría dedicarse a eso y hacerse rica sin necesidad de chantajear de esa manera.

«Claro», se dijo. Quizás ese fuera el caso. Quizás Laura al fin y al cabo era una profesional y como tal tenía una reputación. Un código deontológico que le prohibía de alguna manera estafar a sus clientes. Con Richard aceptó las cien mil libras y no volvió a dar la lata. ¿Por qué iba a enviarle a Carla ese vídeo si él ya había pagado? Además, estaba claro que esa chica era bien lista. «¿Cómo se habrá enterado de lo nuestro?», se preguntó. «¿Tendría espías? ¿Algún detective nos habría seguido?».

No paraba de devanarse los sesos y no caía en que ella lo sabía porque vio que le llamó aquella mañana y encima él le dijo «cariño» a su interlocutora en la llamada.

Había momentos en que pensaba en pagar, y otros en que pensaba lo contrario. Estaba casi seguro de que Laura era «una profesional», y que no le enviaría nada a Carla. Pero le habían dado dos días y las horas iban pasando. Tenía que tomar una decisión como mucho al día siguiente si quería pagar en plazo.

Porque lo que no quería era perder a Carla por aquel «pequeño desliz». Había sido una debilidad casi imposible de resistir y que no implicaba nada. Se había enamorado de la modelo y quería al

pequeño Archibald, su hijo. Si ella se enterase, era casi seguro que perdería a los dos, ya que esta no perdonaba la infidelidad. Por no hablar del dinero que le sacaría por lo del chico. Ella podría reclamar una pensión vitalicia para el muchacho a pagar en un solo acto, como hizo con Dasley. Era capaz de eso y de mucho más, y se preguntó si hacía bien en quererla como la quería, sabiendo cómo era realmente.

Después de no dormir en toda la noche y de beberse unos cuantos whiskies, finalmente decidió no pagar, por cuatro razones que se apuntó en un papel para que no se le olvidaran si las cosas salían mal, y así no recriminarse a sí mismo.

La primera, porque la chica podría mandar el vídeo a Laura de todas maneras. Nada le garantizaba que no lo hiciera. La segunda, porque a unas malas, él le podría decir a Carla que el vídeo era real, sí, pero que la fecha era anterior a cuando comenzaron a salir. Que fue el día de aquel otro concierto anterior en Madrid, el día en que ella se acostó con Kai. Simplemente, diría que se acostó con él en lugar de Kai, o incluso con los dos. El caso es que no había habido cuernos. No recordaba que aquella noche hubieran mencionado fecha alguna que pudiera haber sido grabada, y además fue también en el hotel Meliá Castilla.

La tercera razón era que él o la propia Carla podrían denunciar a Laura por extorsión, y quizás por esa causa la chica no se atreviera a mandar el video. Estaba claro que no era nada tonta, y quizás todo fuera un farol. Aunque era una razón muy floja, porque siempre podría argumentar que la chica cuya voz se oía no era la de ella. Una voz que ya se habría encargado de enmascarar, obviamente, editando el audio de ese vídeo. Un vídeo en el que prácticamente solo aparecía él, pues él era quien estaba enfrente de la cámara. De Laura solo aparecían, aparte de los brazos, alguna escena fugaz de las rodillas, y cómo no, parte de los pechos.

Por último, una razón que le terminó de decidir, es que era muy difícil localizar a Carla. Había cambiado de domicilio a raíz de tener al niño, y nadie lo conocía. No tenía cuentas en las redes sociales, y tan solo Hacienda y el Estado podía conocer esos datos. Era altamente improbable que los contactos de Laura llegaran tan lejos. Además, ya estaba retirada de las pasarelas, y salvo que cambiara de opinión, no iba a volver a desfilar, sino que se iba a dedicar a gestionar empresas de modas. Y aunque lo hiciera, aquella chica no sería tan rencorosa como para perseguirla por todo el mundo para darle el dichoso vídeo. Se conformaría y se iría a por otra víctima.

Terminó de apuntar las cuatro razones y se tranquilizó bastante. De

hecho, sonrió hacia sus adentros, y pensó: «Esa mocosa… se había pensado que me la podía dar a mí. ¡Nada menos que a mí!», se dijo, y se echó a dormir plácidamente.

Una visita inesperada

—¿Dónde está mi madre?

—Hola, Laura, podías haber avisado de que ibas a venir.

La chica había ido a casa de su madre, que vivía en un pueblo de Madrid. La que había sido su casa durante dos años, cuando se marchó de la casa de su padre, hasta que lo hizo también de esa. Había llegado por la mañana, y había abierto con su llave.

A pesar de que no quería saber nada de ella, no le quedó más remedio que ir a visitarla. Cuando en su día se marchó de allí, lo hizo tan apresuradamente que se dejó algunas cosas en el domicilio. Entre ellas estaba su pasaporte, y por no volver se sacó otro cuando se fue a Mónaco. Pero ahora no le apetecía usar el nuevo. No se fiaba de Ruddy, y prefirió usar el antiguo, uno que se hizo cuando era mucho más joven y su aspecto era diferente. Pero el caso es que no lo encontraba. Creía recordar que lo había puesto en uno de los cajones de su escritorio, pero no estaba allí. Mientras esperaba que su madre apareciera, se dedicó a llenar una maleta con las cosas que le quedaban por recoger, que eran básicamente ropa.

Pero antes que su madre, llegó el otro ocupante de la casa, es decir, el hombre que ahora vivía con ella. Un español de origen ecuatoriano por quien Laura sentía verdadera antipatía.

—Esta es la casa de mi madre y puedo venir a ella cuando me dé la gana. Un lugar donde tú, por cierto, no deberías estar.

—Estoy casado con ella —respondió él—. Yo creo que eso me da derecho a vivir aquí.

Laura miró a su interlocutor con cara de odio, y fue al grano.

—¿Qué habéis hecho con mi pasaporte?

—¿Tu pasaporte?

—¡Sí, mi pasaporte! ¡Debería de estar en el cajón de mi escritorio! —gritó. ¿Dónde está? ¡Eh! ¡Contesta!

—Tranquilízate, Laura. Quizás tu madre lo puso en un lugar donde guardamos ahora los documentos… Si me permites un instante…

El hombre se fue hacia otra habitación, y Laura lo siguió. Estuvo buscando en una caja que tenían dentro de un armario, y cuando lo encontró se lo entregó a la chica, que lo observaba desde el quicio de

la puerta. Ella lo introdujo en su bolso, se fue a la habitación donde tenía la maleta, la recogió y salió de la casa sin decir nada más. Mientras, el ecuatoriano la vio irse calle abajo, hasta que desapareció al doblar una esquina.

Un concierto en Brighton

A diferencia de Ruddy u otras personas de ese tipo que vivían de la popularidad y se debían a sus fans, Carla Watts no tenía necesidad de eso y no mantenía cuentas en las redes sociales. Laura intentó averiguar su domicilio por todos los medios, pero no lo consiguió. Así las cosas, no le quedaba más remedio que buscarla en las pasarelas donde desfilaba, pero desde que tuvo al niño, se había retirado por el momento del mundo de la moda. No había manera de contactar con ella, y la única forma de hacerlo sería hacerse pasar por la secretaria de algún empresario relacionado con ese mundo, o de un modisto de los que solía vestir, y comenzar un arduo camino de intereses fingidos para así conseguir de un modo u otro que alguien se la presentase o al menos conseguir una dirección. Una dirección donde enviar el famoso vídeo, y así vengarse de quien le había dado su segundo desplante —el primero se lo había dado su padre, según ella—.

Pero había otra forma de intentar verla, aunque la posibilidad no era segura. Porque si Ruddy y ella estaban juntos —algo que Laura no dudaba—, podría ser posible que Carla acudiera al concierto de aquella noche en Brighton. Era el último de la temporada, y la prensa auguraba un estancamiento de la banda a partir de entonces, debido al fracaso del que había sido su último disco. Probablemente, no habría más conciertos en mucho tiempo, y aquel prometía ser una especie de despedida.

La posibilidad no era segura, desde luego, pues además estaba por allí todavía Richard Dasley y no parecía probable que Carla Watts fuera a ver a su exmarido tocando al lado de su novio. ¿O sí? Desde luego sería una ocasión memorable, o incluso irrepetible, porque la misma prensa sí que aireaba ya los rumores de la posible vuelta de Kai Costa a la banda, ante el fracaso de su último disco. Además, Brighton estaba muy próximo a Londres, y no le costaría nada desplazarse allí para ver el evento, o incluso para estar con su novio aquella noche.

Sea como fuere, a Laura no le costaba nada irse a aquella localidad costera e intentar verla. Sabía que el grupo se hospedaría en el Grand Hotel, pues era el mejor establecimiento de esa ciudad. Así lo habían hecho otras veces, y esta vez no tendría por qué ser distinto. Ya había reservado una noche allí, y merodearía por el gran hall que había en la recepción para intentar verla. Eso sí, tendría que cambiar algo su aspecto para que Ruddy no la reconociera, y aprovechar cualquier ocasión para verla a solas y entregarle el video. Si no podía ser en el hotel porque estaba pegada a Ruddy, tendría que ser en el concierto

durante el mismo. Este se iba a celebrar en el East Park de esa localidad, y Laura ya había sacado una entrada para situarse en la primera fila, donde probablemente estaría Carla. Si no fuera así, ya se encargaría de buscarla allá donde estuviera.

Como se entretuvo más de lo que hubiera deseado cuando fue a su casa, no le quedó más remedio que irse al aeropuerto directamente desde la casa de su madre. Aun así, llegó con tiempo más que suficiente para teñirse el pelo en los servicios de la terminal mientras esperaba la salida del avión. Usó un colorante de los que se van en un par de lavados y se tiño de rubia. Con eso, más una coleta y unas gafas, podría pasar inadvertida esperando verla mientras permanecía sentada en uno de los sillones que había en la amplísima recepción del hotel. Era imposible que Ruddy la pudiera reconocer.

Al llegar al aeropuerto de Londres, el de Gatwick, introdujo la maleta en consigna y se marchó solo con el bolso, en dirección al hotel.

Carla

Carla había acudido aquel día a Brighton, pero no para ver el concierto. Le gustaba el rock y le gustaba su estética, pero no le gustaba mezclarse con el público. Apenas había ido un par de veces a ver a su exmarido, y solo lo había hecho cuando las condiciones de los recintos en los que se celebraba le permitían posicionarse en un lugar exclusivo donde no le molestase nadie. Un palco o algo así, o un asiento para gente VIP. Algo que no se prodigaba con mucha frecuencia, por cierto.

Desde que Richard dejó Hazelnut para incorporarse a Thertonball no había asistido a ninguno de sus conciertos, y por tanto, nunca le había visto tocar junto a Ruddy en directo. Eso sí, había visto luego los videos en su casa, tranquilamente. Pero eso no era lo mismo claro, pues los realizadores enfocaban principalmente a Adam White, el carismático cantante de la banda.

La razón por la que fue a Brighton esa tarde, como no podía ser de otra manera, fue para jugar con aquellos dos hombres, y regodearse viendo la cara de los dos cuando su ex descubriera lo que estaba pasando.

Por otra parte, habiendo ya cobrado su parte en el divorcio y habiendo ya tenido el hijo que deseaba, poco más le quedaba de hacer con Ruddy, salvo sacarle una buena pensión para el niño. De hecho, ya había comenzado a tantear al dueño del Cosmopolitan, y estaba comenzando a perfilar sus planes para intervenir de forma muy activa en el mundo de la moda. Para mover los hilos, vaya, y así poder hacer y deshacer a su antojo y hundir la vida de aquellas modelos más jóvenes que le habían hecho la competencia últimamente.

A Ruddy no le había importado en absoluto que ella se dejara ver con él, a pesar de estar Richard delante. Aquel era el último concierto de la temporada, y el bajista sería despedido al día siguiente. Si no volvía Kai a la banda, ya se buscarían a otro bajista. Otra humillación más para quien había sido su amigo, era algo que no le importaba, si eso le satisfacía a Carla.

Ella había aparecido con Ruddy, sin disimularlo, y se habían bajado juntos de un taxi que los llevó a la puerta del Grand Hotel. Lo curioso es que el otro no se había dado ni cuenta, pues estaba ya hecho todo un despojo humano. El alcohol y las drogas se estaban cebando con él, y solo unas dosis de estimulantes que se administraría poco antes del concierto le darían el tono suficiente para rendir durante las dos horas

que duraría este.

Después de que los músicos se hubieron marchado para el recital, la modelo bajó al bar que se ubicaba al fondo del hall de la entrada, con la intención de tomarse un buen vaso de ginebra. Allí pasaría el resto de la tarde, mientras se celebraba el concierto y aguardaba la vuelta de Ruddy.

Y fue en ese momento, cuando apareció por allí, al llegar a la altura de una de las primeras mesas, cuando una chica muy joven se le acercó. Se acababa de levantar de uno de los sillones que estaban al lado de la barra.

—Señora Watts… ¿podría hablar con usted un momento? —le preguntó.

La chica no era británica, desde luego. Aunque hablaba un inglés bastante correcto, le pareció reconocer un acento del sur de Europa. Probablemente de España o de Italia. La miró de arriba abajo, y entonces se dio cuenta.

—Tú eres Laura, ¿verdad?

Ella nunca la había visto. Durante el tiempo que duró el proceso judicial de Richard, tan solo supo más o menos su descripción física por los escasos datos que le proporcionó este, y por los que le proporcionó Ruddy. En teoría, este solo la había visto una vez, en el hall del hotel Meliá Castilla, cuando intentó acercarse a los dos.

Pero esa descripción había sido más que suficiente para identificarla, a pesar de que se había teñido el pelo de ese color rubio tan artificial.

Aunque había algo más; había algo en aquella chica adolescente que le decía que era una «femme fatale», igual que lo era ella. Algo común a la naturaleza de las dos que les hacía distinguirse entre iguales.

—Sí, señora Watts. Soy Laura Milar. Si me lo permite, me gustaría hablar con usted un momento, si no tiene inconveniente…

Desde luego que Carla no tenía ningún inconveniente, sino más bien todo lo contrario. Se moría de ganas de oír lo que esa chica le fuera a decir, y entonces le hizo un gesto con la mano, como indicándola que se esperara. A continuación, se fue hacia la barra del bar y se pidió la ginebra. Mientras se la servían, volvió a contemplar el cuerpo de su rival que la aguardaba sentada en aquel sillón, y sintió algo de envidia. La verdad es que Richard debió tener nervios de acero si es que era cierto que se resistió a sus encantos. Aunque, a decir verdad, pensó, unos pechos tan grandes no le hubieran ayudado mucho en el

mundo de la moda.

Por fin, tomó el vaso de ginebra que le terminaban de servir, y se dirigió hacia Laura, sentándose en el sillón de enfrente al que estaba ella, y depositando el vaso en la mesita tras darle un buen sorbo.

Se pensaba que le iba a decir algo relacionado con el caso de Dasley. Quizás algo para corroborar que él no hizo nada, o quizás para todo lo contrario. Pero no esperaba, desde luego, lo que le soltó. La muchacha fue directa al grano.

—Verá, Ruddy me dijo que salía con usted, y yo la verdad… es que estoy un poco… desesperada. Él me prometió que se quedaría conmigo y me llevaría a vivir a su casa, y no he podido contactar con él.

—¿Ruddy te prometió irse a vivir contigo? —preguntó, asombrada.

—Bueno, sí, las promesas de los hombres, ya sabe a qué me refiero, señora Watts.

—Llámame Carla.

—Carla. He pensado muchas veces si dar este paso o no darlo, pero me parece que obro de una manera mejor haciéndole saber a usted… a ti…, cómo es él. Me dejó plantada, pero quiero que usted sepa cómo es de verdad, por si le hace lo mismo que a mí.

La modelo seguía asombrada, y se preguntó si aquello era otra farsa como probablemente había sido lo de Richard. ¿Estaría siendo ella ahora otra víctima en manos de esa cría tan astuta?, se dijo, pero decidió seguir con el juego.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? —preguntó, tras unos instantes.

—Nos hemos visto solo algunas veces, aunque nos llamamos mucho. Él me consoló cuando me pasó lo de Richard, ya me entiende. Hemos iniciado una relación, aunque ya le digo que nos vemos poco. Pero él me quiere; de eso estoy segura.

—Pero… ¿qué pruebas tienes de esto que me estás contando?

—Esto —dijo, sacando una tarjeta microSD del bolso, que depositó sobre la mesa—. Y ahora me tengo que ir, señora Watts. Quizás me arrepienta de esto que he hecho, pero mi conciencia no me permitía seguir ocultándolo por más tiempo. Buenas tardes, señora… Carla. Y que Dios la bendiga.

La muchacha se levantó y recogió las gafas y el bolso, para dirigirse a continuación hacia la salida, donde volvió a dirigirla una última mirada, antes de abandonar el hotel.

Entonces fue cuando Carla reaccionó. ¿Qué sería lo que contendría esa tarjeta? Fotos, sin duda, o quizás algún vídeo. ¿Algún *selfie* inocente, que se habrían hecho juntos los dos?... Pudiera ser. Eso corroboraría la historia que acababa de oír, desde luego, aunque su instinto le decía que no. Aquella chica había representado un papel delante de ella, haciéndole creer que era una pobre desvalida de la que se habían aprovechado dos sinvergüenzas, pero no había colado. Jugando las dos en la misma liga, sabía positivamente que no podía ser así.

En cualquier caso, saldría de dudas en cuanto examinara su contenido, y eso fue lo que se dispuso a hacer. Sacó del bolso su teléfono móvil, y extrajo la tarjeta de memoria que este contenía mientras abría el estuche de plástico que le habían dejado sobre la mesa para cambiar una por la otra.

Una vez que la hubo insertado y su teléfono la reconoció, abrió el único archivo que contenía, y que era un video. Un vídeo con sonido, precisamente, y tuvo que bajar el volumen para que el audio no se propagase más allá de donde estaba ella. Pensó en subir a la habitación para poder verlo más tranquilamente, pero la curiosidad le pudo, y se decidió a visionarlo a un volumen adecuado. Lo reprodujo desde el principio, y lo contempló como quien contempla una película, dando pequeños sorbos a la ginebra mientras lo hacía. Cuando terminó, volvió a intercambiar las tarjetas e introdujo el celular en el bolso, para terminar apurándose el vaso.

La verdad, había que reconocer que aquella chica era toda una artista de la seducción, se dijo. La muchacha le había ayudado a deshacerse de Richard, y aunque se había llevado su comisión, le había hecho un gran favor. Y ahora le estaba ayudando con Ruddy, aunque al parecer no se había llevado nada a cambio. Desde luego, con ese vídeo en sus manos le podría desplumar igual que había hecho con Richard, y conseguir para el pequeño Archibald una jugosa pensión vitalicia.

Sonrió maliciosamente, y se dirigió hacia el camarero para pedirse otra ginebra. Aquello había que celebrarlo, desde luego, y se alegró cuando vio que comenzaban a entrar en el hotel los primeros *roadies* portando alguna de las guitarras que su novio habría empleado en el concierto. Este ya habría terminado, y no tardaría en aparecer.

Primero llegó Adam White, el cantante, junto con su hermana Rose, y su mujer Louise, que eran las otras cantantes que siempre acompañaban al grupo. A continuación, entraron Arthur Feather, el tecladista, que iba charlando animadamente con Billy Drake, el baterista de la banda. Y después lo hicieron Richard y Ruddy, que también mantenían una conversación animada.

Todos se quedaron unos instantes en una de las mesas del hall, mientras los dos últimos se dirigían hacia la mesa que ocupaba la rubia del fondo.

—¡Carla! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el bajista. Las dosis de estimulantes que se tomó para resistir en el concierto todavía seguían haciendo su efecto, y por fin se dio cuenta de que había venido su exmujer.

Su compañero no dijo nada, y se limitó a darla un beso que fue recibido con frialdad por la modelo, ante los ojos confusos de Richard.

—He venido para ver cómo usáis los instrumentos, queridos —respondió—. ¿Verdad, Ruddy? —dijo, mirándole a él—. ¿Sabes usarlos todos igual de bien que tu guitarra? ¿Eh?

Dasley se quedó con la boca abierta, mirando alternativamente a los dos y sin saber qué decir o qué hacer en ese momento. Pero si el bajista se había quedado de piedra, el guitarrista no se había quedado menos estupefacto que su compañero. Por el contrario, permanecía sin apenas pestañear, allí sin moverse, mientras la rubia le miraba con una expresión que era una mezcla burla y de complacencia.

SEGUNDA PARTE

Cantar una canción

El sargento Roger Penny de Scotland Yard había llegado ese día tarde a la comisaría. La noche anterior había estado ocupado en un operativo contra unas bandas que traficaban con cocaína, y se había acostado casi al amanecer. Había habido un tiroteo y habían herido de forma leve a uno de los guardias que formaban parte del dispositivo con el que se enfrentaron a los traficantes. La noche había sido ciertamente intensa, y tan solo pudo dormir un par de horas antes de que, aburrido de dar vueltas en la cama, se levantara de la misma y se fuera a la oficina.

Cuando llegó se sirvió un café bien cargado que extrajo de una de las máquinas expendedoras que había en el pasillo, y se fue hacia su mesa a intentar distraerse ordenando unos papeles. Fue entonces cuando apercibió que su jefa, la teniente Karen Hodgson, estaba reunida con el capitán.

«Qué raro…», pensó. Normalmente, solo se veían unos minutos por la mañana, a primera hora, para saludarse y disponer los asuntos del día. Después el capitán se marchaba y no volvía a aparecer hasta por la tarde.

Pero eran ya las once, y el capitán seguía allí. Y lo que era más preocupante, su jefa estaba con él. Se les veía a los dos a través de las celosías del despacho del hombre, mientras los dos revisaban algunos papeles y visionaban algo en la pantalla de un ordenador.

—Llevan dos horas sin salir ni a tomar un café —susurró el cabo Flynn, desde la mesa de al lado—. Debe ser por causa del asunto de Carla Watts.

—¿Carla Watts?

—Sí, la modelo. ¿No te has enterado?

—¿De qué me tengo que enterar? —respondió. Roger tenía la cabeza todavía embotada, y ni siquiera había encendido su teléfono móvil para ver las novedades que le suministraba su *feed* de noticias. Simplemente, había venido desde su casa a la oficina, y no se había preocupado de nada más.

—¡Ya sale! —volvió a susurrar—. Seguro que ahora nos lo cuenta ella.

La teniente salió con unos papeles del despacho del capitán y se dirigió directamente a la mesa del sargento. Era una mujer alta, rubia, con el pelo ligeramente rizado, y aunque de joven había sido delgada,

a sus cerca de cincuenta años ya tenía la constitución engrosada típica de las mujeres de esa edad.

—Buenos días, Roger. ¿A ti te gusta el rock?

—Pues no, teniente. Yo soy más de jazz.

—Vaya… Pues, o bien te termina gustando, o lo aborrecerás por completo.

El sargento la miró con cara circunspecta, y la mujer terminó de decir:

—Anda, ven a mi despacho, que te voy a cantar una canción.

Envidia relativa

—Debería ser un asunto de la policía de Brighton, pero nos lo han asignado a nosotros porque tanto la muerta como los sospechosos son de Londres.

—Perdona, Karen, es que no sé de qué me estás hablando.

—¿Es que no te ha dicho nada Flynn? Ese tío se entera de las cosas antes incluso que el capitán.

—Pues… estaba empezando a contarme algo, pero enseguida has llegado tú y…

—¡Ah! Claro, perdóname, Roger. Entiendo que acabas de llegar a la oficina, ¿no es así? Ya me dijo el capitán lo que había pasado.

—Sí, aquellos tipos se nos escaparon, y encima hirieron a uno de los nuestros.

—Sí, ya me lo dijo Hagen. Supongo que estarás muy cansado, pero este asunto no admite demora alguna.

El sargento suspiró y dijo: —A ver, cuéntame lo que ha pasado.

—Se trata de Carla Watts, la modelo —repuso enseguida—. Supongo que sabes quién es ¿verdad?

—Sí, claro, la famosa rubia. La visten Chanel, Dior, Cardin… los mejores, vaya. Ya es un poco mayor, pero sigue en primera línea, creo.

—Sí, cumplió los cuarenta y tuvo un hijo. Ahora estaba retirada, según me han dicho, aunque al parecer se había recuperado rápidamente del parto y ya se estaba preparando para volver a desfilar. Qué envidia —añadió—. Cuando yo tuve mi primer hijo agarré unos kilos que jamás perdí. Bueno envidia, relativamente. Ahora no la envidio nada.

—¿Por qué? ¿Es la muerta?

—Efectivamente, Roger. La muerta es.

—¿Han asesinado a Carla Watts?

—La han asesinado en el Grand Hotel de Brighton. ¿Lo conoces?

—Nunca he estado, pero sí, he pasado por allí. Un hotelazo en primera línea de playa.

—Eso es. Ayer dio un concierto en esa ciudad una banda de rock,

Thertonball. ¿Te suenan?

—Sí, de oídas. Ya te digo que no me gusta el rock.

—Pues estos de Thertonball tienen muchísimo que ver con la muerta, y de hecho, se alojaban en el mismo hotel. Es más, se la han encontrado tiesa con dos tiros en la habitación del guitarrista del grupo. Un tal Ruddy Norfolk.

Roger se quedó un momento pensando, y después añadió:

—Él es el sospechoso, claro.

—Por supuesto. Pero hay más gente. También está el exmarido, el bajista Richard Dasley, que también estaba por allí.

—Perdona, Karen, estoy un poco cansado, y la verdad es que me estoy perdiendo un poco. El exmarido, ¿también es miembro del grupo?

—Sí. Casi mejor voy a empezar desde el principio —suspiró la teniente, comprendiendo que su sargento no estaba en las mejores condiciones para entender un asunto tan complicado como ese. De hecho, a ella también le costó entenderlo cuando se lo contó el capitán.

—Verás, el asesinato ocurrió a medianoche. La policía de Brighton recibió una llamada de un hombre, que resultó ser este guitarrista, Ruddy Norfolk. Les contó que alguien entró en su habitación cuando estaban los dos juntos en la misma. En la cama, precisamente.

—O sea, que este Norfolk era el marido, ¿no?

—No —se exasperó ligeramente—. Carla Watts estaba divorciada del bajista, de Dasley. Pero, no te centres en eso ahora, luego te lo explico —apremió, al ver la cara del otro—. Norfolk obviamente estaba liado con ella, pues la mujer no tenía ninguna habitación registrada a su nombre. Bueno, lo que te decía, este tío, el guitarrista, llamó a la policía, diciendo que alguien entró en su habitación con una linterna, les enfocó a los dos y le disparó dos tiros a la mujer. De hecho, así es: un tiro le dio en mitad de la frente, otro en el pecho, y murió en el acto. También se ha encontrado un disparo en una de las paredes, que, según el novio, iba dirigido a él.

—¿A él?

—Sí. Al parecer, se levantó de la cama y huyó para refugiarse en el balcón. Según dice, le disparó ese tercer tiro, pues el individuo se pensó que iba a lanzarse contra él cuando en realidad lo que hizo fue huir. El tipo se dio cuenta de que no era peligroso y por eso no le

disparó más.

—O sea, que iban a matar a la mujer y no a él.

—Eso es lo que podría deducirse, si creemos a Norfolk, claro.

—De acuerdo, y ¿qué más?

—Pues Norfolk se quedó en el balcón, totalmente inmóvil, hasta que sus compañeros de la habitación de al lado entraron en la suya al oír el grito que dio la mujer antes de morir.

—Los compañeros de la habitación de al lado…

—Sí, dos cantantes del grupo que se hospedaban en la habitación contigua: el matrimonio White. Adam y Louise White. Entraron y encendieron la luz, y entonces se encontraron el pastel. Cuando Norfolk los oyó, salió del balcón y entonces fue cuando llamó a la policía.

—Vale —dijo Roger, tras asimilar lo que acababa de oír. Y ahora cuéntame lo del exmarido.

—Pues ahí es donde la cosa se complica —siguió—. Richard Dasley llevaba casado con Carla unos cuantos años, hasta que se divorciaron, hace unos meses. Esta misma mañana nos han llegado los datos del asunto del divorcio desde el Juzgado. Según el informe, el bajista había abusado de una menor, una tal Laura Milar, durante un concierto que el grupo dio en Madrid hace dos años. La chica le denunció, aunque no llegaron a juicio porque hubo un acuerdo extrajudicial.

—Le sacaría un buen dinero.

—Sí, cien mil libras. Pero quien más le sacó fue Carla. A causa de eso se divorció y se llevó una buena porción de la fortuna de Dasley.

—Ya veo. Y luego se lio con el compañero.

—O ya lo estaban antes del divorcio, y esta Laura solo fue el catalizador.

—O el cómplice.

—No lo creo. Es una menor, y además española. Dudo mucho que se sirvieran de ella para algo así. Aunque en los treinta años que llevo de profesión he visto cosas muy raras, Roger.

—Claro, por eso lo digo. No se puede descartar nada. Además, me parece extraño que ella y sus padres aceptasen una indemnización por

cuantiosa que fuera. Son casos muy sensibles y normalmente se suele llegar hasta el final.

—De momento vamos a descartar esa hipótesis, Roger. Ya volveremos a ella, si no vemos nada por otro lado. Aquí lo extraño —siguió—, es que habiendo pasado solo unos meses desde el divorcio, el otro se atreva a acostarse con la exmujer de su compañero casi delante de él. Porque no creo que se la subiera a hurtadillas con nocturnidad, como si fueran un par de adolescentes que no tienen sitio donde hacer el amor.

—No, claro, seguro que el otro se dio cuenta. No se puede ocultar fácilmente a una mujer como esa.

—Pues eso es lo raro, Roger. Tú imagínate que un compañero tuyo, por ejemplo, Flynn, se divorcia de su mujer y le saca la mitad de su fortuna. Que en el caso de Dasley era bien gorda, pues había heredado hacía poco un paquete accionarial de Facebook, nada menos, bastante importante, por cierto. Pues eso, imagínate que, al poco tiempo, tú te lías con la mujer de Flynn, y encima seguís viéndoos todos los días en la oficina como si nada. Y encima ella viene a recogerte a la salida y se besa contigo delante de él.

—Sí, ya veo por donde vas. El exmarido fue el tipo que entró en la habitación e intentó cargarse a los dos.

—Podría ser. Pero, ¿no te parece demasiada provocación? ¿No podían seguir viéndose en la casa de uno de los dos, sin necesidad de ir al hotel a acostarse casi delante de él?

—Sí, pero si se querían, en algún momento se lo tendrían que decir al otro, ¿no? No iban a estar siempre a escondidas…

—Hay muchas incógnitas, Roger, y tendremos que ir a Brighton a regístralo todo bien. Ahora mismo Norfolk es el principal sospechoso, pues la puerta no fue forzada, y es difícil duplicar una de esas tarjetas magnéticas con las que se abren.

—Tampoco hay que descartar que fuera alguien del entorno de la víctima. De su trabajo, me refiero. Alguien relacionado con el mundo de la moda. Alguna venganza o recelos de otras modelos que le hacían la competencia. Es un mundo muy disputado y unas a otras se «apuñalan» para conseguir destacar.

—Sí claro. Puede haber sido cualquiera. De momento el arma homicida no ha aparecido, y tampoco sabemos cómo se hizo. Lo que sí sabemos es que se usó un silenciador. Eso parece más que obvio, tanto por la declaración de Norfolk como por el escaso ruido de arma que

oyeron los White.

—Un silenciador… eso sí que no es habitual.

—Pues eso, otra complicación más. De momento solo están detenidos Norfolk y Dasley, aunque necesitaremos pruebas concluyentes para retenerlos. El juez los soltará en breve si no aportamos nada. Hay que ir al hotel y preguntar a fondo a los White, hablar con los dos detenidos, solicitar las imágenes de las cámaras de seguridad…

—Vaya, que vamos a estar entretenidos durante una buena temporada…

—Pues sí. Por eso te decía que si te gustaba el rock. Vete leyendo todo lo que encuentres sobre esta banda, y sobre las relaciones que tienen los miembros entre sí. En la prensa especializada puedes encontrar, además de la crítica musical, mucha información sobre los componentes. Seguro que hablan de los recelos, las disputas, las rivalidades... Suelen ser fenómenos bastante habituales entre este tipo de músicos. Lo sé porque mi hijo es rockero y me lo cuenta.

—Vamos, como si fuera la prensa del corazón.

—Casi, casi. Entérate de todo lo que puedas sobre el grupo, y lee entre líneas todo lo que se cuenta, principalmente sobre esos dos. Y también, claro, la prensa del corazón, ya que la has mencionado. Esta mujer sale mucho por ahí. Mira a ver quiénes son su competencia, si ha habido alguna trifulca entre ella y otras modelos de su categoría con las que desfila…

—Me pongo con ello.

—No. Ahora no. Ahora nos vamos a Brighton a ver el escenario del crimen. Ya lo harás luego.

Un hotelazo en primera línea de playa

—Buenas tardes. Soy la teniente Hodgson y este el sargento Penny, de Scotland Yard.

—Buenas tardes, yo soy el sargento Holy, de la policía de Brighton. Estamos terminando las diligencias, y ya hemos recibido las primeras fotografías, para que las vean. Si les parece podemos ir subiendo hacia la habitación.

Los tres se encaminaron hacia el ascensor, y Karen preguntó:

—¿Fue usted quien llegó primero?

—Sí, teniente. Me despertaron en mitad de la noche y acudí aquí con un cabo. También tenemos los primeros informes de balística. El arma debió de ser una Walther con silenciador.

—¿Se puede añadir un silenciador a esa pistola? —preguntó Roger.

—Convenientemente modificada, sí, aunque no es nada habitual, desde luego.

—Otra incógnita más —dijo Karen—. ¿Podríamos ver las fotografías?

—Sí, claro —confirmó, mientras entraban en la habitación, y los tres se ponían guantes de nitrilo.

—Un disparo en medio de la frente… —dijo Karen al ver aquellas retrospectivas—. Y otro en el centro del pecho… Si este Norfolk lo hizo, debe ser todo un profesional, desde luego.

—Algo extraño —afirmó Holy—. No me imagino a estos rockeros haciendo prácticas de disparo.

—Consultaremos ese aspecto, Roger —conminó a su subordinado, para a continuación decir:

—Si es un profesional como parece, es raro que no le diera el tercer disparo. ¿Dónde está?

—En la pared lateral de la cama. Al lado de la puerta del balcón. Aquí —señaló hacia un agujero que había en la pared.

—Quizás lo hizo el propio Norfolk —si él es el asesino—, para despistar. O bien el intruso para asustarle.

—Está bien, ¿qué tenemos? —preguntó la teniente.

—Poca cosa. Vinieron solo para una noche, y solo hay una maleta en el caso de él. Ahí está la ropa que vistió durante el concierto, su teléfono móvil, aparte de un par de guitarras, que están en ese estuche del fondo. Dentro de los cajones no hay nada. Todos los objetos personales los puso encima del escritorio. Ella, por su parte, solo tiene una maleta pequeña con ropa interior y un par de vestidos. Los dos están colgados en las perchas del armario, como pueden ver.

—¿Objetos personales?

—Un neceser y el bolso. En el neceser hay productos de higiene y de maquillaje. En el bolso está todo esto —dijo, mientras vaciaba el contenido sobre la cama.

—El teléfono, más cosas de maquillaje… pintalabios, un espejito, pinceles, colorete… lo normal. También pañuelos de papel, unas llaves que supongo que serán de su domicilio, una cadenita de oro, un collar…

—Estaba claro que el intruso no vino a robar —dijo Roger.

—Desde luego. Y… ¿eso? ¿Qué es ese estuche? —preguntó Karen.

—Parece una tarjeta de memoria. Una de esas que se insertan en el teléfono móvil. Quizá la usó para hacer fotos durante el concierto.

—Sí, pudiera ser. Todo eso hay que llevarlo a los de Informática. Que miren todo lo que contenga el teléfono móvil de los dos, y la tarjeta de memoria; las últimas llamadas que hicieron, en fin, lo de siempre.

—Las huellas se están examinando, teniente. Quizás mañana tengamos los resultados. En cuanto las conozcamos, se las enviaremos.

—Dudo que saquemos algo de ahí. Estarán las de los dos, desde luego, y si el intruso es un profesional, seguro que no fue tan tonto como para no usar guantes. Por cierto, ¿cómo pudo abrir la puerta, en caso de que fuera un intruso?

—Como ven —dijo Holy, acercándose a la puerta—, esta no fue forzada. O bien estaba abierta, o bien alguien tenía un duplicado de la tarjeta.

—¿Cuántas tarjetas se dan?

—Una por cada ocupante. En este caso, aunque la habitación estaba a nombre de Norfolk, también ella recibió una. Y las dos están aquí —dijo señalando al escritorio.

—¿Sabemos quién hizo la reserva?

—Sí, la hizo la oficina del mánager de la banda, Un tal Peter Cornerstone. Hicieron una reserva de seis habitaciones, una para cada miembro del grupo, excepto el matrimonio White que compartían una.

—Está bien —dijo Karen—. Cuénteme lo que le dijo Norfolk.

—Está en el informe, pero se lo resumo. Él llegó uno de los últimos al hotel. Al parecer, como estamos cerca de Londres, cada uno vino desde su casa por su cuenta, y él llegó poco antes del concierto. Se encontró a dos de sus compañeros tomando algo en el bar de la Recepción, y vino acompañado de la mujer. Allí la inscribió en su habitación, y por eso ella también tenía una tarjeta.

—¿Quiénes eran los dos que ya estaban aquí? Supongo que le verían…

—Sí, claro. No recuerdo los nombres, pero ninguno era Dasley. Este solo los vio cuando se marcharon al concierto.

—¿Carla también los acompañó al concierto?

—Creemos que no. La mujer permaneció aquí toda la tarde.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Poco más. Según él, llegaron del concierto ya de noche, y la mujer estaba en el bar. La recogió y los dos se fueron a su habitación. Al poco se acostaron, y cuando ya estaban dormidos fue cuando llegó el intruso.

—¿Le oyó entrar?

—Dice que sí, que escuchó un ruido proveniente de la puerta y entonces se despertó. Cuando se quiso dar cuenta, se encontró con la luz cegadora de una linterna que les apuntaba y a continuación oyó los disparos. Entonces se levantó y huyó hacia el balcón, mientras la linterna le apuntaba a él y sonó otro disparo.

—El de la pared.

—Sí, seguramente.

—Déjeme ver otra vez la puerta —dijo Karen, yendo hacia la entrada —. ¿Qué opinas, Roger? Esta puerta no está violentada. ¿Crees que la pudieron abrir impulsado el resbalón? Usando un plástico flexible como palanca del pasador que se inserta en el marco, me refiero.

—Difícilmente —dijo tras mirar la cerradura—. El cierre de estas tarjetas echa la llave directamente. El resbalón se queda bloqueado y no se puede impulsar hacia adentro como las cerraduras convencionales.

—Sin estar forzada —dijo Holy—, esta puerta se tuvo que abrir con una tarjeta necesariamente.

—¿Se pueden duplicar? Me refiero, como si hubiera una ganzúa… electrónica. Algún huésped que hubiera estado antes, o algo así…

—Lo dudo. No conozco muy bien estos asuntos, pero seguramente cada nueva reserva asigna un código nuevo. Si no fuera así, cualquier huésped anterior podría pasar al hotel e intentar pasar a una habitación que hubiera ocupado anteriormente.

—Bueno, esto habrá que averiguarlo con precisión —apuntó Karen—. Tenemos que conocer todos los detalles de estos códigos, para saberlo bien. Si no se flanquean fácilmente, la única explicación posible es que una de las dos tarjetas —la de él o la de ella— debió de pasar a manos de un tercero mientras los dos estaban dentro.

—Pudiera ser la de él —sugirió Roger—. Quizás se la entregara a alguien, y luego cuando subieron juntos abrieron con la de ella alegando él que no encontraba la suya. Luego el intruso se la entregó o bien la depositó donde ahora está.

—O incluso si él no fuera cómplice, alguien se la pudo haber quitado. O incluso a ella. Un carterista, o algo así.

—Desde luego, Norfolk no nos dijo que perdiera su tarjeta.

—Claro, no iba a ser tan obvio. Qué casualidad que pierda la tarjeta, y luego entran a matarlos. A robar sí, pero a cometer un asesinato…

—Pues sí. Salvo que sean profesionales, y ya sepan cómo duplicar este tipo de tarjetas sin dificultad.

—Por la precisión de los disparos no pueden ser aficionados.

—Habrá que averiguarlo. De momento vamos a hablar con el gerente del hotel.

Los tres policías bajaron a la Recepción, donde detrás de la misma se ubicaba el despacho del gerente. Este les recibió malhumorado, y les increpó nada más llegar.

—Sargento, ¿cuándo van a terminar con esto? Estamos en plena temporada, y ya se han cancelado muchas reservas.

—Eso, pregúnteselo a la teniente.

—Teniente Hodgson, señor…

—Higgins —respondió el hombre.

—Le presento al sargento Penny. Somos de Scotland Yard y nos vamos a hacer cargo de la investigación. Terminaremos con esto en cuanto se pueda, señor Higgins. Los policías dejarán de deambular por la Recepción hoy o mañana, aunque la habitación del señor Norfolk deberá permanecer precintada unos días más. Si usted o sus empleados colaboran, terminaremos antes.

—Gracias, ya nos dirá como hemos de colaborar.

—Lo primero, respondiendo a las preguntas.

—Usted dirá.

—Son preguntas referentes a la seguridad, principalmente. ¿Es usted el responsable, o tenemos que hablar con un jefe de seguridad, o algo así?

—Me las pueden dirigir a mí.

—Está bien. En primer lugar, las cámaras. Este establecimiento tiene cámaras, ¿verdad?

—En efecto. Hay una en la entrada, otra en el centro del hall, y también las hay en los pasillos.

—¿Cada cuánto tiempo se borran las grabaciones?

—Se graban en un servidor que se borra cada quince días. Es decir, las grabaciones del domingo, no se borrarán hasta dentro de dos semanas. Luego se sobrescribirá la información con videos más recientes.

—De acuerdo. Mañana vendrá un técnico de la policía para hacer copias de las grabaciones del domingo y de una semana hacia atrás. Recibirá una notificación oficial con la identidad del técnico para que no se las den a cualquiera—. El gerente afirmó con la cabeza y luego siguió la teniente—. Ahora respecto a las tarjetas de acceso a las habitaciones.

—¿Qué desea saber?

—¿Qué sistema llevan?

—El sistema Onity. ¿Lo conocen?

—Yo sí —dijo Roger.

—Explíquenos, por favor —sugirió Karen.

—Cada puerta tiene un código único, que no repite ninguna otra puerta. Y las tarjetas que se entregan a los clientes tienen una autorización que se establece por horas. Por ejemplo, las tarjetas que

se entregaron al señor Norfolk, podrían abrir la puerta de su habitación desde las doce horas del domingo, hasta las doce horas de hoy. Vamos, un día, o mejor dicho, una noche, que fue lo que reservaron.

—El señor Norfolk, o su acompañante, ¿solicitaron alguna tarjeta adicional?

—No consta en el sistema. Solo se les entregaron dos tarjetas.

—¿Pudiera ser que el recepcionista les entregara otra, sin registrarlo?

—Imposible. Hubiera quedado constancia.

—¿Cómo lo sabe?

—Mire, teniente, llevo todo el día con esta historia. Toda la información relativa a esa habitación ya me la sé de memoria. Ese dato ya lo he comprobado en el historial del servicio de habitaciones. Además, ya le digo que no se puede. Si el recepcionista hubiera entregado otra copia, tendría que haber activado la tarjeta, y eso constaría en el historial.

—Me va a tener que entregar copia de ese historial.

—Como quiera —dijo el hombre, encogiéndose de hombros—. Es simplemente la hora de entrada, la de salida, si pidieron algo al servicio de habitaciones, las llamadas realizadas, la hora de la limpieza… Si me permite un segundo, se lo imprimo ahora mismo —les comentó, y se dispuso a hacerlo mientras los escuchaba.

—¿Se incluye el registro de entradas y salidas de los clientes, según la tarjeta usada? —preguntó Roger—. Creo recordar que el sistema Onity lo permite.

—Eso será la versión moderna. La que tenemos nosotros no da esa información.

—Una pena —dijo Karen—. Otra cosa. ¿Cuándo se asignó esa habitación al señor Norfolk?

—En el momento en que llegó. El sistema no reserva una habitación concreta, sino que se asigna sobre la marcha.

—¿Cómo es eso posible?

—Muy fácil, teniente. Este es un hotel de lujo, y la gente que se hospeda aquí es… caprichosa, por decirlo fino. Muchos dicen que no quieren una habitación en el último piso, otros dicen que prefieren el último piso porque así no les molesta nadie con las pisadas del piso de

arriba, otros no quieren vistas al mar porque no pueden dormir con el sonido de las olas, otros dicen que sí que quieren…

—Nos queda claro, señor Higgins. Entonces, nadie podía saber de antemano que esa habitación se asignaría al señor Norfolk, ¿no es así?

—Así es. Aquí tienen el historial —dijo, acercándole al sargento el papel que acababa de salir de la impresora.

—Bien. Ahora dígame. ¿Quién más tiene acceso a las habitaciones? Entiendo que el personal de limpieza, ¿verdad?

—En efecto. También los de mantenimiento. Tienen tarjetas especiales que abren todas las puertas.

—Nos tiene que pasar una lista con todo el personal de servicio que trabajó ayer.

—Eso está hecho. ¿Algo más?

—¿Vio usted alguna persona extraña, que pululara ayer por el hotel?

—¿Extrañas, dice? ¡Ja! Ayer fue el día de las personas extrañas, ¿sabe, teniente? Estuvimos todo el día contemplando melenudos sin afeitar con las pintas más extrañas que se pueda usted imaginar.

—Pero, este es un hotel de lujo… ¿ese tipo de gentes visita este hotel?

—Pues claro. Aparte de los integrantes del grupo y de sus colaboradores cercanos, también están los fans adinerados que son como ellos, y también los que pagan lo que sea por hospedarse al lado de sus ídolos. El hotel es de lujo, sí, pero no son precios prohibitivos. Y estaba completo, no le digo más.

—Señor Higgins —intervino Rogers—. En el historial que me ha entregado dice que alguien pidió ginebra en el bar del hotel. A las ocho y cuarenta y tres, para ser más exactos, y lo cargó a esa habitación.

—Sería ella —dijo Holy—. A esa hora Norfolk estaba tocando la guitarra eléctrica en el East Park.

—Tendremos que hablar con el barman. ¿Está hoy?

—Sí. En teoría libra los lunes, pero el camarero de entre semana está enfermo y hemos tenido que llamar al de los fines de semana.

—Está bien, pues vamos ahora mismo a hablar con él. Una cosa más, señor Higgins. También necesito que me proporcione una lista de todas las personas que se alojaron ayer aquí.

—¿Todas?

—Sí, por favor, ¿Nos la podría proporcionar mientras hablamos con el barman? O es demasiado complejo…

—Me llevará un tiempo, porque tengo que ir planta por planta, pero sí, si no se dan mucha prisa, lo podré hacer antes de que se vayan.

—Gracias. ¿Me puede indicar dónde está el bar?

—Según se accede al hotel desde la calle, a mano derecha. Al fondo.

Los tres se dirigieron hacia donde les decían, y se encontraron con un chico joven, de unos veinte o veinticinco años, que estaba limpiando el interior de unos vasos con un trapo de tela blanca.

—Buenas tardes, somos de la policía, señor… López ¿verdad? —saludó Karen, leyendo el nombre que estaba inscrito en una placa negra que el chico lucía en la solapa.

—Sí, Javier López. Ese es mi nombre.

—Encantada. Soy la teniente Hodgson, y estos son los sargentos Penny y Holy.

—Mucho gusto.

—Estaba usted de servicio ayer en este bar, ¿no es así?

—Le han informado bien.

—Y entiendo que usted sirvió ayer un vaso de ginebra a Carla Watts, ¿verdad? Una cosa así no debe ser fácil de olvidar.

—Aquí vienen muchas *celebrities,* teniente, aunque es cierto que nunca había visto a la señora Watts. Pero sí, estuvo aquí. Y no fue una ginebra, fueron dos.

—¿Estuvo sola?

—No. Estuvo con otra mujer.

—¿Otra *celebrity*?

—Pudiera ser, pero no lo creo.

—¿Por qué no lo cree?

—Por su aspecto. Era una mujer rubia, con un tinte… vulgar, y una coleta. Estuvo aquí toda la tarde.

—¿Estuvo toda la tarde con Carla Watts?

—No, estuvo toda la tarde en esa mesa de ahí —dijo, señalando a unos sillones cercanos—. Después llegó Carla, estuvo hablando con ella unos minutos, y se marchó del hotel, dejándola sola en la misma mesa. Allí estuvo la señora Watts el resto de la tarde hasta que llegaron los músicos.

—¿Nos puede contar lo que hicieron? ¿Solo hablaron? ¿Discutieron quizás? —preguntó Roger.

—Les puedo contar algo, pero no mucho. El bar no estaba vacío precisamente, y tuve trabajo.

—Cuéntenos lo que sepa, por favor —pidió Karen.

—La chica era española. Estuvo aquí toda la tarde, ya les digo, y como vio mi apellido —yo también soy español—, me pidió su bebida en nuestro idioma.

—¿Qué pidió?

—No lo recuerdo. Eso lo pueden preguntar solicitando el historial de su habitación.

—¿Sabe cómo se llama?

—No me lo dijo.

—Entonces, ¿cómo vamos a averiguarlo?

—Claro, no se puede —admitió—. Supongo que tendrán que hacerlo viendo el historial de todas las consumiciones.

—Pues si el bar estaba lleno… vamos a tener un buen trabajo —se quejó Roger.

—Me temo que sí. Pero no todos los clientes del bar fueron españoles, ni mujeres —observó el barman.

—Bueno, dígame como era esa mujer, además de española.

—Un metro setenta o setenta y cinco. Piel blanca, ojos grandes, labios carnosos, muy atractiva, vaya.

—¿Cómo de atractiva? ¿Puede ser más explícito, señor López? —pidió Roger.

—Buena figura, mucho pecho, curvas marcadas… un bombón, ya que me pide que sea explícito.

—¿Algo más?

—Hablaron durante unos minutos, ya le digo. Después ella se levantó y se fue. La señora Watts se quedó sola con su ginebra, y se entretuvo mirando algo en su teléfono móvil. Después de un rato, pidió otra ginebra, y al poco tiempo llegaron los músicos.

—Y, ¿qué pasó entonces?

—Llegaron los músicos y sus ayudantes. Supongo que serían los técnicos de sonido y ese tipo de gente. Entonces comenzaron a pedir bebidas y me tuve que concentrar en mi trabajo. Cuando me quise dar cuenta, Carla ya se había ido.

—De acuerdo, señor López. Si recuerda algo más, algún detalle, aunque no le parezca relevante, llámenos. Aquí le dejo mi tarjeta.

La teniente dejó una cartulina sobre el mostrador que el camarero recogió, y se volvió con los sargentos hacia la oficina del gerente.

—Señor Higgins, ¿tiene ya ese listado?

—Lo tengo a falta de los huéspedes de la última planta. ¿También necesitan ese piso? Ninguno de los músicos se hospedaba allí.

—Me temo que sí.

—Está bien, ya está saliendo…

—También necesitaremos otra lista, señor Higgins.

—¿Cuál?

—La lista de todas las personas que pidieron algo en el bar donde sirve el señor López.

—¿Cuándo?

—Ayer, claro. Si es posible, de todo el día. Y con especificación de la hora en que lo pidieron.

—Eso me llevará más tiempo, teniente. Tengo que hacer un filtrado de la base de datos, y…

—No tiene por qué ser hoy. Hágalo cuando pueda y nos lo envía. Aquí le dejo mi tarjeta. Viene una dirección de correo electrónico. No tiene por qué ser hoy, pero por favor, hágalo deprisa. Tanto usted como yo estamos interesados en cerrar este caso cuanto antes.

—Desde luego. Mañana lo tendrán —afirmó, resuelto.

Los tres salieron de la oficina del gerente, y se dispusieron a abandonar el hotel. Ya en la calle, Karen interpeló al sargento de la

policía de Brighton, antes de introducirse en el coche en dirección a Londres.

—No nos ha contado usted lo que le dijeron los vecinos, sargento.

—¿Se refiere al matrimonio White?

—Sí. Ellos vieron a la muerta, ¿no es así?

—Efectivamente. Su historia coincide más o menos con la que nos contó Norfolk.

—¿Solo más o menos? Entiendo que declararon sin estar él delante, ¿no?

—Sí, a él se lo llevaron arrestado y entonces fue yo cuando hablé con ellos.

—¿Qué le dijeron?

—La mujer tenía un ataque de ansiedad y no pudo decir mucho. Pero el cantante sí que nos contó. Nos dijo que oyeron el grito de la mujer y también los disparos; ya sabe, aunque sea con silenciador, algo se oye, y más en el silencio de la noche. Entonces fue cuando entraron. Se encontraron la puerta abierta, y llamaron a Norfolk por su nombre. Ahí fue cuando él salió del balcón, y encendieron la luz. En ese momento vieron a la muerta y la mujer se desmayó. Es lo mismo que contó el sospechoso.

—¿Dijeron algo más? Usted ha dicho que más o menos.

—Sí, claro. Les pregunté si conocían a la señora Watts y me dijeron que no. Nunca la habían visto con Norfolk excepto ese día, ni sabían que estaban juntos. Lo que me llamó la atención, y eso es algo que no me dijo él, es que los oyeron discutir cuando llegaron a la habitación. Quiero decir, antes de que la mataran.

—Eso es bastante interesante, Holy —replicó Rogers—. Venga, cuéntanos algo más.

—Es que no hay mucho más. Los White llegaron primero y estaban cansados. Se estaban disponiendo para acostarse, cuando oyeron llegar a Norfolk con la mujer. Al cabo de un rato parece ser que discutieron, aunque ni él ni ella —me refiero a los White— entendieron lo que se decían. Algunas palabras en tonos altos, algún grito contenido... Como si fuera una típica discusión conyugal. Eso fue sobre las once, más o menos. Después no oyeron nada más hasta dos horas después, que fue cuando se cometió el crimen.

—Debieron haber hecho las paces…

—Probablemente. Sería bueno conocer si hicieron el amor —insinuó Roger—. Más que nada para saber si esa discusión fue relevante o no, y también para saber las intenciones de Norfolk.

—Eso tendrá que decirlo el forense —explicó Karen—. Es raro que alguien que quiera asesinar a su novia le regale un coito de despedida. Aunque nunca se sabe.

El sargento y sus diatribas

El Sargento Roger Penny llegó agotado a su casa esa noche. Le dolía la cabeza como si le fuera a estallar. Había pasado toda la noche anterior en tensión, al haber estado en el operativo contra esos narcotraficantes. Y aquel lunes que se presumía iba a ser un día de relax, le vienen con un caso como este de Carla Watts.

Según él, el caso no ofrecía demasiada dificultad a priori, a pesar de que había muchas incógnitas. Probablemente, la mujer fue asesinada por un sicario a sueldo de alguno de los dos sospechosos, o quizás a sueldo de alguna otra modelo que le hiciera la competencia. A priori, no era un asunto turbio en el sentido de haber bandas organizadas de narcotraficantes detrás de un asesinato de ese tipo. A pesar del aspecto a veces feroz que muestran las estrellas de una banda de rock, en el fondo son todos nuevos ricos que tienen la vida resuelta y que se mueven según les exige la popularidad y la fama. No son criminales que actúan por necesidad y que se ocultan por miedo, ni obedecen al capo de la mafia de turno.

Se consoló con esos pensamientos, y vislumbró unos días tranquilos en los que se dedicaría a visionar imágenes de las cámaras de seguridad, y hacer entrevistas a la gente relacionada con el mundo de la moda o con el rock.

Su jefa, Karen, le había hecho el favor de conducir el coche desde Brighton a Londres, y gracias a eso pudo echar una pequeña cabezada en el asiento que le despejó un poco la cabeza, aunque no le quitó el cansancio. El hecho de haber estado concentrado en todos los detalles del asesinato le había obligado a tener alerta todas sus neuronas, y estas, lo que querían era descansar.

Un cansancio que le había hecho ser algo sarcástico con la gente a quien había interrogado, como le solía pasar últimamente. Pero él no era así, se dijo. «Todo es por culpa del capitán Hagen», pensó.

A sus treinta y ocho años, El sargento Penny debería de estar más arriba en el escalafón del cuerpo. Mismamente, su compañero Flynn, ya era cabo y tenía solo veinticinco años. Algo que él no consiguió hasta los treinta, por cierto. «Hagen me tiene manía por ser irlandés y católico, y por eso no recomienda mi ascenso». Era lo que siempre decía.

Y como si los pensamientos tuvieran atracción hacia los hechos, nada más llegar a casa recibió un mensaje de su capitán en su celular:

«Mañana a las nueve te quiero ver en mi despacho. Por favor, no te retrases».

No había habido suerte. Él se las prometía muy felices con su investigación sobre la modelo, pero de nuevo ese estúpido le volvía a arrojar a los pies de los caballos.

«En fin», se dijo. «Eso será mañana. De momento esta noche no voy a tener que ir a ninguna redada». Apagó su teléfono móvil, y se desplomó sobre la cama, sin ni siquiera poner una alarma para despertarse a esa hora.

Cartel de Mocoa

—Dos días, Penny. No creo que dure más tiempo. Se trata de hacer seguimiento a esos cabecillas y ver dónde van. La intervención, solo si es necesario.

Había llegado antes de las nueve, pues él sabía que, a pesar de estar tan cansado, su mente pondría el despertador de forma automática. Para colmo, el capitán no se presentó hasta las diez, y se disculpó con un lacónico «me llamaron desde Jefatura». A estas alturas ya no le importaba saber si era verdad o mentira, o quizás llegó directamente desde su casa porque se le pegaron las sábanas.

—Nos han confirmado que se trata del cártel de Mocoa —siguió el capitán—. Lo que nos faltaba… Si no teníamos ya problemas con las bandas locales, ahora vienen estos colombianos a participar en la fiesta.

—Pero el cártel de Mocoa… Que yo sepa, esos solo controlaban negocios de juego y de prostitución… ¿Se han pasado también a las drogas?

—Eso parece. Es lo típico. Se empieza por contrabando, falsificación de marcas, luego trata de mujeres y ahora cocaína. Por eso tenemos que actuar rápido, Penny. Tenemos que evitar que se asienten de forma definitiva, y sobre todo, que no se afiancen con los narcóticos. Eso les daría una fuente de financiación que impulsaría sus otros negocios y no sabemos hasta dónde podrían llegar.

—Entonces, ¿yo que tengo que hacer? ¿Simplemente un seguimiento?

—Sí. Quiero que sea usted quien participe, porque ya conoce a algunos.

—Pues precisamente por eso no debería. Me reconocerán y…

—No va a reconocerle nadie, Penny. Simplemente, va a ir en un coche camuflado y no le verán. Pero usted sí los verá a ellos, y por eso me es tan útil. Esa gente se mueve muy bien, y se mezcla mucho con señuelos. Usted es un buen fisonomista, y sabe distinguir el grano de la paja; y si mando a otro sargento con menos experiencia, puede que acabe siguiendo a un tipo cualquiera que resulte ser un fontanero. ¿Me entiende?

—Le entiendo muy bien capitán, pero me gustaría que esa experiencia que dice que tengo, y que le es tan útil, se traduzca en algún

agradecimiento. Ya me entiende.

Hagen se reclinó en el asiento y esbozó una sonrisa. Después de mirarle fijamente durante unos segundos, le dijo:

—Lo del ascenso está al caer, Penny. Usted concéntrese en este asunto y luego ya veremos.

«Otra promesa más», pensó. «El ascenso lleva cayendo desde hace años, y no termina de hacerlo nunca», se dijo.

—Pero entonces, ¿dejo el caso de Carla Watts?

—No. Va a compaginar los dos. Después de estos dos días, no auguramos que este caso se mueva mucho. Tendrá que intervenir solo de forma esporádica, y se dedicará a lo de Watts principalmente, salvo que los de la Brigada detecten algo que nos haga intervenir. Eso ocurrirá, seguramente, pero no a corto plazo. De momento cuéntele a Flynn lo que averiguaron ayer, y que él se sume a la investigación.

—¿Qué se lo cuente? ¿Cuándo? ¿Ahora?

—Sí, ahora. Vaya poniéndole en antecedentes, y a las doce acuda a la Brigada. Probablemente le asignen a un guardia de ese cuerpo que será con quien haga el seguimiento. Pero… —dijo, al advertir la cara que ponía el sargento—, no se lo tome así, Penny. Ya le digo que no creo que tengan que intervenir. Es más, pienso que se va a aburrir bastante. Aproveche ese tiempo para indagar por Internet y averiguar lo que pueda sobre ese grupo, Thertonball, y sobre la modelo. Así se le hará más corto.

La investigación

El capitán no se equivocó, y aquellos dos días fueron tranquilos. El trabajo solo consistió en seguir a algunos sospechosos y anotar dónde entraban y de dónde salían. Estuvieron pendientes, no obstante, de las indicaciones que pudieran recibir de los «topos» que tenían infiltrados en la organización, por si estos corrieran algún peligro que les obligara a tener que intervenir y rescatarlos en cualquier momento. Pero eso no llegó a producirse, y una vez recabados y entregados los datos, Penny se reincorporó con Karen y Flynn y le pusieron al corriente de lo que averiguaron.

—Norfolk no tiene licencia de armas ni se le conoce que sea cliente de recintos de tiro. Ni Dasley tampoco —informó el cabo—. También han llegado los informes de huellas que se encontraron en la habitación.

—No hay nadie fichado —intervino Karen—. Aparte del guitarrista y la modelo, tanto en la puerta como en la habitación solo aparecen huellas del personal de limpieza y de algún ocupante anterior.

—Bueno, eso era de esperar —dijo Roger.

—También ha llegado el informe del forense. La mujer murió en el acto, y no se encontraron sustancias en su cuerpo, aparte de una gran cantidad de alcohol.

—Las dos ginebras que se tomó en el bar…

—Sí, seguramente. También algo que debió beber del minibar, pues había un par de botellines vacíos. El de Whisky se lo tomó Norfolk, según parece, y otro de ginebra, otra vez ella.

—También el forense dice que encontró restos de semen en la mujer. Se está analizando el ADN, pero debe ser de él.

—O sea, que hicieron el amor…

—Sí, y eso es lo raro.

—¿Por qué?

—Por esto, Roger. Mira este vídeo —dijo Karen. A continuación, los tres miraron hacia la pantalla del ordenador del despacho de la teniente. Esta siguió hablando, mientras el vídeo se cargaba y se ejecutaba.

—Antes de enviarle la tarjeta microSD a los de informática, miré si por casualidad era accesible sin contraseña, y la inserté en un *sandbox*.

Y efectivamente, se puede acceder sin problemas. El teléfono sí que se lo he enviado, y estoy esperando recibir lo que contiene.

Los tres contemplaron el famoso video de «los instrumentos», y luego Karen añadió:

—Como has oído, la chica se llama Laura, o dice llamarse Laura. Curiosamente, el mismo nombre de la muchacha de la que supuestamente abusó Dasley un año antes. Y curiosamente, Carla llevaba en su bolso este vídeo.

—Y por tanto, debía saber que su novio le había sido infiel con ella —sugirió Flynn.

—Siempre y cuando esa infidelidad no fuera anterior a la fecha en que comenzaron a estar juntos —aclaró Roger.

—Desde luego. Pero aún hay más. Resulta que Laura Milar… había estado alojada en el hotel esa noche, y además, estuvo en el bar esa tarde. Lo comprobamos en el listado de huéspedes que nos pasó el gerente del hotel, y con el historial de su habitación.

—La española que habló con el camarero…

—En efecto. Al principio lo pasamos por alto, pues así dicho, ni Laura ni Milar son nombres o apellidos exclusivamente españoles. Pero cuando vimos el video lo volvimos a mirar, y ¡bingo!

—¿Creéis que Laura le entregó la tarjeta, esa tarde? —preguntó Roger.

—Creemos que sí. Esa tarjeta de memoria estaba en el bolso de Carla Watts. Contiene sus huellas y las huellas de otra persona que no podemos identificar porque no están en la base de datos.

—Porque no es británica…

—Eso es. Y eso encajaría con la discusión que oyeron los White. Seguramente la modelo pediría explicaciones a Norfolk sobre Laura.

—Sí, pero no me cuadra con que después de eso hicieran el amor.

—Quizás él la convenció de que era una relación anterior —intervino Karen—. Hemos estado mirando un poco el caso de Dasley con Laura Milar, y esta niña es una pájara de mucho cuidado. Resulta que le denunció por abuso sexual y violación en 2017 en el Hotel Meliá Castilla de Madrid. Según ella, solo entró a pedirle un autógrafo y él le hizo todo aquello que denunció. Como sabéis, el caso se resolvió con una indemnización sin llegar a juicio, que es algo bastante inusual en estos casos. ¿No os parece raro que una niña en esas condiciones,

entre en la habitación de otro miembro de la banda, y le diga y haga lo que acabáis de oír?

—Quizás no sea ese mismo día. Quizás no sea ese mismo hotel.

—El hotel lo hemos comprobado y es el mismo. La forma de los cabeceros y la decoración de las paredes coincide con las suites del Meliá Castilla. Solo tienes que mirar en Internet las fotos que publicitan y lo verás. Y respecto a si es el mismo día… Thertonball no ha vuelto a alojarse en ese establecimiento, y no creo que sean tan morbosos como para citarse ellos por su cuenta en el mismo sitio.

—Una chantajista…

—Tiene toda la pinta. Chantajeó primero a Dasley y ahora a Norfolk.

—Pero, mostrando este video… puede arriesgarse a que la descubran.

—No, Roger —respondió Karen—. Siempre puede alegar que a quien buscaba era al guitarrista, y que la interceptó el otro y la violó contra su voluntad, después de estar con él.

—Pero entonces el chantaje a Norfolk…

—Obviamente, el chantaje no iba por la vía de los abusos. Quería chantajearle bajo amenaza de enseñarle el vídeo a su novia.

—Entonces sabía que estaban juntos…

—Claro. Sabía algo que curiosamente no sabían ni sus compañeros en el grupo, y por eso creo que su infidelidad con Laura no pudo ser antes de estar con ella. Si cuando hizo este vídeo no estaba todavía con la modelo, la relación debió continuar de alguna manera, aunque no tenga vídeos más recientes.

—Quizás él la abandonó y ella se vengó…

—Me creo más la hipótesis de la chantajista, aunque pueden ser las dos cosas. Quizás le pidió dinero, quizás se conformaba con que estuviera con ella, y cuando la abandonó se vengó… cualquiera sabe. El caso es que ahora tenemos un sospechoso más, lógicamente. Mejor dicho, una sospechosa.

—En fin —siguió Karen—, me gustaría recapitular lo que tenemos. En primer lugar, Dasley.

—Sí. El martes fuimos a verle y nos confirmó que antes del concierto no sabía nada de que esos dos estuvieran juntos. Y que la noche del crimen se emborrachó y no salió de la habitación. Fue lo mismo que le dijo al sargento Holy.

—A ver si llegan ya las dichosas grabaciones de las cámaras y podemos ver quién entra y quién sale —se quejó Karen—. Desde luego, este tiene motivos para matarla, al descubrir que una persona que le ha hecho tanto daño, ahora se va con su mejor amigo. Para matarlos a los dos, vaya.

—¿Tan bien se llevaban?

—Sí. Nos lo confirmó Adam White, a quien también volvimos a ver. Le preguntamos si había oído pasos de alguien huyendo por el pasillo, y nos dijo que no. Ni él ni su mujer oyeron eso.

—Eso no es muy relevante. El suelo tiene moqueta y con poco que el intruso se esfuerce, es fácil no hacer ningún ruido.

—Claro. Por otra parte, los motivos de Norfolk también son obvios. Su novia le dice que le va a abandonar porque le ha pillado con Laura, y este no lo admite y se la carga.

—Ya, pero esta hipótesis se nos está resquebrajando. El hecho de que después de la bronca hicieran el amor… no dice mucho en favor de eso. No tiene motivos para matarla, si ya se han reconciliado.

—Quizás lo hicieran antes de la bronca —discrepó Flynn.

—Sí, pero eso dice poco de ella. Acaba de saber que su novio le ha sido infiel, ¿y consiente en que le haga el amor? —argumentó el sargento.

—No es tan descabellado, Roger. Sabiendo lo que acaba de conocer, ¿por qué no se marchó antes? Sin embargo, aguantó con él en la habitación y no se marchó a Londres en ese mismo momento. Quiero decir, tras hablar con Laura. Podría haber tenido la bronca, y marcharse a continuación. ¿Por qué entonces se quedó?

—Pero… no tiene sentido, si quien la mató fue un sicario contratado por Norfolk. Si él se enteró esa noche de que le iba a abandonar, me refiero.

—Depende. Quizás Laura ya le había informado a Carla y esta le comunicó que le dejaba mucho antes. Allí solo se citaron para entregarle el famoso vídeo, y Norfolk la engañó y la hizo venir con alguna excusa.

—De acuerdo, pero no me cuadra que ella quiera abandonarle y que aun así consienta en acostarse con él. Recuerdo que hablaste, Karen, de «un coito de despedida».

—Puede que Carla sea otra pájara… incluso compinchada con Laura

—dijo Karen, tras pensar unos segundos—. Por culpa de Laura se divorció de Dasley y le sacó un buen dinero. Ahora viene otra vez Laura y le hace el trabajo sucio para librarse de Norfolk.

—Pero librarse de Norfolk… —intervino Flynn— Si no estaban casados…

—Sí, pero ella ha tenido un hijo hace nada —dijo Roger—. Quizás el niño sea del guitarrista, y le quiera sacar una buena pensión para el chico. Recordad que las pensiones se calculan basándose en un porcentaje sobre el sueldo o el patrimonio del padre.

—Puede ser —afirmó Karen—. Si como nos tememos, la relación de estos dos viene de lejos, ella puede argumentar, e incluso probar que el niño es de Norfolk. Una simple prueba de ADN lo delataría. Ahí tienes, Flynn, los motivos del guitarrista para matar a su novia.

—De acuerdo —contestó—. ¿Y los motivos de Laura? Has dicho que era una tercera sospechosa…

—Todos son conjeturas, desde luego, pero lo que está claro es que estos cuatro se conocían muy bien entre ellos, y los cuatro estaban alojados en el hotel esa noche. Laura podría querer matar a Ruddy por despecho, o porque no le dio el dinero que quizás le pidió, y fue ella quien contrató al sicario.

—¿Ella? ¿Una niña de… dieciocho años?, creo que tiene ahora…

—Esa «niña» me parece a mí que sabe más y que tiene más mundo que algunas mujeres de cuarenta —opinó Roger.

—Vale, ¿pero el sicario se equivocó y mató a Carla en lugar de a Ruddy? ¿Un profesional?

—Los dos son rubios, y estaba oscuro…

—Vamos, Roger…

—Sí, se supone que un profesional no va a fallar en eso. Aunque en mis años en el cuerpo he visto a profesionales muy torpes, porque de todo hay. Además, no creo que estos músicos o la niña esa conozcan a muchos sicarios de los buenos.

—Caballeros… —intervino Karen— todo son conjeturas como dije antes. Pero si la hipótesis de que esas dos *mataharis* actuaban juntas es cierta, quizás la joven estaba resentida con la otra porque no le había dado su parte. Quizás le prometió un porcentaje de la fortuna de Dasley que esta no le dio. Quizás le hizo el encargo del video con la promesa de darle el dinero, como último servicio, y aun así le dijo que

no le pagaba. Que no le pagaba el dinero prometido, o no todo lo que ella quería. La chica ya había traído al sicario por si esto se producía, pues se lo temía, y entonces la ejecutaron.

—Está bien, teniente —dijo el sargento, abrumado—. Está claro que tenemos varios sospechosos, y cada uno con sus motivos para cargarse a Carla Watts. Y ahora, ¿cuáles son los siguientes pasos?

—Lo primero vamos a ir a hablar con Norfolk. A ver qué nos dice sobre Laura. Es posible que haya que solicitar la colaboración de la policía española para localizarla. También hay que mirar los movimientos de las cuentas corrientes de todos ellos, a ver si han hecho algún desembolso importante y a quién se lo han hecho. A ver si mientras tanto llegaran ya las dichosas imágenes de las cámaras y nos sacan de dudas.

—O nos crean otras, Karen.

—Todo es posible, Roger, y más en un caso tan abierto como este.

El mejor guitarrista del mundo

—¿Cuándo me van a sacar de aquí? Tratarme como un criminal, cuando estuve a punto de morir… ¡Les voy a demandar en cuanto me saquen! Yo tengo una reputación, y un nombre, ¿saben? ¡Me van a tener que indemnizar por todo el dinero que me están haciendo perder! ¿Me han oído?

—Sí, señor Norfolk, le hemos oído. Pero no tenemos más remedio que mantenerle en prisión preventiva hasta que aclaremos una serie de cosas —dijo Karen.

—¿Hasta que aclaren si yo soy el asesino?

—Hasta que aclaremos si usted no pudo hacerlo.

—¿Quién es usted? —preguntó, refiriéndose a Roger, quien acababa de hablar.

—Es mi compañero, el sargento Penny.

El guitarrista se calló y no dijo nada; se quedó mirando alternativamente a los dos que acababan de llegar a visitarle en aquella sala de interrogatorios, y esperó malhumorado a que alguien le preguntara algo.

—Queríamos que nos hablase de Laura Milar, señor Norfolk.

Ruddy hizo una mueca y pareció sonreír ligeramente.

—Vaya… Parece ser que se han hecho con el vídeo.

—¿Qué vídeo? —preguntó Roger.

—Vamos sargento… Carla no ha podido contárselo, y no creo que haya sido la chica. Por cierto, ¿cómo han dado con él?

—Dígamelo usted, señor Norfolk.

—¿Yo? ¿Qué quieren que les diga?

—Cómo pudo ver la señora Watts ese vídeo.

—No tengo ni idea. Intenté que me lo dijera, pero no se lo saqué.

—¿No se lo sacó? —preguntó Karen.

—No. Cuando llegué del concierto me enteré de que lo sabía, pero no me dijo cómo Laura pudo hacérselo llegar. Supongo que le enviaría un enlace, como hizo conmigo.

—¿Usted conocía la existencia de ese vídeo?

—Por supuesto. Laura me intentó chantajear bajo amenaza de hacérselo llegar a Carla. ¡Me pidió cincuenta mil libras!

—Y, ¿por qué no la denunció?

—Pues porque Carla se hubiera enterado, sargento. ¿Es que no lo entiende?

—Entonces usted no pagó, y la chica cumplió sus amenazas, ¿verdad?

—Eso es justamente lo que pasó.

—Empecemos desde el principio, señor Norfolk, si no le importa.

—Poco hay que contar, teniente. Ese día, la chica venía de la habitación de Rick… y se refugió conmigo. Me sedujo, y lo demás ya lo han visto en el vídeo. Después me amenazó con lo que les he dicho, y como no pagué, pues le hizo llegar el video a Carla de alguna manera. Solo estuve con ella aquel día.

—¿Cuándo fue eso, señor Norfolk?

—Lo del video fue en 2017. En el concierto que hicimos en Madrid. Luego el chantaje fue hace un mes, más o menos.

—Y, ¿por qué esperó tanto?

—¡Ja! ¡Y yo qué sé! Supongo que estaría esperando a cobrar lo de Dasley.

—¿Cómo se puso en contacto con usted? ¿Por teléfono?

—No. Me mandó un enlace privado por Facebook y después chateamos. Me pidió que le mandara el equivalente a cincuenta mil libras en bitcoins antes de dos días o si no… le haría llegar el vídeo a Carla.

—Nos tiene que facilitar ese enlace, señor Norfolk.

—Sí, claro, sin problemas. En cuanto me dejen usar mi teléfono móvil, se lo mandaré. Pero no creo que consigan nada por ese medio. Fue un chat volátil en la Deep Web…

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque un amigo informático me lo confirmó. Le consulté y me dijo que no había forma de pillar así a nadie. Pero —siguió tras pensar unos momentos—, ¿por qué están tan interesados en Laura? ¿Creen que tiene algo que ver?

—¿Cómo la conoció, señor Norfolk? ¿Fue el día del vídeo? —preguntó Karen.

—No. La conocía de antes… de vista.

—¿Dónde la había visto anteriormente?

—En otro concierto del grupo. El año anterior también estuvimos en Madrid, y fue a vernos al hotel.

—¿Hablaron con ella?

—Yo no. La chica intentó seducir a Adam, y como no lo consiguió, entonces lo intentó con Kai, y este sí que le hizo caso.

—Se refiere al cantante de su grupo, y a su anterior bajista, ¿verdad?

—Así es.

—Y, cuando dice que la hizo caso… ¿en qué sentido? —preguntó Karen.

—En el sentido que se imagina, teniente. Kai se acostó con ella.

—¿Se acostó con ella en el hotel? ¿En su habitación? ¿Cómo lo sabe?

—Se acostó con ella en su habitación, sí, y lo sé porque los vi entrar juntos en ella, y salieron juntos al amanecer. No creo que estuvieran allí viendo una película.

—¿Le dijo él algo sobre ella? ¿Sabe si se volvieron a ver?

—A mí no me dijo nada. Y si se volvieron a ver o no, no tengo ni idea. Yo desde luego, nunca le volvía a ver a ella hasta que no volvimos a Madrid de nuevo.

—De acuerdo, señor Norfolk. Ya tendrá noticias nuestras —aseveró Karen, levantándose.

—¿Cuándo me sacarán?

Karen suspiró y dijo: —Estamos esperando recibir… unas grabaciones. Si no vemos nada raro, probablemente le soltaremos en breve. Después tendrá que permanecer disponible y no podrá salir del país.

—¿No podré salir del país? ¡Yo vivo de las giras! ¿Saben? Si me quedo en Inglaterra voy a perder mucho dinero… Y mis compañeros también, claro. ¡Me tendrán que indemnizar!

—Adiós, señor Norfolk —se despidió Karen, finalmente, y abandonaron la sala de interrogatorios.

Cuando ya estaban cerca del coche, Roger le preguntó:

—¿Qué opinas?

—Parece que dice la verdad. Aunque ha tenido mucho tiempo para ensayar una actuación, en los cuatro días que lleva ahí. Por cierto, el Kai ese, es otro miembro del grupo, ¿no?

—Lo fue. Cuando estuve con el seguimiento me dio tiempo a leer bastante sobre Thertonball. Se llama Kai Costa, y es portugués. Hace un año tuvo una agria trifulca con Norfolk, y este consiguió que le despidieran. Entró Dasley en su lugar, pues antes militaba en otro grupo, en Hazelnut.

—¿Se sabe por qué fue la trifulca?

—Oficialmente, se dice que fue por diferencias de criterios musicales, pero casi toda la crítica cree que fue por envidia.

—¿Por envidia?

—Si. Este Costa era el alma del grupo. Gracias a él tiene Thertonball la fama que tiene. Norfolk también ponía su parte, desde luego, pero él era el compositor de las canciones y estas eran buenas. Al menos es lo que dice la crítica. Ya sabes que a mí el rock no me gusta.

—Y entonces ahora con Dasley, ¿No pasa lo mismo?

—Al parecer el rol de compositor lo ha asumido Norfolk, o al menos en parte, Y según dicen, sus canciones no son tan buenas como las que hacía el otro.

—Y, ¿qué ha sido de Costa?

—Formó un nuevo grupo y se marchó a Estados Unidos. Creo que sigue allí.

Karen volvió suspirar y dijo, mientras se metía en el coche:

—Pues me parece que tenemos otro sospechoso, Roger. Este Costa puede estar resentido por el despido, y además también estuvo con Laura.

—La dichosa niña… es el perejil de todas las salsas.

—Pues sí. Este es un sospechoso más remoto, pero no podemos dejar de tenerlo en cuenta. Hay que mirar si estuvo en el hotel esa noche. Comprueba la lista que nos pasó Higgins.

—No me suena, pero miraré otra vez.

—Intenta localizarlo, Roger. Habrá que hablar con él y preguntarle por Laura. Quizás también fue una de sus víctimas y nos diga cómo actuó.

—Intentaré buscar si mantiene un teléfono registrado a nombre de una operadora local. De todas formas, quizás esté aquí, en su casa. Creo que ya terminó la gira con su grupo.

—Pero… ¿no es portugués?

—Sí, pero vivía aquí. Por lo que he leído, tiene una novia dentro de Thertonball. Una de las vocalistas que se llama… Rose White.

—¿La hermana del cantante?

—Sí, la chica también canta en el grupo. De hecho, también estaba en el hotel, claro. Cantó esa noche en el concierto.

—¿Podría ser ella quien lo hizo?

—Lo dudo, Karen. Cuando la veas comprenderás por qué. Vive en Southfields, en una casa que es propiedad de Costa. Si quieres, podemos ir ahora mismo a ver si están. Nos pilla de camino.

Una chiquilla delgada

Los dos policías llegaron a la casa del músico, en el barrio londinense de Southfields. Era una casa grande, sin apenas jardín por delante, aunque parecía que lo tenía por detrás.

Llamaron al timbre y salió a recibirles una chiquilla muy delgada, con el pelo corto y unos grandes ojos azules casi traslúcidos.

—¿Qué desean? —les dijo.

—Buenos días. ¿Están en casa tus padres?

—¿Mis padres?

—Sí, o alguna persona mayor que viva en la casa.

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos de la policía, pequeña —dijo Karen—. ¿Estás sola?

—Lo de *pequeña* se lo puede usted ahorrar, señora. Aunque no lo parezca, tengo veintisiete años.

Entonces fue cuando Roger cayó en la cuenta. Se trataba de Rose, precisamente, aunque en los conciertos, con el maquillaje y los tacones, parecía más vistosa que aquella paliducha aniñada y enclenque.

—Tiene que perdonarnos, señorita White. Usted es Rose White, ¿verdad? La cantante de Thertonball… Soy el sargento Roger Penny y ella es la teniente Karen Hodgson —se presentó, enseñándole la placa, algo que ella apenas miró.

—Encantada —dijo, de forma seca—. El cantante de Thertonball es mi hermano. Yo solo soy una de las vocalistas. Vienen por lo del asesinato de Carla Watts, ¿no es así?

—Sí, en realidad queríamos hablar con Kai Costa. Vive aquí con usted, ¿verdad?

—Esta es su casa, sí, pero el ya no vive aquí. Se fue a Estados Unidos, con su nuevo grupo. Y yo tampoco vivo ahora con él. Solo he venido a recoger algunas cosas.

—¿Podríamos hablar con usted, en cualquier caso? Solo serán unos minutos.

—Sí, claro, pasen, por favor.

La chica los llevó a una pequeña habitación que había en la segunda planta, y entonces se mostró más suave con ellos.

—Siento no recibirles en un espacio más cómodo. Kai transformó el salón de esta casa en un estudio de grabación, y usamos esta estancia como salón. Y no puedo ofrecerles nada de beber porque ya les digo que yo ya no vivo aquí.

—¿Dónde vive usted ahora?

—Vivo con mis padres, en el Soho.

—¿Discutió usted con el señor Costa? Era su novio, ¿no es cierto? —preguntó Roger.

—Era, y es mi novio, sargento. Aunque si le preguntan a él, probablemente les diga que solo somos amigos.

—Pero entonces, ¿por qué no se fue usted con él, cuando le echaron del grupo? ¿Por qué sigue usted en Thertonball?

Los ojos azules de la muchacha se clavaron en los de Roger, y no dijo nada por unos instantes. Después de un rato, modificó algo la expresión y les dijo:

—Yo sigo en el grupo porque tengo contrato con ellos. Si no fuera por eso, me hubiera ido con él, lógicamente. Hubiera sido la cantante de su nueva banda en lugar de la chica que él tiene ahora.

—Parece que está usted resentida con eso, señorita White —dijo Karen.

—No tendría que hablar con ustedes de estas cosas que son… personales. —Rose suspiró y siguió—. A no ser que tengan que ver, por algún motivo que se me escapa, con el asesinato de esa mujer.

—Mire, Rose, le voy a ser sincera —siguió la teniente—. El asesinato de esa persona tiene una serie de incógnitas que estamos intentando esclarecer. Su compañero, Ruddy Norfolk, está metido hasta el fondo en este asunto, pero no descartamos que haya más personas involucradas, por una serie de razones que no le puedo revelar. Su novio, o su amigo, Kai Costa, estuvo relacionado con una tercera persona afectada, y por eso hemos venido aquí a hacerle unas preguntas. Aunque también nos puede usted ayudar, desde luego.

—¿Quién es esa tercera persona?

—Eso no viene al caso —respondió él—. Cuéntenos, si no tiene inconveniente, los motivos de su separación del grupo, y por qué se

marchó a Estados Unidos.

—Quieren saber los motivos de su disputa con Ruddy, ¿no es así? ¿Qué se piensan? ¿Qué fue él quien mató a esa mujer por error? ¿Qué su idea era matarle a él, o algo así, o quizás a los dos?

—Rose, por favor —intervino Karen—. Nosotros no pensamos nada —dijo, intentando mostrarse conciliadora. Le costaba trabajo llamarle por el apellido a una mujer, que en realidad parecía una niña—. Ya le dije que tenemos un montón de incógnitas y muchos cabos sueltos, y cuanta más información tengamos, más cerca estaremos de saber quién lo hizo y por qué. Eso es todo. Nosotros no acusamos a nadie de nada, y menos a Kai Costa. Al menos no por ahora, claro.

—Todo somos sospechosos, ¿no? Todos los del grupo, me refiero.

—Todos los que de una u otra manera pudieran estar cerca del asesinato, señorita —dijo Roger—. Y los que tuvieran algún motivo, claro está. Pero ahora, como dice mi compañera, solo estamos haciendo preguntas.

—Necesitamos conocer, Rose. Eso es todo —terminó Karen, con una sonrisa que tranquilizó a la chica.

—Está bien, aunque aquella disputa fue muy sonada, y salió en toda la prensa especializada. Supongo que ustedes lo habrán leído, y…

—Sí, lo hemos leído, señorita, pero queremos saber su versión —espetó Roger, y hubiera continuado si no fuera porque su compañera le tocó el brazo como indicando que no siguiera. Estaba mostrando su cara agria, y luego se arrepentiría.

—Ruddy y Kai siempre se habían llevado más o menos bien —empezó a decir—, hasta hace un par de años. A partir de ahí, Ruddy comenzó a meterse con él, y a criticar su labor en el grupo. Hasta que llegó un día en que fue a hablar con nuestro mánager, con Peter Cornerstone y le puso en la tesitura de tener que elegir entre él y Kai.

—Y el mánager se quedó con él.

—Así es. Según creo, intentó convencerlo de que ambos eran muy necesarios, pero no hubo manera. Y creo que fue un error. Vamos, no lo creo, estoy segura. Si Kai siguiera con nosotros, al grupo le iría mucho mejor.

—¿Es que no van bien las cosas? —preguntó Karen.

—Pues no, no van nada bien. En nuestro último álbum, Kai no ha tenido ninguna participación, y ha sido un desastre comercial.

Supongo que habrán leído las críticas. El grupo ha dado un bajón espectacular y todos los «alardes guitarreros» de Ruddy no han servido ni para mantenerlo a flote.

—Pero, Cornerstone es un mánager avezado… ¿Cómo no se dio cuenta de eso?

—Supongo que fue porque confiaba demasiado en Ruddy. Pero él no sabe componer dos notas seguidas en un pentagrama, y sus improvisaciones de guitarra están ya muy vistas. Y lo peor es que el grupo no puede tocar ninguna de las canciones que compuso Kai antes de marcharse, es decir, todas las de los discos anteriores, porque él no ha cedido los derechos más que las del último álbum que hizo con nosotros. Un álbum que por cierto no es el mejor, pues el ambiente ya estaba caldeado y Ruddy no paraba de entrometerse en todo. Y claro, así salió.

—Insisto —siguió Roger—. No sé cómo el mánager no se daba cuenta de eso, antes de elegir entre los dos.

—Eso se lo tendrán que preguntar a él —dijo Rose, encogiéndose de hombros—. De todas formas, también pudo ser por comodidad.

—¿Por comodidad?

—Sí, por no formar otra banda, o algo así. Si Ruddy se hubiera marchado, no podríamos haber seguido con el nombre de «Thertonball». Él lo posee en un cincuenta por ciento, y sin estar él podría haber boicoteado cualquier decisión. El plan que teníamos era formar un nuevo grupo sin él, con otro nombre, y reclutar a otro guitarrista. Todos los demás estaban de acuerdo. Y eso es justo lo que Kai ha hecho ahora con su nueva banda.

—Pero no entiendo… —dijo Karen—. ¿Por qué no lo hicieron en ese momento? ¿Por qué Kai se tuvo que ir a Estados Unidos a reclutar otros miembros, y sin usted? Me acaba de decir que los demás estaba de acuerdo…

—En primer lugar, por lo que les he dicho, por el contrato. Teníamos compromiso para dos álbumes más con la discográfica. El primero ya estaba terminado antes de que se marchara Kai. Solo faltaba presentarlo y sacarlo al mercado. Ese fue el disco para el que él cedió sus derechos. Para que la banda pudiera tocarlo en directo y cumplir con los compromisos. Y el segundo, es el que les he dicho que hemos compuesto entre todos, y que ha salido tan mal.

—Entonces él no le guardaba rencor… podría haberles negado los derechos, ¿no es así?

—No se olvide, sargento, que Ruddy no es el único dueño del grupo. Mi hermano también tiene una participación importante, y él y Kai son grandes amigos. Él podría haber perjudicado a Ruddy, sí, pero también perjudicaría a mi hermano, y a todos los demás de alguna manera. No sé si me entiende…

—Sí, pero…

—Nuestro plan era terminar los dos discos y luego él regresaría de Chicago —siguió—. Se traería a su guitarrista actual, a Lawrence Ayers, y todos nos integraríamos con ellos.

—Y… ¿eso sigue adelante? —inquirió Karen.

—Por supuesto. Ahora se ha demostrado quién era de verdad el alma del grupo. Si han leído los comentarios de la prensa especializada —solo tienen que entrar en el *Total Rock Magazine* para comprobarlo—, ahí pueden ver que toda la crítica —por unanimidad— ha ensalzado el disco de Kai con Ayers, mientras que el nuestro lo han puesto por los suelos —afirmó, triunfante, para terminar diciendo:

—Que se quede Ruddy con Dasley y con el nombre, si le place. Nosotros ya tenemos otro a la vista.

—¿Todos los del grupo van a irse con Kai?

—Todos sin excepción, excepto ellos dos, claro. El contrato con la discográfica ha terminado, y ya somos libres. Solo estamos esperando a que él se decida a volver.

—¿Ah, pero…? ¿Es que puede que no vuelva?

—Él está cómodo con su nueva banda —respondió, con la cara triste—. Se lo está pensando antes de despedir a sus compañeros actuales.

—Usted no tiene parte en el grupo, ¿verdad, Rose? —preguntó Karen—. Me refiero, parte en Thertonball.

—No. Aparte de Ruddy solo tiene mi hermano y el tecladista, Arthur Feather. Los demás tenemos un contrato, igual que lo tenía Kai, a pesar de que él lo era todo en la banda. Lo era todo, y no era más que un simple asalariado… —la cara de la chica era todo un poema cuando dijo eso.

—Bien, solo una cosa más. ¿Podría decirnos qué estaba haciendo usted cuando se produjeron los hechos? Sobre la una y media de la madrugada del seis de mayo.

—Sí. Sí que lo sé. Lo sé perfectamente. Estaba hablando con Kai por

teléfono. En Chicago es por la tarde a esas horas, y no había podido hablar con él en todo el día. Pueden consultarlo con la operadora y verán que es verdad.

—Está bien Rose. No le molestamos más —dijo Karen poniéndose de pie, igual que hizo Roger. La chica los acompañó bajando las escaleras hacia la puerta, y ya en la calle se despidieron. Pero antes de irse le dijo Karen:

—Una última pregunta, si me lo permite. Sigo sin saber por qué él no se la llevó como cantante de su nuevo grupo.

La muchacha miró a su interlocutora, pero no la veía. Su mirada estaba fija en un punto indeterminado que había detrás de ella, como si la mujer fuera transparente. Después de un rato, parecía como que salían algunas lágrimas de sus ojos y finalmente dijo:

—Yo tampoco lo sé, teniente.

—Bien, le agradezco que nos haya atendido. Buenos días, Rose.

Los dos se marcharon calle arriba mientras la chica seguía impávida en la puerta, mirando cómo se iban. Cuando ya entraron en el coche, Roger dijo:

—Miraremos si es verdad que estuvo hablando con él a esa hora, ¿no?

—Sí, claro, habrá que hacerlo. Aunque podrían haber establecido una comunicación y dejar el teléfono conectado. Eso no prueba mucho. Pero, en cualquier caso, yo no creo que estos tengan algo que ver. Si es verdad lo que nos ha dicho, los planes para deshacerse de Ruddy ya estaban en marcha. Digo deshacerse en el buen sentido, claro. No les hacía falta matarle para formar su nuevo grupo. Y lo de la venganza por lo que pasó… Ya hacía tiempo desde la ruptura y lo podrían haber hecho antes. Además, no me imagino a esa niña… bueno a Rose, forzando una cerradura magnética y matando con una pistola con silenciador a Carla. Ni siquiera, tramándolo.

—Yo tampoco.

—De todas maneras, Roger, intenta llamarle. A ver si mantiene el número de teléfono de su operadora de aquí. A ver si podemos averiguar su relación con Laura Milar. Algo me dice que esa chica que tienen los tres en común nos va a dar una pista importante.

Conversación en Lisboa

—Buenos días, señor Costa. Soy el sargento Roger Penny de Scotland Yard. ¿Puede usted hablar ahora?

—Sí, ahora sí. Perdone que no le atendiera antes. Estaba finalizando unas grabaciones y me era imposible.

—Quizás le he despertado… No me he dado cuenta de la hora.

—Son las once de la mañana, sargento. No sé qué idea tiene usted de los artistas.

—¿No está usted en Chicago?

—No, estoy en mi casa.

—En su casa…

—En Lisboa. He venido de Chicago, hace unos días.

—Pero, ¿no vive usted en Southfields, aquí en Inglaterra?

—Vivía, cuando estaba en Thertonball. Pero yo soy portugués y tengo casa en Lisboa. La casa que fue de mis padres.

—Pero su grupo…

—Mi grupo está en Chicago, sí, pero yo estoy componiendo un nuevo álbum y me he venido para acá. Me concentro mejor.

—¿Lo está usted haciendo solo? Quiero decir, ¿no le ayudan sus compañeros?

—No. Yo compongo las canciones sin ayuda. Aquí, y cuando estaba en Thertonball. Mis compañeros colaboran después, y si es que lo hacen, que no suelen.

—De acuerdo. No le quiero entretener mucho. Solo quería hacerle unas preguntas. ¿Conoce usted a Carla Watts?

—Querrá decir si la conocía…

—Sí, claro. Es un poco por deformación profesional. Siempre hablamos en presente por si algún sospechoso nos habla en pasado y así le pillamos. Pero claro, en este caso la noticia ya la sabe todo el mundo…

—Efectivamente. Además, ya me comentó mi compañera que habían ido a visitarla.

—Se refiere a…

—A Rose, lógicamente. Me llamó en cuanto se fueron ustedes de mi casa y me lo contó.

—Bien, pues eso. ¿Qué nos puede decir de Carla?

—Pues que no la conocía. Nunca la vi en persona, ni jamás hablé con ella.

—¿Sabía usted que estaba saliendo con Ruddy Norfolk?

—Sí, claro, había rumores de que se había ido con él en cuanto se divorció de Dasley. Pero cuando eso ocurrió, mi relación con Ruddy no era buena. Y aunque lo hubiera sido, él jamás hablaba de sus cosas personales conmigo. Ni conmigo ni con nadie del grupo, que yo sepa.

—¿Por qué no se llevaba bien con el señor Norfolk?

—Teníamos diferencias musicales, principalmente.

—¿Me puede dar algún detalle de esas diferencias? Sin ser demasiado técnico, si no le importa.

A su interlocutor se le oyó suspirar a través de la línea telefónica, y dijo tras unos segundos:

—Estaba en contra mía por razones que nunca entendí. Se metía en todo lo que hacía y discrepaba por cualquier cosa.

—¿Solo se metía con usted?

—Principalmente. Con los demás también, porque me apoyaban, pero la causa de su malhumor casi constante, supongo que era yo. Protestaba por cada estrofa que componía, y quería modificar casi cada nota.

—Y, ¿cuál cree usted que era la razón? Entiendo que eso no lo hacía antes.

—Lo hacía, pero menos. Siempre le gustaba sacarle punta a las cosas. Sin ser demasiado técnico, —siguió—, él hubiera sido un estupendo guitarrista de jazz. El jazz es básicamente improvisación, y ahí hubiera encajado como un guante. Pero claro, los jazzistas no llenan estadios de futbol ni tienen millones de seguidores, ni tienen millones de descargas en todas las plataformas. Eso lo hace el rock, claro está, y para eso hay que crear buenas canciones.

—Las que crea usted… ¿no? —dijo Roger, algo molesto por haberse metido con el jazz.

—A las pruebas me remito. Mientras yo estaba en Thertonball, nuestros discos ocupaban los números uno en todas las listas. O por lo menos en las más importantes. Pero el último álbum del grupo… no ha pasado del veintisiete en el *Billboard*, mientras que el mío se ha quedado en el cinco. No está nada mal para un grupo que acaba de empezar.

—Y eso es porque las canciones que crea Norfolk no dan la talla. ¿No es así?

—Las suyas son una auténtica porquería, sargento. Ese hombre funcionó, más o menos, al principio, en nuestros dos primeros discos, pero luego le abandonó la musa. Eso sí, era y sigue siendo un guitarrista de primera clase, y yo soy el primero que lo reconoce. Pero una cosa no quita la otra, oiga. Quizás sea uno de los mejores, quizá incluso el mejor del mundo, pero un buen intérprete no tiene por qué ser un buen compositor. No sé si me entiende…

—Sí, le entiendo, pero, ¿por qué cambió su actitud? O mejor dicho, ¿por qué empeoró? ¿Cuál fue el detonante?

—No lo sé. Más o menos fue por esa época cuando empezó a salir con Carla Watts. Quizás ella le azuzó por alguna razón… no tengo ni idea, la verdad.

—Pero… por esa época que usted menciona, la modelo todavía estaba con Dasley. ¿Cómo sabe usted que Norfolk estaba con ella?

—Ni yo ni nadie lo sabíamos, ya le estoy diciendo. Eran solo rumores.

—¿En qué se basaban?

—No lo recuerdo, sinceramente. Quizás era solo una chanza. Dasley no estaba con nosotros todavía, supongo que sabe que me sustituyó a mí. Como esos dos estaban siempre juntos, y ella era la mujer de Dasley, alguien debió ver algo… alguna mirada, algún gesto… Ya le digo que no lo sé. Además, yo no me meto en esas cosas. Lo mío es solo la música, y no los cotilleos propios de las revistas del corazón.

—Bien, pues hablando del corazón… una pregunta más, señor Costa. ¿Sabe usted quién es Laura Milar?

—¿Laura… qué?

—Laura Milar. Es una chica española.

—No —respondió, rápidamente—. ¿Quién es?

—¿Seguro que no sabe quién es?

—Ya le digo que no.

—Es una chica joven, muy joven, alta, buena figura, piel blanca, y con mucho… mucho pecho. Muy guapa, vaya. ¿Recuerda el concierto que dio Thertonball en Madrid, hace dos años? Cuando usted todavía estaba en el grupo.

—Sí, claro, fue uno de los últimos que hice con ellos.

—Y, ¿no le suena esa chica… y ese concierto?

—¿Laura, me ha dicho?

—Sí, Laura. Laura Milar. ¿La recuerda?

—Sí, creo que ya sé quién es —dijo, tras pensar unos instantes—. Ahora lo recuerdo.

—¿Y bien?

—Estuve con ella en el hotel en el que nos alojamos esa noche. No recuerdo el nombre… creo que fue el Meliá Castilla, pero no estoy seguro.

—Sí, allí fue. ¿Qué relación tiene usted con ella?

—Ninguna.

—Pero… ¿no me acaba de decir que…?

—La conocí en el hotel, pasamos un rato juntos y se largó. Eso es todo.

—¿Nada más?

—Nada más, sargento. No la he vuelto a ver en mi vida. ¿Qué sugiere?

—No sugiero nada, señor Costa. Pero me extraña que usted se acostara con esa chica esa noche, cuando su novia estaba con usted.

—¿Mi novia?

—Rose White.

—Rose no es mi novia, sargento.

—Bueno, eso no es lo que dice ella…

—Ella dice muchas tonterías, pero es lo que yo le digo —replicó—. Rose y yo no somos novios. En los hoteles, cada uno tiene su habitación.

—Pero, ¿no vivían juntos, en su casa de Southfields?

—Sí, pero no sé qué tiene que ver. Es una buena amiga y nada más.

—Perdone que me meta en su vida, pero si dos personas viven solas en la misma casa, lo normal es que…

—En mi casa hay más de un dormitorio, sargento, por si no se dio usted cuenta cuando estuvo por allí —interrumpió.

—Está bien —desistió—. Entonces, ¿no ha vuelto a saber nada de Laura Milar?

—Ya le he dicho que no. ¿Está relacionada con lo de Carla Watts?

—Ha tenido usted suerte de que no le denunciara, señor Costa —contestó, sin querer responder.

—De que no me denunciara… ¿quién?

—Laura Milar.

—¿Y por qué iba a haberlo hecho? Yo no le hice nada malo.

—Tenía dieciséis años cuando se acostó con usted.

—¿Dieciséis años?

—Lo que oye —afirmó—. Sí, ya sé que aparenta más. Ándese con cuidado la próxima vez. Que tenga un buen día, señor Costa.

Los músicos son gente extraña

—He comprobado que Kai Costa no estuvo en Inglaterra ese día. Los registros de los aeropuertos así lo dicen. Salió para Lisboa meses atrás y desde allí debió ir a Chicago, y luego otra vez a Lisboa.

—Eso solo prueba que no llegó en avión. Pero pudo entrar en Inglaterra desde Francia. Pudo llegar allí desde Lisboa, y luego entrar en un barco. Incluso en una embarcación de recreo. Esto es una isla, Roger.

—De acuerdo. En cualquier caso, siempre pudo contratar a un sicario y no hacerlo personalmente. Aunque cada vez me resisto más a considerarle un sospechoso.

—¿Conseguiste hablar con él?

—Sí, mantenía su número de aquí. Le pregunté por Laura.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Según él solo se acostó con ella y nada más. No la ha vuelto a ver desde entonces.

—Una aficionada que quería acostarse con su ídolo…

—Sí, puede ser. La idea era acostarse con el otro, con el cantante. Y cuando no lo consiguió, se fue a por este, que también le debía de gustar. Tampoco es mal parecido.

—Pero a este no le chantajeó, ¿no?

—Eso parece. Quizás estuviera todavía aprendiendo el oficio.

—¿Qué oficio?

—El de *matahari*.

—Ya. Desde luego tiene pinta de eso. Un simple *affair* con una aficionada. No le noté que dudara cuando le pregunté si había algo más.

—Quizás se esperaba la pregunta y se la preparó.

—Puede ser, pero no me lo pareció. Se sorprendió cuando le dije que tenía dieciséis años, pero nada más. Lo que me chocó fue otra cosa.

—¿El qué?

—Pues que me dijera que él y Rose no son novios. Además, insistió

bastante en ello.

—Todo lo contrario de lo que decía ella.

—Sí, me dijo que solo eran amigos. Lo mismo que ya nos avisó ella que nos iba a decir. ¿No te parece extraño?

—Extraño es, desde luego. Esa chica está enamorada de él, eso es más que evidente. Y que vivan juntos y no sean novios… y que luego el otro se acueste con chicas durante las giras… Pero no veo a qué nos puede conducir, sinceramente.

—Los músicos son gente extraña, Karen, y los rockeros los que más.

—Y que lo digas. Menuda nos ha caído con este caso.

La redada

El despliegue se hizo en absoluto silencio y en completa oscuridad. Ni un ruido perturbó el silencio que reinaba alrededor de aquel caserón situado cerca de Croydon, y ninguna luz delató las posiciones de los policías.

Los agentes de Scotland Yard controlaron el perímetro y avanzaron formando pelotones hacia las dos puertas de la vivienda, en la parte delantera y en la posterior. Habían decidido que entrarían primero por la trasera, que era la que mejor permitía explotar el factor sorpresa y acceder más rápidamente al salón donde se pensaba que estaban todos los narcotraficantes reunidos. Eran solo una pequeña célula, pero desarticularla supondría un importante golpe en las aspiraciones del pujante cártel colombiano de Mocoa.

El portador del ariete echó la puerta debajo de una sola embestida, tras lo cual se apartó y dejó pasar a sus compañeros, que, abriendo la marcha con sus armas provistas de focos, entraron en tromba en busca de sus presas, mientras el pelotón que atacaba la otra puerta la tiraba a su vez y se aplicaba a taponar esa vía de escape.

—¡Policía! ¡Alto, Policía! —se oía gritar ya en el interior.

—Vamos, Roger. Es hora de entrar en acción —ordenó Evans, el teniente de la Brigada de Estupefacientes, mientras los dos sacaban las pistolas de las cartucheras y las cargaban. El sargento notó cómo entraba una bala en la recámara y procedió a seguir a su superior.

Los dos entraron por la puerta delantera, y se detuvieron de golpe en los flancos de una puerta, al oír los primeros disparos,

—Hijos de puta… ¡No se han rendido! —musitó, con rabia, para a continuación decirle al otro: —¡Vamos!

Los dos avanzaron con sumo cuidado, atravesando otra estancia, mientras los disparos no paraban de sonar. Llegaron ya donde estaban parapetados sus compañeros, y entonces Evans preguntó a uno de los policías:

—¿Alguna baja?

—No, que sepamos. Han disparado para que nos detengamos, pero no tienen escapatoria.

Los disparos cesaron, y entonces se oyó:

—¡Tenemos rehenes! Si entran… ¡los mataremos!

Los policías se miraron entre sí, y Evans bajó la mirada intentando pensar.

—Es un farol, jefe —susurró otro de los de la Brigada—. Estoy seguro de ello. Llevamos vigilando esta casa durante días, y solo han entrado los que están ahora ahí dentro.

—Y aquí no vive nadie, teniente —comentó Roger—. Cuando yo estuve por aquí solo detectamos a Ponte. La casa está deshabitada.

—Está bien —dijo el teniente, y a continuación susurró por el intercomunicador:

—Unidades dos y cuatro. Proceded con el plan alfa.

En ese momento, alguien tiró la puerta abajo que estaba en la zona contraria a donde estaban ellos, y volvieron a sonar algunos disparos. A continuación, se lanzaron los botes con gases lacrimógenos, y tras unos segundos comenzaron a salir por allí los primeros individuos.

—¡Nos rendimos! ¡Por favor, no disparen! ¡Nos rendimos! —se oyó, entre las toses y los gritos.

—Vía libre —se oyó por el comunicador. El teniente hizo una señal, y uno de sus hombres derribó la puerta que tenían frente a ellos con otro ariete que ya estaba preparado para golpearla.

—¡Al suelo! ¡Al suelo todo el mundo! —gritaron los policías, mientras comprobaban que la estancia estaba vacía y los delincuentes habían salido hacia el jardín.

—¿Están todos? —preguntó el teniente, al ver a los detenidos con los brazos en alto, una vez que salió a la calle.

—Falta Fidel —respondió Roger, tras echar una rápida ojeada.

—Acompáñame.

Los dos subieron las escaleras hacia la segunda planta, donde ya se encontraba uno de los agentes escudriñando la zona. Al verlos subir, hizo una señal al teniente, como indicando que faltaban por inspeccionar dos habitaciones. El agente se acercó a una de ellas mientras Evans y el sargento se dispusieron a entrar en la que parecía la más importante.

Allí, de nuevo, se colocaron en los flancos, y a una señal del teniente, Roger procedió a echar la puerta abajo de un puntapié. Al hacerlo comenzaron a disparar los dos sin pensarlo, y entonces le vieron. Fidel

se dispuso a saltar por la ventana, y cayó en el jardín, para camuflarse a continuación entre los setos.

—¡Alto, Policía! ¡Alto o disparo! —gritó el teniente, mientras comenzaba a disparar al aire. —¡No le matéis! Ordenó a los guardias que estaban abajo, acordonando la zona.

Pero Fidel se abrió paso a tiros, y los policías se pusieron a cubierto.

—¡Mierda! —gritó Evans, procediendo a bajar las escaleras con Roger detrás. Los dos comenzaron a perseguirle, junto con uno de los guardias, en una persecución frenética en la que solo quedó Roger, tras acabar exhaustos los otros dos. Tras unos minutos, también él desistió y regresó donde estaban sus compañeros.

—Le he perdido —se quejó, sin aliento—. Le estaban esperando con un coche en marcha y aunque disparé, creo que no tuvo ningún efecto.

—No te preocupes, sargento —le consoló, dándole una palmada—. Tenemos a los otros. Has hecho un buen trabajo.

Cuando llegaron, se encontraron a los seis detenidos ya esposados, y los compañeros estaban comenzando a introducirlos en la furgoneta policial que se encontraba al otro lado de la carretera.

—En principio hemos terminado, Roger —comentó el teniente—. Puedes volver a tus ocupaciones. Salvo sorpresa, no creo que te necesitemos en un tiempo.

Las grabaciones

—Han llegado las grabaciones, Roger.

—¡Vaya, por fin! ¿Las habéis visto?

El sargento había llegado ya por la tarde a la oficina. A diferencia de la otra vez, en aquella redada no hirieron a nadie de los suyos, y solo quedó herido uno de los narcotraficantes. Llegó a su casa cerca del amanecer, y ahora estaba más animado. Las palabras del teniente en el sentido de que no se le necesitaría en mucho tiempo le levantaron el ánimo, y se disponía a concentrarse en el aparentemente sencillo caso que tenían por delante.

—Son vídeos de baja calidad, lo primero. En blanco y negro, y con imágenes pixeladas en algunos casos. Esta mañana les he estado echando un vistazo para intentar familiarizarme con todos los archivos que los técnicos nos han proporcionado.

—Pues sí que deben tener una versión antigua del Onity. Y, ¿por qué les ha llevado tanto tiempo, Flynn?

—No lo sé. Creo que han tenido problemas con los servidores del hotel. Tuvieron que pararlos o algo así para poder hacer las copias, y luego no los podían poner en marcha otra vez cuando los intentaron copiar. En fin, me lo explicaron, pero no me he quedado con la explicación, sinceramente.

—Bueno, y ¿qué has sacado? ¿Algo jugoso?

—Estaba esperando que vinieras tú o la teniente para contároslo. Mira, ya está entrando Karen. Creo que viene de comer.

—Hola Roger —saludó Karen, cuando se acercó a la mesa—. Ya me contó el capitán, lo vuestro con la Brigada.

—Sí, salió bien. A ver si les podemos ahora sacar algo. Estos tíos son duros de pelar.

—¿Tienes que volver otra vez?

—Me pueden llamar en cualquier momento, pero por ahora no.

—Mejor así. Y tú, Flynn, ¿has podido ver algo?

—He estado toda la mañana peleándome con los archivos. Son más de doscientos, con números crípticos que no dicen nada. He hecho una relación con los días, las horas y los pasillos para intentar aclararme

un poco, y creo que ya los tengo más o menos ordenados. Lo primero que he hecho ha sido ver la grabación del pasillo de la habitación de Norfolk, naturalmente. Ahora mismo os lo muestro. Está en el minuto cincuenta y seis del vídeo 4K25XT.

El cabo abrió el archivo que mencionó, y movió la barra de desplazamiento horizontal del reproductor hasta llegar al minuto cincuenta y seis. Entonces apareció un pasillo vacío con una serie de puertas a derecha y a izquierda.

—El asesino está al caer. Ahora lo veréis.

—Por lo menos el pasillo está iluminado…

—Sí, todos lo están. La luz permanece encendida tanto de día como de noche, pues el corredor no tiene iluminación natural. Además, no hay ningún interruptor a la vista para que un cliente la pueda apagar.

—Pues es todo un detalle…

—¡Mirad, ahí viene! —exclamó Flynn.

En la pantalla apareció un hombre alto, con un pantalón oscuro y una cazadora de la misma tonalidad. Llevaba una gorra y no se le veía la cara.

—Veréis, ahora abre la puerta con una tarjeta que presenta ante el lector. ¿Veis?

En ese momento el hombre entró en la habitación, y dejó la puerta abierta.

—Son solo diecisiete segundos. Ahora le veréis salir…. —los tres policías aguardaron conteniendo el aliento durante esos segundos—. Ya está ahí.

Por fin, el mismo hombre que había entrado, salió de la habitación y volvió por donde había venido, desapareciendo por el fondo, tras doblar una esquina.

—Se fue hacia las escaleras, y ya no volvió a salir en esta cámara —siguió Flynn—. Medio minuto después entran los White y salen al rato, con el marido llevando a su esposa casi arrastrándola.

—La llevaría de vuelta a la habitación, para atenderla del desmayo y del ataque de ansiedad.

—Sí, seguramente.

—Pues no se ha visto mucho, la verdad —comentó Roger—. No le

hemos visto la cara, y lo que se ha distinguido no son primeros planos. Lo que sí parece es tener el pelo largo, y oscuro.

—La cámara está a unas quince yardas de distancia. Está en el centro del pasillo, y la habitación de Norfolk está más bien hacia uno de los extremos.

—¿Hay grabaciones de las escaleras? —preguntó Karen.

—No. Ahí no hay cámaras. Solo están en los pasillos, y también en la planta baja. Allí están enfocando a la Recepción, y también a los sillones de la entrada. El bar también se divisa, aunque algo alejado.

—Pues con esto que tenemos —siguió la teniente—, no nos queda más remedio que soltar a Norfolk y a Dasley. No los podemos tener retenidos sin pruebas eternamente.

—Pero, —dijo Flynn—, ese sujeto podría ser Dasley. O incluso Kai Costa. Ambos tienen el pelo largo y oscuro…

—Podrían. Pero no se le ha visto la cara. Podría ser incluso un rubio con pelo corto que se ha puesto una peluca. O incluso una mujer —objetó Roger.

—Vale, los soltamos, pero, ¿y si luego se demuestra que alguno de los dos contrató a ese sicario?

—Pues entonces tendríamos que ir a por ellos otra vez. Por eso se les prohíbe salir del país —concluyó el sargento.

—Bueno, chicos, pues ya tenéis entretenimiento. Quiero que reviséis otra vez ese pasillo, desde que se fueron los últimos huéspedes que se alojaron allí, hasta que llegó el sargento Holy. Y también las habitaciones de todos los miembros del grupo desde que llegaron del concierto hasta esa hora. Y también la Recepción, lógicamente, A ver si podemos ver a ese tío salir o entrar, y cuándo lo hizo. ¡Ah! Y el bar. Me muero de ganas de ver cómo es la *matahari* esa de dieciocho años tan irresistible.

Puertas y pasillos

—Tengo los ojos que me van a salir chiribitas, Karen. Los cierro, y no veo otra cosa más que puertas y pasillos.

—Bueno, venga, contadme lo que habéis descubierto.

—Pues, en primer lugar, ninguno de los miembros del grupo abandonó su habitación después de venir del concierto. Alguno pidió algo al servicio de habitaciones, pero poco más.

—Respecto a la habitación de Norfolk —intervino Roger—, los últimos huéspedes la abandonaron a las diez de la mañana, y una hora después llegó el servicio de limpieza. Una mujer de mediana edad. Estuvo unos veinte minutos, y se marchó. Después llegó Norfolk y Watts a las cuatro de la tarde, y media hora después salió este ya vestido. Supongo que se marcharía al concierto. Después no hubo movimientos hasta las ocho, que fue cuando ella salió. Luego entraron juntos sobre las once. El siguiente que entró, ya fue el intruso.

—Muy bien. Ahora contadme lo de Laura. ¿Tenéis imágenes?

—Sí —respondió Flynn—. Laura aparece aquí —dijo, mientras procedía a reproducir el video y miraba hacia un papel donde tenía anotado el minuto exacto—. Según el historial que nos pasó Higgins, hizo el *check-in* a las catorce y treinta y seis. En esta secuencia se la ve entrar en el establecimiento cinco minutos antes. No puede ser otra. En ese intervalo no entró ninguna chica joven.

—No se la ve muy bien —siguió—. Como veis, tiene la mirada baja y el pelo le tapa casi toda la cara, a pesar de llevar una coleta. Una rubia parece, por la tonalidad del pelo que es clara… —una pena que estas grabaciones sean en blanco y negro—, y lleva puestas unas gafas de sol, que sí que se ven, más o menos. La chaqueta le tapa la figura, y no le podemos ver las famosas curvas, aunque el pecho es más difícil de disimular —comentó, mirando hacia Roger, quien asintió enarcando algo las cejas.

—Y, ¿la cámara de su pasillo, cuando entró en la habitación? ¿Allí se la ve mejor?

—Eso es lo curioso —dijo Flynn, sonriendo—. Nunca la usó. No llegó ni siquiera a entrar.

—¿No? —preguntó Karen, extrañada.

—No. Desde aquí, desde que hizo el *check-in,* como veis, se fue hacia

el sillón que está en el fondo del bar. Apenas se la ve porque la cámara ahí no enfoca nada bien. Solo podemos seguir un bulto blanco, hasta que se sienta. Y allí permaneció, durante seis horas, sin levantarse más que dos veces. La primera, al poco de llegar, para ir al baño. Un lugar donde no llega la cámara. Cuando regresó, cinco minutos después, se pidió una bebida y se sentó. Allí permaneció sin moverse hasta que llegó Carla. Esa secuencia la podemos ver aquí —dijo, reproduciendo otro vídeo, en el minuto que tenía apuntado.

—No se ve nada… —objetó Karen.

—Ya. Solo se vislumbra otro bulto blanco que se sienta en el sillón de enfrente suyo, tres minutos después de que Carla saliera de su habitación. No puede ser otra.

—Es como si hubieran quedado, ¿no? Nada más bajar se ve con ella…

—O como si Laura la estuviera esperando sin saber a qué hora bajaría. Me inclino por esto último. No tiene sentido que ella esté tantas horas sola en su habitación y Laura tantas horas abajo esperando —repuso Roger.

—Sí, pudiera ser —siguió Flynn—. Pero fijaos lo que pasa a continuación. Como os digo, están solo cinco minutos, o menos, y ahora… ¿veis? Laura se levanta… recoge su bolso… y se marcha, saliendo del hotel. ¿Veis cómo se queda solo el otro bulto blanco? Quien se queda es Carla, porque ahora en la cámara de la entrada vemos salir a Laura. Aquí. ¿La veis?

—Sí. Ahora se la ve incluso menos que antes, pero es ella sin lugar a dudas.

—Correcto. Pues lo curioso es que ya no volvió nunca más al hotel.

—¿No volvió? ¿Ni siquiera para hacer el *check-out*?

—Ni siquiera. Supongo que el hotel le debió cargar la consumición en la misma tarjeta que usó para garantizar la reserva. Donde se cargaría el precio de la habitación que no usó. Después, sobre las diez, llegaron los músicos, y entonces vemos a Dasley y a Norfolk que entran juntos y que se dirigen hacia donde está Carla. No se ve nada bien porque ya es de noche y esta cámara no trabaja nada bien con luz artificial. La de los pasillos es mejor, pero esta del hall tiene que abarcar más espacio y no da de sí. Los tres bultos están más o menos cinco minutos juntos, y luego se mezclan con la gente que entra y sale y ya les perdemos la pista. Pero por lo que vi en las habitaciones, la hora en que llegaron los dos amantes a su habitación coincide más o menos con la hora en que llegó Dasley a la suya.

—Solo por curiosidad, ¿sabemos qué se pidió Laura en el bar? ¿Viene en el historial de su habitación?

—Sí, se pidió un daiquiri de fresa.

—Está bien. Buen trabajo Flynn. Y, ¿respecto al intruso?

—Eso ya es más difícil, teniente. No he podido localizarlo en ninguna parte. Hay mucha gente parecida, que podría ser. Porque melenudos con gorra… ese día había un montón.

—Ayúdale, tú, Roger. Eres muy buen fisonomista. Volved a revisar juntos la cámara de la Recepción y examinad detenidamente a cada candidato a intruso.

—También podríamos vigilar todos los pasillos durante todo el día y ver si el intruso salió de alguna habitación.

—Sí, claro, eso también. Y hablad con la mujer de la limpieza. Y con las compañeras. Preguntadles si en algún momento perdieron o echaron en falta alguna tarjeta magnética.

—Nos llevará un tiempo, Karen.

—Lo sé. Yo mañana salgo en comisión de servicio. Estaré dos o tres días fuera. Cualquier novedad, me llamáis. ¿De acuerdo?

Ganas de pasar página

Hubiera preferido que le acompañase Roger, pero no quiso hacerle perder tiempo. Bastante tenía con el visionado de las grabaciones. Eso era lo más prioritario ahora mismo. Sus más de treinta años de profesión le habían enseñado que el tiempo es vital en muchos casos, y que muchos de ellos se hubieran resuelto satisfactoriamente si hubiera hecho antes esto o aquello.

Así que, decidió aprovechar la media hora que tenía antes de que saliera su avión para Edimburgo para visitar al matrimonio White.

—Buenos días, señor White, y señora White. Soy la teniente Karen Hodgson, de Scotland Yard.

Karen se encontraba en una lujosa mansión en el centro de Londres, en el exclusivo barrio del West End, donde vivían los dos cantantes de Thertonball. Les avisó previamente de que quería hablar con ellos, y le confirmaron que iban a estar en casa.

—Encantado. Puede llamarme Adam.

—Y a mí puede llamarme Louise.

—Gracias. No les entretendré mucho. Dentro de nada tengo que ir a Heathrow, pues salgo para Edimburgo. Quería enseñarles esta fotografía. ¿La reconocen? —preguntó, enseñándoles una retrospectiva del intruso que entró en la habitación aquella noche.

—¿Es el asesino?

—Es la persona que entró en el cuarto de su compañero, a la hora en que se produjo el crimen.

Tanto Adam como Louise miraron la foto, y luego él dijo:

—No se ve nada, teniente. Una figura oscura… sin ver el rostro…

—Les puedo enseñar también un pequeño vídeo. Son solo cinco segundos, del momento en que entró, y otro tanto del momento en el que huyó. Si me lo permiten… —Karen extrajo su teléfono móvil y procedió a enseñarles lo que les decía. —¿No reconocen la forma de andar, o de moverse?

—No —dijeron los dos, casi al unísono, tras ver el vídeo.

—Entiendo que no llegaron a verle, ¿verdad?

—Si estaba por los pasillos cuando nosotros salimos, desde luego yo no me fijé —dijo el hombre.

—Yo tampoco vi nada. Nos sobresaltamos al oír el grito, y nos levantamos rápidamente. No tardamos casi nada en entrar en la habitación de Ruddy, pero allí no vimos a nadie.

—Eso es —siguió Adam—. La habitación estaba oscura, y solo entraba algo de luz por el balcón, que estaba abierto. Allí le llamamos a él, y entonces salió y yo encendí la luz. Después fue cuando vimos a Carla.

—Es lo mismo que hemos contado ya, varias veces —objetó Louise.

—Lo sé, pero quería mostrarles al intruso, por si le hubieran visto merodear por el pasillo. También quería preguntarles por Kai Costa.

—¿Por Kai? ¿Qué tiene que ver Kai en esto? —increpó él.

—Estamos descartando sospechosos, nada más. El señor Dasley podría tener razones para asesinar a su exmujer, pero él no salió de la habitación después de llegar del concierto.

—No creerán que ese hombre puede ser Kai, ¿verdad? ¿Solo porque es alto, moreno y con el pelo largo… igual que Dasley...? —preguntó el hombre.

Adam White tenía un semblante tranquilo, pero en aquel momento se quedó mirando a Karen con una cara muy seria. Era un hombre alto, con el pelo largo y rubio y los ojos azules, y entonces fue cuando le preguntó por Laura.

—¿Sabe usted quién es Laura Milar, señor White? ¿O usted, Louise?

—No me suena de nada —respondió, tras pensar un par de segundos —. ¿Quién es?

—A mí tampoco —dijo ella.

—No se la ve muy bien, pero es la mejor foto que tenemos —dijo Karen, enseñándoles una instantánea de Laura, en el momento en el que entró en el hotel.

—Ni idea —respondieron los dos.

—¿Recuerda usted el concierto que dieron en Madrid en 2017?

—En Madrid… Sí, más o menos.

—Según nos han dicho, esta chica intentó seducirle a usted ese día en el hotel Meliá Castilla.

—Eso es bastante habitual, teniente —respondió Louise—. Mi marido es el cantante del grupo, y no es raro que eso ocurra —afirmó, rotunda —. Solo hay que ver lo guapo que es.

—Sí, ya lo veo —sonrió—. Pero al parecer esta mujer insistió bastante, y luego se marchó con su excompañero, con Kai Costa.

El hombre volvió a mirar la fotografía, y luego pensó por unos instantes. Finalmente dijo:

—Sí, pudiera ser ella. Pero aquella chica era morena. Aquí parece rubia…

—Entonces la recuerda…

—Sí, vagamente.

—¿Llegó a hablar algo con usted?

—Eso sí que no lo recuerdo. Supongo que me diría lo que dicen todas.

—¿Y qué es lo que dicen todas?

—Pues que están enamoradas del mi marido, teniente —respondió rápidamente Louise—. Que se mueren de ganas por pasar una noche con él, y todo eso. Y lo dicen en mi cara, no le digo más.

—¿Estaba usted presente ese día?

—Esa chica no me suena.

—Bien. Volvamos a Kai Costa. Tenemos entendido que discutió con el señor Norfolk. ¿Qué me pueden decir acerca de eso?

Los dos callaron por unos instantes, y se miraron el uno al otro. Finalmente ella dijo:

—Fue por el asunto del plagio.

—¿El plagio? ¿Qué plagio? —preguntó Karen, mientras el marido miraba de nuevo a la mujer, como recriminándole por haber dicho eso. Entonces fue él quien siguió:

—Ellos ya se llevaban mal desde antes. Pero aquello remató el asunto. Eran los tiempos en los que Dasley estaba todavía en Hazelnut. Al parecer, se había visto con Ruddy y le había pasado información de una canción de ese grupo, y él la quiso introducir en Thertonball como si fuera suya. Kai se enteró y le recriminó por haber hecho eso, y entonces se pelearon.

—¿Se pelearon?

—Sí. A partir de ahí fue cuando él salió del grupo y entró Richard. Aquella canción nunca llegó a ser nuestra, porque todos la rechazamos, lógicamente. Pero, teniente… esto que le hemos dicho es confidencial. Este tipo de cosas no pueden airearse, como usted comprenderá…

—Descuide —le tranquilizó—. Y, esa pelea…

—Solo un par de puñetazos. Les separamos antes de que fueran a más, y Ruddy se marchó del estudio ese día. Creemos que se fue a hablar con el mánager, y eso hizo que Kai saliera del grupo.

—Tiene que descartarle como sospechoso, teniente —intervino Louise.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo primero, porque no sería capaz de hacer una cosa así. Además, él estaba en Chicago cuando estuvimos en Brighton dando el concierto.

—Y también porque él quiere volver al grupo —añadió Adam—. Está componiendo un nuevo álbum, y me ha comentado que quiere tocarlo con nosotros. Y eso incluye a Ruddy, teniente. Kai no es rencoroso, como puede ver. A pesar de que su nuevo grupo está teniendo más éxito que nosotros, prefiere volver con sus amigos.

—¿Y Norfolk estará de acuerdo con eso?

—Ayer me llamó, cuando salió de la cárcel y lo comentamos. En principio no tiene inconveniente.

—¿Y Dasley? ¿Seguirá con ustedes?

—No. Si vuelve Kai no podemos tener dos bajistas. Además, su rendimiento últimamente era muy deficiente.

—Desde que se divorció de su mujer —intervino Louise— ese hombre ya no era el mismo. Tenía problemas con el alcohol, y…

—Sí lo sabemos. Pero, díganme una cosa… No entiendo, después de lo que ha pasado, que tengan ganas de seguir adelante…

—Precisamente por eso, teniente. Queremos terminar esta etapa de nuestra vida, y queremos pasar página. La prensa no para de hablar de este asunto, y el grupo está saliendo mal parado. Si sacamos un nuevo álbum cuanto antes, dejarán de hablar de ello y se concentrarán en nuestra música, que es de lo que vivimos y de lo que queremos que hablen, y no de cosas que nada tienen que ver con nosotros.

—Me parece muy bien, señor White, pero su hermana, Rose, me dijo que tenían otros planes. Que la idea era prescindir de Norfolk y

formar otro grupo sin él. Con el guitarrista de su grupo actual.

—Eso era antes, teniente. Los acontecimientos se han precipitado desde que murió esa mujer, y Ruddy se está replanteando todo. El propio Kai ha compuesto un álbum demasiado complejo para su banda actual, y nos necesita a todos. Necesitamos mantener el nombre del grupo para que la repercusión de ese disco sea más profunda y para eso le necesitamos a él.

—De acuerdo, señor White, Louise —Karen comprendió que allí no tenía más que hacer—. No quiero molestarles más. Aquí les dejo mi tarjeta, por si recuerdan o tienen conocimiento de algo que pueda ayudarnos a resolver este caso. Yo también estoy deseando pasar página cuanto antes.

La playa de Brighton

Aquella era la segunda vez que había ido a Brighton desde que se machó Karen para esa comisión. La primera fue con el cabo Flynn, y fue más que nada para familiarizarse bien con el hotel. Los planos servían de mucho, pero no había nada mejor que verlo en persona. Ver lo que se tarda en llegar desde un pasillo a las escaleras, ver a dónde conduce un corredor que se ve en las cámaras y por el que transita mucha gente, y ver desde luego todos los puntos y las zonas que las cámaras no recogen y que podrían ser lugares por donde había transitado el asesino.

La segunda vez había preferido dejar a Flynn visionando todas aquellas imágenes, y escogió ir solo al Grand Hotel. Necesitaba hablar con la señora de la limpieza, y para aquello no hacía falta ir dos personas.

La mujer no le había dicho gran cosa, aunque por lo menos ahora sabía de dónde había sacado la tarjeta el intruso.

El día estaba fantástico y Roger se decidió a pasear por el paseo marítimo que se encontraba nada más salir del hotel. Necesitaba aclarar sus ideas y pensar los motivos y la estrategia que habría seguido el intruso para entrar en aquella habitación y matar a la modelo.

Lo primero que hizo fue preguntarse por qué los músicos y su comitiva se habrían quedado a pasar la noche en el hotel, cuando solo estaban a sesenta millas de su domicilio en Londres. Pero aquella pregunta era muy fácil de responder: habían llegado exhaustos del concierto y no les apetecería realizar un trayecto en coche de casi dos horas hacia sus respectivas casas, y más en el estado de embriaguez en el que se encontraban muchos. Quedarse en un hotel de la localidad era lo habitual cuando esa gente hacía un concierto, y tenían dinero de sobra como para costearse una noche, aunque fuera en el Grand Hotel.

En el fondo, Roger seguía teniendo la mentalidad de pequeño proletario pobre que sus padres le habían inculcado. Nadie con su nivel económico se quedaría en un hotel si el destino vacacional estaba a esa distancia, y de hecho eso era lo que hacían los innumerables turistas londinenses que pasaban el día en Brighton, muchos de los cuales los estaba viendo allí en ese momento. Allí estaban, sentados en las piedras de la playa, o bañándose en el mar. Un mar frío y una playa de guijarros, nada parecida a las inmejorables playas de la Costa del Sol o las de Mallorca, que él conocía tan bien.

Brighton era el equivalente inglés a la ciudad española de San Sebastián. El lugar donde la realeza, la aristocracia y la gente rica y famosa pasaba las vacaciones, el lugar donde se iban a la playa en verano durante el siglo XIX y principios del XX. El Grand Hotel mismamente, data su construcción del año 1864, al igual que los otros dos famosos hoteles de la zona, el Bedford y el Metropole. El Royal Pavilion, la residencia de la reina Victoria, se terminó de construir también en el siglo diecinueve, y recibe infinidad de turistas todos los años que no cesan de admirar la hermosa estética oriental llena de motivos hindúes.

No le costó nada llegar al famoso West Palace Pier, o muelle del palacio, que se encontraba prácticamente al salir del hotel. Un bombardeo alemán lo había destruido parcialmente en la Segunda Guerra Mundial, y un incendio había calcinado la sala de conciertos en 2003. Se preguntó si Thertonball hubiera hecho el concierto allí, en caso de que esa catástrofe no hubiera ocurrido, y se respondió rápidamente que no: no era posible por la escasa capacidad que tenía el recinto, y el East Park, con sus sesenta acres, era un lugar más que acertado para dar cabida a los miles de aficionados que allí se concentraron.

Volviendo a la comparación con España, un país que Roger conocía bien, hacer un concierto al aire libre en un lugar donde la lluvia era un factor más que probable hubiera sido impensable en el país al sur de los pirineos. Pero en Inglaterra ese fenómeno meteorológico era algo tan cotidiano, que, a no ser que fueran lluvias torrenciales, la gente no dejaba de estar en la calle por ese motivo. Y en mayo no había precisamente eso en el sur de Inglaterra. De hecho, el día del concierto hizo un sol radiante, y ese fue uno de los motivos por los que Brighton había estado tan lleno de gente, además de por ese evento.

Cuando llegó a la altura de la playa «Norfolk», fue cuando se detuvo. Ese lugar había sido nombrado así en referencia a otro histórico hotel del mismo nombre, también construido en el siglo XIX. Un establecimiento que ahora se llamaba Mercure Brighton Seafront, al haber sido adquirido recientemente por la cadena del mismo nombre.

Es curioso que un ególatra como Ruddy Norfolk no hubiera insistido en alojarse en ese hotel, que llevaba su apellido, por mucho que el Grand Hotel fuera mejor. ¿Sería porque ya no tenía su nombre y muchos de sus fans no se acordaban del antiguo?, se preguntó. Podía haberlo hecho, en cualquier caso, aunque el resto del grupo se alojara en otro sitio. A no ser que fuera porque quería exhibirse con su novia en las mismas narices de su compañero, o bien, algo más complicado,

que ella hubiera insistido en ir allí porque allí era donde se iba a hospedar su exmarido.

Un triángulo extraño el de esos tres, se dijo. Y no menos extraño que la «femme fatale» que era la otra mujer involucrada, Laura, se hubiera acostado con los tres músicos del grupo, y que ella estuviera en el hotel esa noche. Que Dasley hubiera estado con ella no estaba tan claro, aunque era más que probable, visto lo visto.

Volvió sobre sus pasos en dirección al coche, sin dejar de pensar en todo aquel embrollo. Al día siguiente llegaría Karen y le explicarían todo. Su jefa tenía mucha más experiencia en homicidios que él y probablemente se fijaría en algo que a ellos se les había pasado por alto.

Aquella mujer era *un lince*, y podría haber llegado a capitán o incluso más allá si se lo hubiera propuesto. Una pena que no fuera lo suficientemente ambiciosa, se dijo, como era él.

En fin, pensó, quizás con un poco de suerte este caso le podría convertir en teniente, pues no es lo mismo investigar la muerte de un mequetrefe cualquiera, que la de una persona famosa conocida en todo el mundo. Le constaba que los jefes estaban siguiendo el caso con verdadero interés, y era todo un halago que lo hubieran puesto en manos del capitán Hagen y no de algún otro más relacionado con las altas esferas de Scotland Yard. Algún otro que no por ser más conocido fuera a ser más profesional. Ya se conocía los ascensos de gente mucho más inútil que él, y quizás, por fin, se habían dado cuenta de quiénes eran los que de verdad sacaban las castañas del fuego en el departamento.

—Hola Roger, Flynn, perdonar que no os haya llamado en toda la semana. En Edimburgo hemos estado bastante liados.

Karen había estado más tiempo de lo previsto en aquella comisión de servicio, y no había podido contactar con sus subordinados en todo ese tiempo. Por fin llegaba a la oficina, y estaba ansiosa por saber cómo les había ido.

—Entiendo que no habéis visto nada relevante, pues de lo contrario ya lo sabría, ¿verdad?

—Entiendes bien, Karen. Ya nos conocemos el hotel casi mejor que los que trabajan allí. Y no solo por el tiempo que hemos estado viendo las grabaciones. También estuvimos por allí un par de veces.

—Bien, pues contadme.

—Pues verás —comentó Roger—. El intruso es un profesional, ya no nos cabe la menor duda. No salió de ningún pasillo, y ni siquiera entró por la puerta del hotel.

—¿Estáis seguros?

—Prácticamente —confirmó Flynn. Solo le hemos visto cuando entró y salió de la habitación de Norfolk.

—Creemos que pudo entrar por la puerta de atrás del hotel, por la misma que debió salir, cuando hizo el trabajo. Y allí no hay cámaras.

—¿Cómo es esa puerta?

—Es una puerta estándar, que se usa para el servicio. Tiene una cerradura de seguridad, pero no de alta seguridad. Desde allí se tiene acceso a la sala donde tienen la base la gente de la limpieza. Allí están las taquillas del personal y los productos que usan.

—Sí —siguió Roger—. Hablamos con el personal, concretamente con la mujer que limpió la habitación esa mañana. Creemos que la tarjeta se la robó a ella.

—¿Cómo?

—Pues parece ser que esa señora tenía dos tarjetas. En teoría solo deben tener una, pero al parecer perdió la suya hace relativamente poco. Entonces solicitó otra, y a los pocos días la encontró, pero no devolvió la segunda. Se la guardó para no quedar mal ante su jefa, y

por si la volvía a perder. Y el lunes detectó que la había vuelto a perder, y se dijo «¡qué bien hice en no devolverla!»

—¿Creéis que se la robó el intruso?

—Es casi seguro, Karen —respondió Roger—. Su taquilla no estaba forzada, pero si abrió una puerta de seguridad, no le costaría ni cinco segundos abrir la cerradura de una taquilla. Y precisamente ese día… No puede ser otra cosa.

—Ya veo. Pero, ¿no podría estar compinchada esa mujer con el intruso? Quiero decir, solo tenía una tarjeta, se la prestó al intruso, y luego este se la devolvió.

—No. Hemos confirmado que pidió la segunda cuando nos dijo.

—¿No sería para el intruso?

—Hace tiempo de eso, Karen. Todavía no estaba confirmada la fecha del concierto. Además, esa mujer es mayor. No me la imagino estando al servicio de un sicario…

—Eso no es relevante, Flynn. Pero bueno, supongo que no hay otra forma de saberlo. Entonces —dijo, volviéndose a Roger—, ¿solo le habéis visto en el momento de entrar y salir de la habitación?

—Hubo mucho trasiego en todo el día. Tuvimos varios candidatos a intruso, pero los fuimos descartando uno por uno. Llegamos a contar hasta siete personas con gorra y melena que entraron o salieron en algún momento del hotel. A las siete las hemos seguido, y sabemos quiénes son por las habitaciones que ocupan. Ninguno tiene antecedentes. También nos hemos fijado en los que llevan solo gorra sin melena aparente, y de esos hay unos cuantos más.

—¿Alguno interesante?

—Sí, uno. Pero no creo que nos conduzca a nada —apuntó Flynn—. Se trata de un tipo que estuvo casi todo el día sentado en uno de los sillones del hall de Recepción.

—¡Vaya! Igual que Laura…

—Sí, pero no estuvieron cerca. De hecho, no se hablaron en todo el tiempo. Ni siquiera estuvo alojado en el hotel.

—Creemos que se trata de un aficionado que se pasó el día allí para ver a sus ídolos.

—¿Y no fue al concierto?

—Ya, eso es lo raro. De todas maneras, en el hotel los pudo ver más de cerca.

—Se marchó unos segundos antes de que apareciera Carla para hablar con Laura. De hecho, pensamos que no llegó ni siquiera a verla.

—Es mucha casualidad, ¿no? Que se pasara todo el día allí, como Laura, y que se marchara justo en ese momento…

—Sí, por eso te lo queríamos comentar. Además, tampoco nos cuadra mucho que no fuera al concierto, y que solo viera a los músicos cuando llegaron. Si se hubiera quedado un poco más los hubiera visto regresar. Tampoco les hizo ninguna foto, ni les pidió ningún autógrafo.

—Quizás no pudiera esperar más porque su tren o su avión salía… O quizás incluso no fuera un aficionado.

—¿Qué estuvo haciendo durante tanto tiempo?

—Nada. Mirar simplemente. Consultar el móvil de vez en cuando, y mirar a todos lados. A la puerta de entrada, a los pasillos por los que se entra y sale de las habitaciones…

—¿Miraba a Laura?

—Miraba a todos lados, Karen.

—Dejadme que le vea yo también.

El cabo procedió a reproducir el vídeo, y cuando buscó y llegó al minuto en que aparecía dijo:

—Aquí está. Se levanta y se dirige a ese pequeño tablón de anuncios donde hay algunas indicaciones de los servicios que ofrece el hotel. Allí se detiene unos segundos para leer algo y a continuación sale a la calle y ya no vuelve a aparecer. Que fuera en el momento en que aparece Carla debió de ser casualidad. Ya os digo que no llegó a verla.

—Las casualidades no existen, Flynn —recriminó Karen—. No para nosotros. ¿Habéis seguido al tipo que está ahí a su lado?

—¿Cuál?

—Retrocede unos segundos… Ahí. Cuando está en el tablón, hay alguien a su lado. No se le ve muy bien… ¿le habéis podido ver mejor, en alguna otra secuencia?

—No. Le tapa la columna y no se le ve muy bien. Parece que lleva una cazadora clara. Se diría que está mirando algo, igual que el otro.

—Es el desconocido número 9 —apuntó Flynn—. Así le hemos llamado. No hemos podido rastrear a todo el mundo. A este… déjame mirar… sí. No sabemos quién es ni de dónde pudo salir. Probablemente sea uno de los clientes que bajó para mirar algo y después se marchó hacia la zona donde está el comedor. Si te fijas, cuando el otro se va, se dirige hacia la zona del bar y desaparece por el pasillo del fondo.

—Pero pasa cerca de Laura… y de Carla. Ya estaban allí las dos.

—No sabemos seguro si es él, Karen. Ni a Laura ni a Carla se las distingue bien. Son solo bultos con la resolución de esa cámara a esa distancia, y con la poca luz que hay. Y el desconocido nueve está todavía más lejos.

—Sí, pero ya son dos coincidencias. Que el de la gorra se levante justo antes de que Carla aparezca, y que vaya donde está un tipo que luego pasa cerca de ellas…

En ese momento Rogers comprendió por qué él era todavía sargento. Su jefa le acababa de dar una lección de sapiencia detectivesca, y entonces se dio cuenta del porqué ella era teniente y él no. En cualquier caso, se dijo en su disculpa, llevaba varios días visionando aquellas cámaras y ya estaba más que saturado. De todas formas, pronto se resarció:

—Vuelve a pasar otra vez el video, Flynn —le pidió al cabo—. En el momento en que el tipo de la gorra abandona el tablón y se dirige a la salida. Despacio, por favor… Ahí. Para.

—Ya está —suspiró, chascando los dedos, tras pensar unos segundos —. A este tío yo le conozco. Cuando estaba sentado en el hall, estaba lejos de la cámara, pero ahora… No me había dado cuenta antes, pero ahora que le he vuelto a ver… ya sé quién es. Me sonaba su cara, pero pensaba que le confundía con otro de todos los que hemos visto. Este tío fue uno de los que arrestamos en la redada del otro día. Estoy seguro.

—Pues si tú lo dices, habrá que creerlo, Roger —afirmó Karen, satisfecha—. Lo que no sé es qué está haciendo aquí el esbirro de unos narcotraficantes.

Roger sonrió y se olvidó del pensamiento de inferioridad que había tenido hacía unos segundos y se dispuso a desquitarse.

—Está haciendo seguimiento, Karen. No sé qué tendrá que ver Carla o los músicos con el negocio de las drogas, pero es eso. Ha estado sentado allí todo el tiempo esperando algo, y en cuanto ha llegado

Carla, se ha marchado a informar al desconocido nueve.

—Entonces el desconocido nueve… —comenzó a decir ella.

—Es el intruso. El de la gorra no pudo ser porque salió y no volvió a entrar. A no ser que entrara después por detrás, pero no lo creo. Por la forma de andar de uno y otro, ya os digo que no es el mismo hombre.

—Esperad, esperad —interrumpió Flynn—. Dices que se ha marchado en cuanto ha llegado Carla. No es así. Él no ha llegado a verla. Cuando se levantó, ella todavía no había aparecido, y no volvió a mirar más hacia esa zona. Punto número dos: el desconocido nueve está cerca de él en el tablón, sí, pero no se han mirado, ni parece que se hayan hablado. Punto número tres: el desconocido nueve no lleva melena, ni gorra, y su cazadora es clara. No puede ser el intruso.

—A ver, Flynn —replicó Karen—. Empiezo por el último punto si no te importa. La cazadora es clara, pero puede tener otra oscura por ahí, o bien ser reversible. La gorra la puede tener en el bolsillo, y la melena oculta con la chaqueta. Si te fijas, lleva las solapas levantadas, y no se le ve bien. De hecho, no se le ha visto la cara en ningún momento. Respecto al punto dos, es cierto que no se miraron, pero sí pudieron hablarse, aunque fuera brevemente, y sin necesidad de mirarse. Y respecto a que nunca vio a Carla, ahí te doy la razón, eso no se comprende, pero es mucha casualidad que el de la gorra se largue justo en el momento previo a eso, y justo en el momento en el que el desconocido nueve aparece por el tablón de anuncios. Un desconocido que luego pasa delante de las dos…

—Lo mejor de todo es que al de la gorra le tenemos a nuestra disposición —dijo Roger—. Si te parece, Karen, le cuento nuestras sospechas a los de la Brigada, y me informo hasta dónde le puedo presionar.

—Iré contigo. El asunto se nos está complicando. No me cuadra que los del cártel de Mocoa se dediquen ahora a ser sicarios de un músico cornudo o resentido, o de alguna modelo envidiosa.

La brigada de estupefacientes

—Lorenzo es solamente un ayudante; «un soldado», como se denominan entre ellos.

Roger y Karen habían ido a visitar al teniente de la Brigada de Estupefacientes, John Evans, a quién el primero conocía muy bien. Había sido su jefe en la redada de Croydon, y se estrecharon la mano y se abrazaron afectuosamente cuando se vieron.

—Lo que no entiendo es lo que tiene que ver con su caso, teniente Hodgson.

—Llámame Karen.

—Karen. Pues eso, estos se comportan como una mafia. Tienen sus intereses y no prestan servicios a nadie. Bastante tienen ya con lo suyo como para ser sicarios de otros.

—Pues el tío este es Lorenzo, no me cabe ninguna duda —dijo Roger.

—Sí, a mí también me lo parece —informó Evans, después de ver el vídeo del Grand Hotel— Pero no creo que le saquéis nada.

—A no ser que le demos algo a cambio —opinó Karen.

—¿Por colaborar con la policía, te refieres?

—Exactamente. ¿O le reserváis para otra cosa?

—A este no. Ya te digo que es un soldado. Al cabecilla que agarramos es a quien estamos machacando. Una pena que se nos escapara Fidel… Respecto a este, si le queremos sacar algo de lo vuestro, tendremos que jugar al póker con él, ya me entendéis. O mejor dicho, con su jefe. Este habrá recibido órdenes de Cosme, y no sabrá ni siquiera lo que habrá pasado.

—Pues sí. ¿Cuándo podemos comenzar la partida? —preguntó Karen.

—En cualquier momento. Pero si no te importa, jugaremos solo Roger y yo. A ti no te conoce, y eso es tanto como enseñarle las cartas. Pensará que venimos a por eso, y se replegará. Empezaremos con los envites habituales y enviaremos un señuelo, a ver si pica.

—Me parece bien. Yo entonces me marcho, que me requiere el capitán Hagen. Adiós, Evans, Roger, ya me contarás qué tal se os da.

La mujer salió del despacho y los dos hombres se quedaron

discutiendo la estrategia a seguir. Al cabo de un rato bajaron al sótano, donde tenían encarcelados a los miembros de la banda. Tras ordenar que trasladaran al cabecilla a una sala de interrogatorios, se presentaron allí los dos.

Cosme

—Pronto daremos con la célula de Reading, Cosme. Deberías contarnos quién os pasó ese alijo.

El preso permanecía callado, sentado en su silla, con las manos esposadas por detrás, mientras los dos policías se sentaban a ambos lados de la mesa. Al otro lado estaba su abogado, que de momento había participado poco.

—¿Es que no piensas decir nada? —siguió Evans.

—¿Qué quieren que les diga? Yo no tengo nada que ver con ese alijo.

—¿Ah no? No me irás ahora a decir que la droga apareció allí por arte de magia, ¿verdad?

—Esa casa no solo la usábamos nosotros. Pudo haberla puesto allí cualquiera.

—Claro, fueron unos excursionistas que se la dejaron allí olvidada.

—O que eran camellos de poca monta —dijo Roger—. Para consumo propio, ¿verdad Cosme?

—No les puedo decir más. Yo no tengo nada que ver.

—¿Quizás fue uno de los tuyos quien te traicionó?

Al oír eso, el hombre miró hacia el sargento con ojos que daban miedo, y volvió la vista hacia la mesa.

—No, sargento —ironizó Evans— ¡Cómo va a ser eso! Estos chicos son muy disciplinados… no se traicionan entre ellos. Son muy fieles… Vamos, como Fidel. Fidelísimos. ¿Verdad, Cosme?

El detenido volvió a mirar y no dijo nada. El teniente siguió:

—Tenéis un traidor entre vosotros —lanzó el envite, pero el detenido no se inmutó.

—Está amedrentando a mi defendido —rugió el abogado. Un tipo engominado que se sentaba a su lado y que de momento no había abierto la boca, hasta que mencionaron eso.

—Solo estoy constatando los hechos, letrado. Lo del traidor es cosa cierta.

—¿De qué hechos está hablando?

—Sabemos lo de la modelo —Roger lanzó el cebo, mirando hacia Cosme e ignorando al abogado. Entonces contuvo la respiración… y el colombiano sí que se inmutó. Miró al sargento y pareció hacer un gesto negativo con la cabeza. El envite no había caído en saco roto. Evans siguió:

—Estamos hablando de un asesinato, Cosme. Se te puede caer el pelo si no colaboras. Tenemos pruebas que os involucran. Entre eso y lo del alijo…

—¿De qué pruebas está hablando, teniente? —el abogado no contaba con que iban a sacar ese tema—. Me niego a seguir con este interrogatorio si no me dicen exactamente de qué se le acusa.

—Yo no tuve nada que ver con eso —contestó, sin mirar al letrado.

—Ya. No me irás a decir que Lorenzo actuó por su cuenta, ¿verdad? O es que se saltaron la cadena de mando y las órdenes no pasaron por ti. ¿Eh? ¡Contesta!

—No tienes que decir nada de eso, Cosme. No hay una acusación formulada. Mi defendido… —comenzó a decir, pero él le hizo una señal con la mano para que se callara, y este obedeció en el acto.

—Eso no tiene nada que ver con lo del alijo. Nosotros no participamos en eso. Lorenzo solo fue allí a hacer un seguimiento.

—¿Quién lo mandó, Cosme? Estáis siendo cómplices de un asesinato, y esto es un tema serio. Sabemos lo del seguimiento, y solo queremos que nos digas de dónde os llegó. Dinos quién lo ordenó o si no…

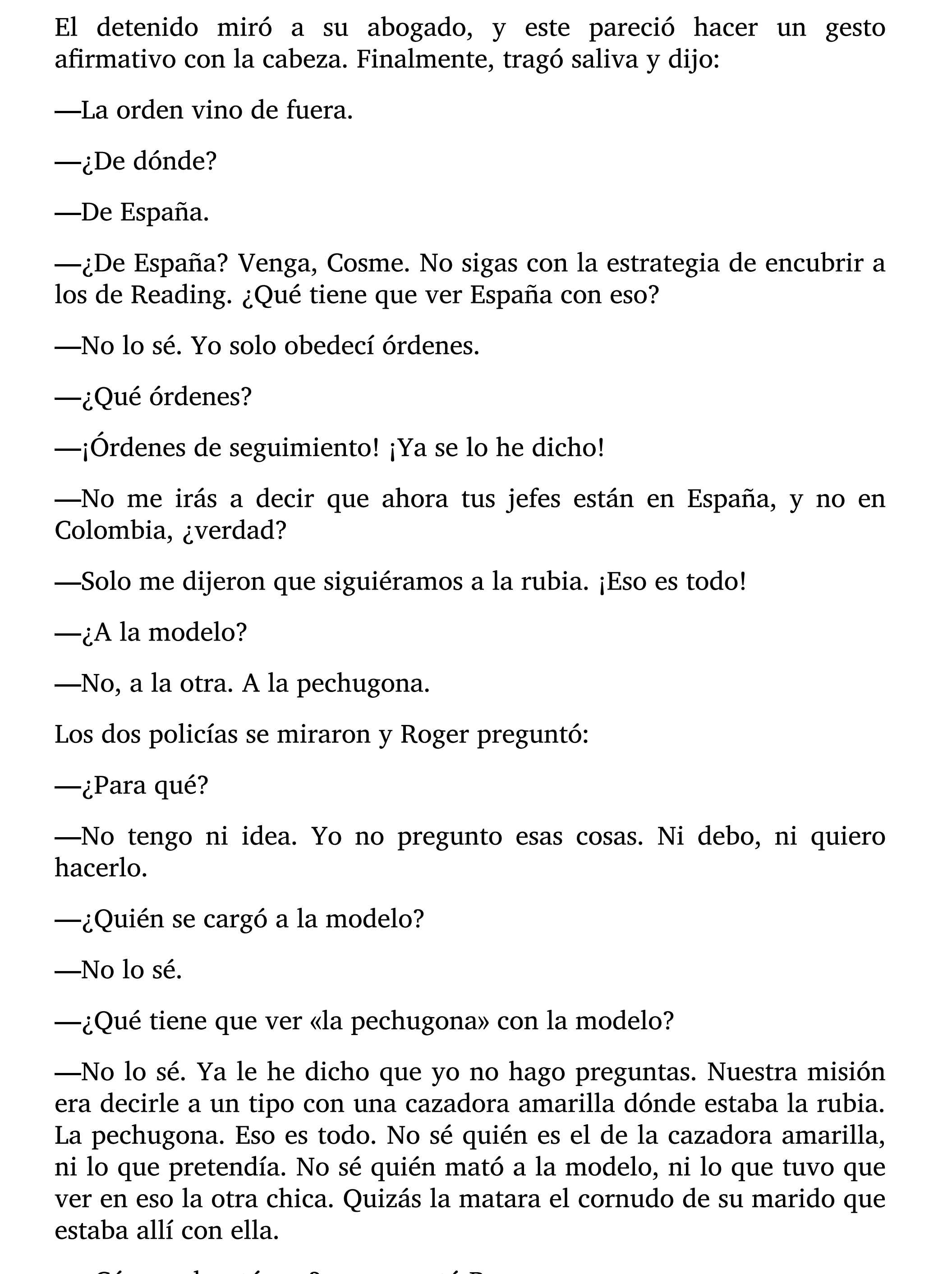
—Si no estaréis acusados —sentenció Evans—. Tenemos pruebas de que Lorenzo estuvo allí, y sabemos que él no se mueve si tú no lo ordenas. Tú verás. O nos dices quién fue, o cargáis con el muerto, o mejor dicho con la muerta.

—Teniente, esto ya está yendo demasiado lejos…

—Si no le gusta, letrado, presente un escrito de recusación. Y ahora, dime, Cosme, ¿quién os lo mandó?

—Le estoy diciendo que no tuvimos nada que ver. Solo hicimos un seguimiento. No tienen pruebas de que lo hicimos nosotros.

—¡Sois cómplices, idiota! ¡Es que no lo entiendes! Solo ese dato os puede hacer rebajar la condena. Porque unido a lo del alijo, serán más de diez años, y eso significa una cárcel de seguridad, sin privilegios, sin visitas…



El detenido miró a su abogado, y este pareció hacer un gesto afirmativo con la cabeza. Finalmente, tragó saliva y dijo:

—La orden vino de fuera.

—¿De dónde?

—De España.

—¿De España? Venga, Cosme. No sigas con la estrategia de encubrir a los de Reading. ¿Qué tiene que ver España con eso?

—No lo sé. Yo solo obedecí órdenes.

—¿Qué órdenes?

—¡Órdenes de seguimiento! ¡Ya se lo he dicho!

—No me irás a decir que ahora tus jefes están en España, y no en Colombia, ¿verdad?

—Solo me dijeron que siguiéramos a la rubia. ¡Eso es todo!

—¿A la modelo?

—No, a la otra. A la pechugona.

Los dos policías se miraron y Roger preguntó:

—¿Para qué?

—No tengo ni idea. Yo no pregunto esas cosas. Ni debo, ni quiero hacerlo.

—¿Quién se cargó a la modelo?

—No lo sé.

—¿Qué tiene que ver «la pechugona» con la modelo?

—No lo sé. Ya le he dicho que yo no hago preguntas. Nuestra misión era decirle a un tipo con una cazadora amarilla dónde estaba la rubia. La pechugona. Eso es todo. No sé quién es el de la cazadora amarilla, ni lo que pretendía. No sé quién mató a la modelo, ni lo que tuvo que ver en eso la otra chica. Quizás la matara el cornudo de su marido que estaba allí con ella.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Roger.

—Por la prensa, amigo. Ellos son los que hacen las conjeturas.

—Está bien, Cosme. Dime quién os dijo esto. Según me cuentas era

una misión de seguimiento, ¿no? Si no tuvisteis nada que ver, no pasaría nada porque me dieras ese nombre, ¿verdad? Ni tampoco les pasaría nada a ellos. ¿No te parece? Si alguien ordena seguir a alguien a quien nadie le ha hecho nada, no corre ningún peligro, ¿no? Es como si fuera un detective privado. Todo el mundo lo hace. Alguien os dice que sigáis a alguien, y vosotros lo hacéis. ¿Quién fue?

El detenido no se inmutó, y Evans siguió:

—¿O es que os habéis cargado también a la pechugona para que no hable, para que no os delate, y no nos lo quieres decir? ¿Es por eso, Cosme?

—¡Teniente! —volvió a la carga el abogado—. Está usted insinuando hechos de los que no tiene pruebas.

—¿Qué hechos, letrado? ¿Me está confirmando que a la otra rubia también se la han cargado? —el hombre comenzó a balbucear algunas palabras ininteligibles, y finalmente se calló. ¿Es eso, Cosme? —siguió, dirigiéndose hacia el detenido—. Porque si es así, estarías encubriendo un delito grave, y ya serían dos los muertos. O mejor dicho, las muertas. Los cadáveres siempre aparecen, ya lo sabes, y es mejor decirlo ahora que no ocultarlo.

—Yo no sé nada de esa chica. Solo estábamos siguiéndola, ya se lo he dicho.

—¡Pues dinos quién os lo encargó, joder! —siguió Roger—, si no quieres que te acusemos de dos asesinatos.

El colombiano siguió con aquella pose hierática y no dijo nada, mientras el abogado volvía a protestar. Solamente miró fijamente al sargento, y luego volvió la cabeza.

—Vamos a ver, Cosme —continuó Evans, más apaciguador—. Tú solo tienes que decirnos quién os pidió hacer ese seguimiento. Por ahora no tienes por qué decir nada más.

—Yo no soy ningún traidor —concluyó—. Y no pienso responder a más preguntas.

—Pero…

—¿Es que no lo ha oído teniente? —intervino el letrado—. Mi defendido no piensa responder a más preguntas. Ya les ha dicho lo que querían saber. El interrogatorio ha terminado.

Una conjetura

—¿No creerás que es por un tema de drogas, verdad, Roger? Quiero decir, Dasley consumía cocaína… ¿Crees que tenía relación con los de Mocoa?

—Lo dudo mucho. Ya nos dijo que se la pasaba un camello de poca monta. Uno que ya conocen en la Brigada. Ese recibe de las mafias locales, y suministra a otra gente adinerada. No puede tener relación, Karen.

—Pues entonces no lo entiendo, sinceramente.

—Lo que está claro es que la clave es Laura. Siempre lo hemos sospechado, pero ahora lo sabemos con certeza. Está involucrada *hasta las trancas*. Evans intentó engañar a Cosme con un posible asesinato de la chica, pero no picó. En realidad, sabemos que no la tocaron, porque salió en un avión para Francia esa misma noche.

—¿A Francia? ¿No volvió a España?

—No. Quizás lo hizo para despistarles. Si es verdad que estaba en el ajo, probablemente no les quiso indicar su paradero, por si luego se volvían contra ella, por si les delataba. Pueden asegurar la fidelidad de los colombianos, pero quizás de ella no se fiaban y esta lo sabía.

—Joder, con la niña…

—Parece como si Lorenzo estuviera esperando al desconocido nueve para indicarle quién era el siguiente enlace en la cadena, y este era Laura. Después ella y el intruso se vieron en la calle, y le dijo algo que Carla le contó. Y luego este volvió a entrar en el hotel y se la cargó.

—¿Qué información sería esa?

—Quizás el número de la habitación. En la conversación que mantuvieron las dos se lo podría haber dicho.

—¿Con qué objeto? ¿Cómo se lo sacó?

—Quizás no se creyó que Norfolk le había sido infiel, y le pidió que subiera para confrontar ese hecho. Recuerda que ella todavía no había visto el vídeo.

—¿Como un careo, o algo así?

—Sí, algo así.

—Pero, ¿no hubiera sido más fácil que el intruso siguiera a Carla y así descubrir en qué habitación estaba?

—Te recuerdo que no le hemos visto merodear por los pasillos.

—Ya, pero quizás solo se quedó por las escaleras. Allí no hay cámaras, ya lo sabes. Se ocultó en esa zona y desde allí pudo divisar en qué habitación se mete alguien a quien sigue.

—Sí, puede ser, no te lo niego. Pero si Laura ya tenía esa información, ¿por qué no dársela? Se la podría dar después, aunque fuera por teléfono, sin necesidad de que este saliera del hotel.

—Vale, y, ¿cómo enlazas eso con lo que os ha dicho Cosme? Con que la estaban siguiendo.

—Pues porque Laura se lo encargó a alguien en España, y estos enlazaron con sus filiales de aquí, que fueron quienes remataron el trabajo. Quedaron con ella en el hotel, y esperaron a que esta les indicara el objetivo, que era Carla. Laura estaba resentida porque no le había dado lo convenido por haber facilitado lo del divorcio.

—O por lo de Norfolk, si es que se lo encargó también a ella para sacarle una buena pensión por el niño.

—Sí, incluso aunque esto no fuera un encargo. Quizás ella no tenía intención de separarse del guitarrista, pero como Laura estaba resentida, hace una doble venganza. Primero le muestra el video, y así la humilla. Y después la mata mediante el sicario.

—Además —continuó—, pensándolo bien, el objetivo realmente podrían ser los dos. Recuerda que Norfolk no le pagó los bitcoins que le pidió. Tenía motivos para matar a los dos, y ese era el encargo que tenía el intruso. No podía esperar a que llegara el guitarrista, porque este podría reconocerla, y mostrando a Carla ya tenían a los dos.

—Me cuesta creerlo, Roger. Que una adolescente de dieciocho años contrate a unos mafiosos para cargarse a dos personas famosas…

—Quizás no les dijo quiénes eran. Si les hubiera dicho que había que matar a Carla Watts, quizás estos no lo hubieran hecho o hubieran pedido más dinero. Ella solo les indicó que era una víctima anónima, que ella les muestra cuando aparece, y con un poco de suerte el ejecutor ni la conoce, o solo le suena y no se pregunta nada más y termina el trabajo. Y el sicario también mata a Norfolk al estar con ella en la misma habitación y en la misma cama. De hecho, también hay un disparo que iba dirigido a él. ¿No te parece lógico?

—No mucho, Roger, sinceramente. Como te he dicho, me cuesta creer

que Laura estuviera compinchada con esa gente. Yo creo que simplemente fue allí para darle el vídeo a Carla, por despecho por no haberle cobrado a Norfolk el dinero que le pedía.

—Era solo una conjetura, Karen. Puede que me haya dejado llevar demasiado por la imaginación.

—No, si está bien. Nuestra obligación es prever todos los escenarios, por muy rocambolescos que sean.

—Es que, si no fuera así, no entiendo cuál era la razón de seguirla.

—Puede ser alguna víctima anterior de Laura. Alguien a quien desplumó igual que hizo con Dasley y ahora se está vengando. Esa persona fue quien contrató a los del cártel. Ella detectó que la seguían y por eso no volvió a España y tomó un vuelo hacia Francia.

—Pero entonces, ¿el asesinato de Carla fue solo una coincidencia? ¿Tenemos que seguir pensando en los tres músicos como sospechosos, y creer que el intruso no tiene nada que ver con los del cártel?

—No lo sé, Roger. Quizás no. Quizás se equivocaron de rubia y mataron a la que no era. Tenemos que averiguar por qué la seguían.

—Pues eso no creo que lo sepa Cosme. Me dijo Evans que no suelen encargarle un trabajo completo a nadie. Siempre lo encargan por partes. Alguien hace un seguimiento, y luego otra persona asesina. Puede ser incluso que el seguimiento comenzara en España, y luego continuara aquí. Los eslabones de la cadena se limitan a hacer su parte y no saben ni preguntan por qué, ni quién viene antes o después.

—Lo hacen para mitigar riesgos…

—Sí, claro, para que, si cae una parte, esa parte no pueda decir mucho.

—Pues se han salido con la suya. Hemos atrapado a un eslabón, pero no sabemos ni dónde empieza ni dónde termina la cadena.

—Bueno, vamos a ir cerrando lo que sepamos —siguió Karen—, pues si no, nos vamos a volver todos locos. ¿Han llegado ya los informes de los bancos?

—Sí. Malas noticias. No hay desembolsos importantes en ninguna cuenta de las que tiene Dasley, Norfolk o Carla.

—¿Tienen cuentas fuera de Inglaterra? ¿En algún paraíso fiscal o algo así?

—Norfolk y Carla no. Dasley… es diferente. Él es dueño de muchas

corporaciones que cotizan en Wall Street y en el Nasdaq. Tiene muchas participaciones en compañías de toda índole que…

—Ya entiendo. Quizás haya que hablar con el asesor.

—Sí, claro, pero hay es como buscar una aguja en un pajar. Mueve mucho dinero, y si buscamos el pago a un sicario o unas deudas con la mafia… No creo que sea cuestión de la policía, sinceramente, más bien de Hacienda, o de la Brigada de Delitos Monetarios. Bucear en la contabilidad de corporaciones que mueven millones en transacciones con clientes o proveedores… Va a ser difícil. Además, sus cuentas estarán auditadas por Hacienda.

—Les podríamos pasar aviso para que busquen algo.

—Sin un indicio sólido no creo que sirva de nada. Ellos ya tienen su propio plan de actuaciones y es raro que alguien como Dasley no esté bajo su radar.

—Eso es cierto. Bueno, sigamos. ¿Qué hay de los teléfonos?

—Hemos comprobado todas las llamadas de los tres ese domingo, y durante toda la semana. Ninguna es sospechosa, y ninguna fuera del país. Norfolk llamó a alguien en Sudáfrica, pero hemos llamado a su vez y es una tienda de tabaco.

—¿Una tienda de tabaco? ¿No será una tapadera?

—No. Realmente exportan a todo el mundo. Es una franquicia conocida. Vamos, que no puede tener relación con lo que tenemos entre manos.

—Entiendo

—También hemos pedido los registros de Kai Costa. A pesar de no vivir aquí, su operadora es local, y nos los ha facilitado. Tampoco ha llamado a nadie sospechoso. Básicamente, se comunica con su grupo en Chicago, y con su novia de aquí. Esta le llama todos los días, incluso varias veces.

—La famosa Rose… para que luego diga que no es su novia…

—Una canita al aire con Laura no le hizo perderla, como le pasó a Norfolk. Ni tampoco perdió su dinero, por lo que parece. Tampoco hay movimientos extraños en sus cuentas. Al menos las que tiene en el Reino Unido.

—Ya veo —interpeló Karen, rascándose la cabeza—. Me parece que por ahí no vamos a poder sacar mucho más, como no aparezca algo

que no esperamos. Aquí nos faltan datos por conocer, y todos apuntan a Laura. Necesitamos saber más sobre esa chica. Sus cuentas corrientes, su dirección, su historial…

—Para eso necesitamos la colaboración de la policía española, Karen. No podemos hacer ya nada desde aquí.

—Lo sé. Tú sabes español, ¿verdad, Roger?

—Sí, más o menos. Pasé muchos veranos en Mallorca, y cuando yo era pequeño mis padres tenían un apartamento en la Costa del Sol. Estás sugiriendo que…

Una misión en el extranjero

—Es usted la persona más apropiada, Penny. Está involucrado en los dos casos y además sabe español. La teniente Hodgson será su contacto para lo que necesite aquí, referente al caso de Carla Watts, y John Evans en lo que respecta al cartel de Mocoa. Tiene que entrar en contacto con las autoridades locales para comprobar si es verdad que la orden de seguir a esa chica vino de allí.

El capitán Hagen estaba enviando a Roger a seguir el caso en España. Le había llamado para decírselo, y para darle las instrucciones pertinentes.

—No podrá llevar uniforme, obviamente, ni armas. Estará a las órdenes del capitán Ramos de la Guardia Civil española, quien ya conoce los detalles del caso. Solo podrá intervenir con arma si yo se lo ordeno expresamente, y yo solo lo podré hacer si me autoriza ese capitán.

Roger ya se lo temía y puso cara de circunstancia. No le apetecía demasiado salir de su zona de confort, y menos enfrentarse a los del cártel desarmado.

—Vamos, Penny, no creo que sean más de unos cuantos días —le consoló—. Lo que se tarde en hacer las averiguaciones pertinentes.

—No me importa ir a España, capitán. Es solo que estoy un poco abrumado por el caso. Se está complicando mucho, y como parece, tiene muchas ramificaciones. Y lo de no llevar armas…

—Por eso no se preocupe. Si tiene que intervenir en algún dispositivo, cuente con la autorización. Además, esto va a ser muy bueno para su carrera, sargento. Si todo se resuelve favorablemente, tenga por seguro ese ascenso que tanto anhela.

TERCERA PARTE

Secreto profesional

Cuando al abrir la puerta aquella mujer se identificó como inspectora de la Guardia Civil, le dio un vuelco el corazón. Pensaba que ya venían a arrestarlo porque aquella mocosa había dicho cualquier cosa sobre él.

A pesar de ser abogado, no solía recibir a policías en su despacho. Los casos que él acostumbraba a llevar se referían al derecho mercantil, es decir, a la asesoría de empresas, y no al derecho penal, donde esas escenas eran más frecuentes.

Tras identificarse, la invitó a sentarse y se tranquilizó algo al ver que venía sola y todavía no le había esposado.

—¿Conoce usted a Laura Milar, señor Márquez? —preguntó la mujer.

—Sí, claro.

—Vive con usted, ¿no es cierto?

—Ya no está conmigo, inspectora. Laura me abandonó hace algunos meses.

—¿Y se marchó? ¿Así, por las buenas?

—Por las buenas, no, señora, que me sacó un buen dinero.

—¿Le robó?

—No exactamente, pero bueno, sí, más o menos.

—Y, ¿por qué no la denunció?

—¿Denunciar a Laura? ¡Ja! —exclamó—. Bastante conseguí con que no me denunciara ella a mí.

—No entiendo…

—Las leyes de este país… —comenzó a decir—. Son muy favorables a las mujeres en determinados casos, inspectora. Yo comprendo que hay por ahí depravados que hacen verdaderas barbaridades con algunas, desde luego, y que merecen su castigo, pero de ahí a casi desaparecer la presunción de inocencia… estamos en manos de cualquier persona que se quiera aprovechar de nosotros por la simple razón de…

—Pero vamos, a ver, señor Márquez. ¿Acaso le hizo usted algo?

—¿Hacerle yo a Laura? ¡Desde luego que no! Solo éramos… novios, se podría decir. Yo me cercioré de que tenía dieciocho años, desde luego,

pues si no, ni me hubiera acercado. Pero eso es indiferente cuando uno trata de una persona como ella, se lo aseguro. La gente como esa chica sabe muy bien cómo construir un caso de… de lo que se invente, vamos, si se lo propone. Se lo puedo asegurar. Yo tengo una reputación como abogado, tengo clientes que son familias muy conservadoras, y me la pudo jugar bien, si ella hubiera querido hacerlo.

—Si hubieran sabido que usted salía con una chica tan joven… ¿se refiere a eso?

—No tanto a eso, como a suponer que yo le hice cualquier cosa que ella se hubiera inventado. No sé si me entiende…

—Creo que sí —dijo la mujer—. Bueno, el caso, ¿sabe usted dónde puede estar ahora?

—No tengo ni idea.

—¿No le dijo a usted nada?

—No me dijo nada, ni yo quise preguntarlo. Pero… ¿cuál es el problema? ¿Acaso se ha cobrado una nueva víctima?

—¿Una nueva víctima? ¿A qué víctimas se refiere, señor Márquez? ¿Cuáles son las anteriores?

Luis pensó que se tenía que haber mordido la lengua. Estaba hablando demasiado y se dio cuenta en ese momento. Se avergonzó de sí mismo al haber sido tan locuaz con aquella mujer, y a partir de ahí se contuvo. Los nervios le habían jugado una mala pasada.

—Yo no puedo contarle ciertas cosas que afectan al secreto profesional, señora. Pero sin revelarle nada, es posible que… haya pedido dinero… a alguien, a cambio de… favores sexuales —dijo finalmente.

—¿Se refiere a que es una prostituta?

—Sí, podría llamarse así, aunque uno no se da cuenta de ello hasta que ya es demasiado tarde.

—¿Podría decirme con más detalle lo que hizo con usted?

—No puedo.

—¿Por el secreto profesional?

—Entre otras cosas. De todas formas, creo que ya le he dicho bastante, ¿no le parece?

—De acuerdo, señor Márquez —dijo la mujer, levantándose y yendo hacia la puerta. Antes de irse, volvió a mirarle y le dijo: —si tiene noticias de ella, por favor, háganoslo saber.

—Descuide, inspectora. Espero no tenerlas nunca.

Se la ha tragado la tierra

La alférez Carmen Gómez había recibido la noticia con indiferencia. Estando destinada en las oficinas de la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid, sus aspiraciones eran llegar alto en el cuerpo, y no servir de agente callejera, averiguando asuntos que bien podrían hacer sus compañeros de menor graduación.

Pero cuando el capitán Ramos le informó más detalladamente el trasfondo del asunto, cambió de opinión. Aquello no era un simple caso de abuso de menores cómo en un principio se lo había presentado.

Ella había entrado a la Guardia Civil a través de la escala de oficiales, es decir, era militar de carrera. Estaba destinada a ser teniente, y eso es lo que tendría que haber sido desde hacía tiempo. Pero a sus treinta años, seguía anclada en ese puesto transitorio que es alférez, pues una inconveniencia burocrática le impidió completar unos estudios que sus compañeros de promoción ya habían terminado.

Para solucionarlo, se tenía que presentar otra vez a los exámenes, pero no estaba dispuesta a ello. A su entender, ese asunto se tenía que resolver de una manera «administrativa», sin necesidad de que ella tuviera que realizar y aprobar algo que ya hizo en su día.

Así las cosas, mientras su recurso se resolvía en las altas instancias de la Dirección General, ocupaba un destino en las oficinas de Madrid, donde le asignaban las tareas que nadie quería hacer.

Porque en la ciudad de Madrid, precisamente, ya existía la Policía Nacional, que era quien se ocupaba de los asuntos de seguridad que estaban encomendados a la Guardia Civil en núcleos más pequeños.

Pero aquel asunto era «transversal», le había dicho su jefe, y por eso se hizo cargo *la benemérita*. Además, a diferencia de la mayoría de sus compañeros de promoción y de promociones anteriores, Carmen sabía hablar y escribir perfectamente inglés, y ese conocimiento era necesario para esclarecer el asesinato de Carla Watts y sus ramificaciones.

Cuando le dijeron que un agente de Scotland Yard sería su compañero en las investigaciones que se iban a realizar en España, ella se imaginó a un inglés alto, distinguido, apuesto, una especie de «James Bond». O bien un señor con pipa y anchos bigotes al estilo de Sherlock Holmes. Por eso, cuando le presentaron a aquel chico pelirrojo, con pecas y ojos pequeños, se llevó en cierto modo una decepción. De poco sirvió

que Roger le dijera «soy irlandés». El chasco se lo había llevado de todas maneras.

Aquella mañana estaban los dos nuevos compañeros reunidos en el despacho del capitán Ramos, y estaban informando al sargento de lo que habían averiguado ya sobre Laura Milar.

—Laura tiene un par de cuentas corrientes abiertas en España. Una en una sucursal de Las Rozas, que es una ciudad al norte de Madrid, y otra que está en otra sucursal en Alpedrete, una pequeña localidad de la sierra. La primera apenas llegó a tener movimientos, y sigue inactiva. La segunda se abrió cuando ella tenía dieciséis años, y tuvo algo más de actividad.

—¿Podríamos saber de dónde venían los ingresos? —preguntó Roger.

—Todos los ingresos son en efectivo. Siempre menores de mil euros, que es la cantidad por la que los bancos están obligados a informar a las autoridades. Y por la periodicidad de los mismos, tampoco parece que haya habido un fraccionamiento artificial.

—Entonces, no son grandes cantidades…

—No lo son sargento. Y ese dinero se ha gastado en pagos realizados con una tarjeta de crédito cuyos movimientos también conocemos. Casi todos son para vuelos o estancias en hoteles, para compras de ropa, joyas, o artículos femeninos. La cuenta tiene algo de saldo, pero no mucho. De hecho, dejó de usarla hace meses, un poco antes de cumplir dieciocho años. Hemos comprobado también las cuentas corrientes de los padres, por si hubiera algo sospechoso, pero nada.

—¿Y la tarjeta?

—La tarjeta también la dejó de utilizar.

—¿No tiene más cuentas?

—En España, desde luego, no —constató el capitán.

—Pero creemos que las tiene en Suiza —apostilló Carmen.

—¿En Suiza?

—Sí. Su nombre apareció en una relación que la UBS se comprometió a remitir a la Unión Europea en virtud de un tratado de cooperación que se firmó en su día. Si ha recibido dinero de alguien o pagado algo desde esas cuentas, no tenemos forma de averiguarlo.

—¿No podemos invocar ese tratado?

—No, sargento. Bastante se consiguió con que informaran de los titulares. La única forma de obtener esos datos sería aportar pruebas fehacientes de comisión de delitos. Lo que tenemos ahora mismo no son más que sospechas.

—¿Qué significa «fehacientes»?

—Pruebas reales —aclaró Carmen.

—Tampoco tiene ninguna línea telefónica registrada a su nombre, aunque sospechamos que tuvo una a nombre de su madre, que dejó de usar cuando desapareció de su casa.

—¿Cuándo fue eso?

—Una semana antes de cumplir los dieciocho años —siguió la alférez —. Esa fecha fue un hito en su vida. A partir de ahí cambia su residencia y se empadrona en el domicilio de Luis Márquez, el abogado al que visité el otro día. Pero como les he dicho, ese hombre también le ha perdido la pista.

—Necesitó sus servicios para la denuncia a Richard Dasley —corroboró el capitán—. En cuanto cobró la indemnización, le abandonó y desapareció.

—Quisiera conocer el historial de denuncias. Usted me dijo que tiene algunas, ¿no es así?

—Sí, desde los dieciséis años comenzó a denunciar de forma sistemática a todo tipo de hombres. Denuncias por abuso sexual. Siempre a hombres de cierto poder adquisitivo.

—¿Qué significa poder adquisitivo?

—Ricos —apuntó Carmen. El irlandés balbuceaba el español con alguna dificultad, aunque lo pronunciaba y entendía correctamente.

—¡Ah! Perdón —se disculpó.

—La mayoría de las denuncias fueron retiradas al poco tiempo de interponerlas, excepto una. Esa sigue vigente, y a la espera de juicio.

—¿Quién es?

—El padre. Luis Milar. Una denuncia que secundó la madre, unos días después.

En ese momento llamaron al capitán por teléfono, y este le hizo una seña a los otros dos para que salieran de su oficina. Se levantaron y se marcharon al despacho de Carmen, a la espera de que el capitán les

llamara de vuelta.

—Cuéntale tú, Carmen, lo de las denuncias, mientras atiendo al coronel —le dijo tapando el auricular.

Los dos obedecieron y se marcharon a un lugar no muy lejos de allí.

—¿Este es tu despacho? —preguntó Roger al entrar.

—Sí aquí vivo. No es como el del capitán, como puedes observar. Es pequeño, solo tiene dos sillas además de la mía, y un pequeño armarito.

—En Scotland Yard los oficiales tienen despachos más grandes —observó.

—En Madrid no somos tan ricos como en Inglaterra. Y la Guardia Civil es el cuerpo de policía con menos recursos de todos, a pesar de que somos quienes más trabajamos en todos los sentidos.

—Sois un cuerpo militar, ¿no es así?

—Sí, así es. Nos guiamos por la jerarquía militar y todos nuestros grados son los mismos.

—Bueno, cuéntame lo de las denuncias, Carmen.

—Sí, no vaya a ser que termine el capitán y se piense que hemos estado haciendo manitas en mi despacho.

—¿Haciendo manitas?

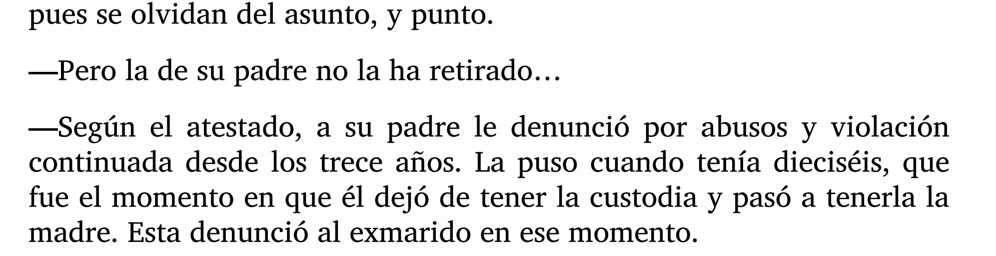
—Olvídalo —repuso, con una sonrisa—. Bueno, lo de las denuncias. Como dijo Ramos, todas las denuncias son a hombres mayores que ella. Todos a gente rica, podríamos decir, y también a famosos y gente de la farándula… del mundo del espectáculo, para que me entiendas. Futbolistas, y deportistas famosos. Gente de poco seso y mucha pasta. No sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente. No esperaba menos de Laura.

—Pues eso. Se ve que les extorsionaba con la amenaza de la denuncia, y cuando se resistían la ponía de verdad. Luego pagaban y entonces la retiraba. Menuda lista.

—Y, ¿no la denunció nadie a ella?

—No serviría de nada. Mientras era menor de edad, cualquier juez le daría la razón a Laura. Podrían acusarla de extorsión, sí, pero a él se arriesgaría a que le acusaran de abuso a una menor, y eso es mucho peor. Es mejor pagar, si pueden hacerlo y si ella retira la denuncia,



pues se olvidan del asunto, y punto.

—Pero la de su padre no la ha retirado…

—Según el atestado, a su padre le denunció por abusos y violación continuada desde los trece años. La puso cuando tenía dieciséis, que fue el momento en que él dejó de tener la custodia y pasó a tenerla la madre. Esta denunció al exmarido en ese momento.

—¿No le denunció antes?

—Se ve que ella no era consciente de que se producían esos abusos. Si es que se producían, que yo ya lo dudo.

—¿Por qué?

—Mira, Roger, tú ya conoces a Laura casi mejor que nosotros. Sabiendo cómo es esa mujer, ¿tú te crees que iba a aguantar tres años de abusos contra su voluntad, y no se hubiera ido antes con la madre? Y sobre todo, ¿por qué no lo denunció antes?

—Bueno, era una niña…

—Sí, una niña… Pues sí que se espabiló rápido.

—Desde luego.

—Pues esa denuncia sigue a la espera de juicio.

—¿Dos años, sin salir el juicio?

—En España la justicia es lenta. Eso sí, al padre le pusieron una orden de alejamiento, que sigue en vigor, y creemos que se ha respetado.

—¿Y la custodia, entonces?

—Sus padres se divorciaron cuando ella tenía doce años. La custodia era compartida hasta que cumplió los catorce. Con esa edad ella ya pudo elegir con cuál de los dos quedarse, y optó por quedarse con el padre en exclusiva.

—Un poco raro si él la abusó…

—Exactamente. Pero luego, a los dieciséis, se marchó a vivir con la madre, y fue cuando denunció al padre. Y luego vino la desaparición.

En ese momento salió el capitán de su despacho y les dijo:

—Muchachos, ya podéis volver.

Los dos entraron de nuevo y Carmen dijo:

—Le estaba comenzando a contar lo de la desaparición.

—Ah, sí, eso fue una denuncia que hizo la madre una semana antes de que Laura cumpliera los dieciocho. Al parecer habían tenido una fuerte discusión y la chica se marchó de casa. Había pasado ya más de una semana, y ni la madre ni el padre sabían dónde estaba. Entonces se puso la denuncia por desaparición, que nunca se ha revocado, por cierto.

—¿Qué significa eso?

—Por lo que veo en el "estatus" de la denuncia, se identificó actividad en sus redes sociales, y eso hizo que esta quedara en vía muerta.

—Sí —siguió Carmen—. Eso quiere decir que se investigaron los perfiles de cuentas en redes sociales que la chica mantenía, y que aportó la madre. Probablemente, ella estaba bloqueada a raíz de la discusión, y no podía saber si se movían.

—Un comportamiento típico de los adolescentes. Se enfadan con alguien y lo bloquean.

—Eso es. Pero nosotros tenemos acceso limitado a esas cuentas, que nos proporcionan las propias redes. Limitado en el sentido de no poder saber su contenido, pero sí en saber si se mueven, o qué tipo de actividad presentan.

—Y por eso ahora está en vía muerta —concluyó el capitán—. La chica «apareció» aunque fuera virtualmente, y como ya era mayor de edad, se la dejó de investigar.

—¿No podemos tener acceso a esas cuentas, ahora?

—Ya lo hemos intentado —informó Carmen—. Las ha borrado todas. Ya no tiene ningún perfil en ninguna red social, ni como Laura Milar, ni con las direcciones de correo electrónico que usaba cuando se registró.

—Es como si se la hubiera tragado la tierra, Roger.

—Por lo que nosotros averiguamos —siguió el aludido—, tenía reservado un vuelo al día siguiente, de regreso a Madrid, pero no lo utilizó. Cuando salió del hotel esa tarde, se fue al aeropuerto y allí tomó un vuelo a Francia. Quizás esté allí ahora.

—Puede estar en cualquier país de la Unión Europea. No hay fronteras interiores, sargento. Puede estar incluso en España, incluso en Madrid.

El irlandés se quedó pensando por unos momentos, y tras unos

segundos preguntó:

—Y, ¿respecto al cartel de Mocoa, capitán? ¿Qué saben aquí de eso?

—Muy poco. Creemos que se están intentando establecer, pero tienen una competencia muy dura con otros grupos organizados locales. Este cartel es básicamente colombiano, con actividades destinadas principalmente a Estados Unidos. En Latinoamérica sus actividades son esencialmente la prostitución y el juego. Por lo que dice Interpol, es ahí donde tienen mayor pujanza. En la zona de Colombia, Perú y Ecuador someten a niñas adolescentes a la esclavitud en burdeles, y las explotan hasta que revientan.

—Hijos de puta… —musitó Carmen, y asintió Roger.

—Pues sí… Pero como digo, en España no han hecho nada gordo por el momento, al menos que sepamos. Tenemos algunos confidentes que están siguiendo de cerca a algunos sospechosos, pero nada más.

—En fin —concluyó—. Me temo que tendrán que comenzar por visitar a los padres de Laura. A ver si ellos saben algo más de la dichosa niña, o les dan alguna pista por donde comenzar a seguirla.

Ella siempre cumple sus amenazas

—Buenas tardes, señor Milar. ¿Podría dedicarnos unos minutos?

—¿Qué desean? ¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Carmen Gómez y soy alférez de la Guardia Civil —respondió, enseñando la placa—. Y este es mi compañero, el sargento Roger Penny.

Los dos policías se encontraban ante la puerta del piso del padre de Laura. Era un piso alquilado en el que estaban empadronados tanto él como una tal Nadia Romanescu, y una niña de dos años que se llamaba Nadia Milar, según los registros.

—¿Vienen a detenerme?

—No, señor Milar. Solo queremos hacerle unas preguntas sobre su hija.

—¿Sobre mi hija?

—Sobre Laura —dijo Roger.

—¿Es por lo del juicio?

—No. Ese asunto todavía no está en instrucción.

El hombre era alto, calvo, tenía cerca de sesenta años, y algo de barriga. Tras unos instantes de confusión, finalmente les invitó a pasar.

—¿Saben para cuándo está previsto? —preguntó con cierta inquietud, mientras les conducía hacia el salón. Allí se encontraron a una mujer joven, rubia y ciertamente atractiva, que tenía a una niña en brazos.

—No lo sabemos. Le citarán del juzgado, supongo.

—Está bien. Les presento a mi pareja, Nadia, y nuestra hija.

—Queríamos hablar con usted de Laura —insistió Carmen, mirando hacia «las dos Nadias».

—Sí, ya me lo han dicho. ¿No les importa que esté ella delante?

—Si no le importa a usted…

—En absoluto.

—Está bien, señor Milar. En primer lugar, queríamos preguntarle por

su paradero. ¿Sabe dónde está?

—No tengo ni idea —contestó rápidamente—. No la he vuelto a ver desde que se fue de aquí, hace dos años.

—¿No ha sabido nada de ella, desde entonces? —preguntó Roger.

—Saber, lo que se dice saber… sí, he sabido.

—¿Qué es lo que ha sabido, señor Milar?

—Tenía conocimiento de lo que hacía por las redes sociales, hasta que un día me bloqueó, y dejé de saber de ella. También mi exmujer me daba alguna noticia, de vez en cuando. Era quien vivía con ella.

—Y, ¿qué tipo de noticias eran esas?

—Pues noticias del tipo, «Laura está bien», y poco más. La relación con Charo no era buena, como puede imaginar.

—¿Quién es Charo? —preguntó Roger. A lo que Carmen respondió: —María del Rosario, la madre de Laura—. El sargento se calló. Había hablado de más.

—Oiga, ¿Por qué me están preguntando esto? ¿Tiene algo que ver con el juicio?

—No, señor Milar. Es por otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Es la investigación de un asunto, en el que está involucrada su hija.

—¿Qué asunto es ese? ¿Qué es lo que ha hecho Laura?

—No le puedo revelar esa información.

—¿Por qué? Soy su padre. Tengo derecho a saberlo.

—Su hija ya es mayor de edad, señor Milar. Ese derecho ya no le asiste. Y yo no puedo revelarle nada que pertenezca al secreto del sumario.

—¿De qué sumario? —preguntó Nadia.

—No insistan, por favor, limítense a responder a nuestras preguntas.

—Mire, alférez —comenzó Luis—. Ya no se trata de saber o no saber. Desde que mi hija se fue de casa de mi exmujer, no hemos vuelto a saber de ella. Tanto Charo como yo queremos a nuestra hija, como no puede ser de otra manera, y llevamos meses de preocupaciones, sin tener ni una sola noticia. Si ustedes saben algo, les agradeceré que me

lo digan. Aunque solo sea que me digan que está bien.

—Hace un mes estaba bien. Es todo lo que le puedo decir.

—¿Cometió algún delito?

—No le puedo decir más, señor Milar. Como le digo, está involucrada en un asunto y queremos dar con ella para que nos explique algunas cosas. Eso es todo. No se la acusa de nada, de momento. Pero no tenemos ni idea de dónde puede estar, y por eso hemos venido a verle.

El hombre respiró profundamente y pareció tranquilizarse un poco.

—Está bien. Les diré lo que quieran saber.

—¿Por qué se fue su hija de su lado, señor Milar? —preguntó Roger.

—Porque tenía celos de mí, caballero —dijo Nadia, rápidamente.

—Así es, sargento —confirmó Luis—. Intentamos mantener nuestra relación en secreto, pero llegó un momento en que nos tuvimos que enfrentar a ella.

—Y entonces la perdieron —constató Carmen.

—Eso es. No quería que estuviéramos juntos, y me dijo que tenía que elegir entre mi pareja y ella.

—Y usted se quedó con Nadia.

—¡No diga estupideces! Yo no tenía por qué aceptar su chantaje, ¿me comprende? Ya estaba más que harto de hacer siempre lo que ella dijera, de estar siempre a sus órdenes y llegó un momento en que me harté y me planté. Siempre pensé que sus amenazas eran un farol, y que no se iría con su madre porque la odiaba.

—Pero Laura siempre cumple sus amenazas, señor Milar —comentó Roger.

—¿Qué otras amenazas ha cumplido? —preguntó Luis.

—Eso no le interesa —intervino Carmen—. ¿Cuál era la razón de que ella odiase a su exmujer?

—Fue un divorcio algo traumático. Supongo que como casi todos. Por culpa de mi mujer perdimos la casa en la que todos vivíamos. Un buen chalet no muy lejos de aquí.

—¿Solo por eso odiaba a su madre?

—Ella me quería más a mí que a ella, y se quedó conmigo en cuanto

que pudo decidirlo. Eso es todo.

—Y respecto a la denuncia, ¿por qué lo hizo?

—Por venganza —observó Nadia—. ¿No pensará que Luis hizo algo de lo que esa niña dijo que le hizo?

—Yo no pienso nada —respondió Carmen—. Eso no es asunto mío, ni me toca a mí juzgarlo.

—Fueron celos, alférez. Así era mi hija. No toleraba que yo estuviera con nadie más que con ella.

Los dos policías se quedaron mirándole por unos segundos, y luego Roger dijo:

—¿Tiene usted una fotografía reciente de Laura? Donde se le vea bien la cara.

—Reciente, no. De cuanto tenía dieciséis años, que fue la última vez que estuvo conmigo. Pero no creo que haya cambiado mucho. Ya estaba hecha toda una mujer para entonces, y supongo que seguirá igual. Aquí está —dijo tras buscar en el teléfono móvil.

—Envíemela por favor. Le digo mi número.

Carmen recibió la fotografía y los dos se quedaron mirando a aquella morena exuberante con los ojos grandes y ovalados y el pelo largo ligeramente ondulado. Estaba abrazada al padre, en una pose más que sugerente. Entonces se levantó, siguiéndole Roger.

—Muchas gracias, señor Milar. Si tiene alguna noticia de su hija, por favor, hágamelo saber. Ya tiene mi número de teléfono.

—Lo mismo le digo, alférez. Si saben algo, cuéntenmelo, por favor.

Un pequeño chalet

—Buenas tardes, señora. Somos agentes de policía. ¿Tendría la amabilidad de atendernos unos minutos? Es usted María del Rosario Rodríguez, ¿no es así?

Tras la visita al padre de Laura, ahora tocaba hacer lo propio con la madre. A tal efecto, los dos investigadores se desplazaron a Alpedrete, un municipio de la sierra madrileña donde esta vivía, y donde había tenido su penúltima residencia la tan buscada chica. La madre era una mujer de algo más de cincuenta años, de cabello oscuro, algo obesa, y con mucho pecho.

—Sí, así es. Ya me avisó mi exmarido de que habían estado ayer en su casa.

—En efecto. Mi nombre es Carmen Gómez y soy alférez de la Guardia Civil —respondió, enseñando la placa—. Y este es mi compañero, el sargento Roger Penny.

—Encantada. Bueno, cuéntenme, a ver en qué lío se ha metido ahora —dijo, mientras les invitaba a pasar. El pequeño chalet tenía un salón casi pegado a la puerta de entrada, y allí se acomodaron los tres.

—Antes de nada. ¿Les apetece tomar algo?

—Muchas gracias, señora, no tomaremos nada. Le queríamos hacer unas preguntas sobre Laura. ¿Ha tenido alguna noticia de ella, desde que se marchó de aquí?

—No… Carmen ¿verdad? ¿Le puedo tutear?

—No tengo inconveniente.

—Pues eso. A los diez días o así fui a poner la denuncia por desaparición, y me tranquilicé cuando la policía me dijo que sus redes sociales habían vuelto a tener alguna actividad. Desde ahí, ni una llamada, ni una presencia, ni una carta… nada, hasta que hace poco vino a recoger unas cosas.

—¿Estuvo por aquí?

—Sí, hace algo más de un mes. Me hubiera gustado verla, pero yo no estaba esa mañana. Estaba solo mi marido.

—¿A qué vino?

—A recoger su pasaporte. Cuando regañamos, se fue de forma

apresurada, y se dejó algunas cosas aquí. Ese día llenó una maleta con lo que le quedaba, y se marchó.

—¿Le dijo algo a su marido acerca de dónde había estado, o hacia dónde iba?

—No. Con él apenas intercambió dos frases. Si conmigo no se habla, con él menos todavía.

—¿Recuerda cuándo fue eso?

—Fue un domingo… en mayo. Me tuve que reunir con mis amigas de la parroquia, para preparar las fiestas de Santa Quiteria… que fueron dos semanas después. Debió ser a principios de mes.

—¿El seis de mayo?

—Pues, no sé… si tuviera un calendario… Espere, que voy a la cocina.

La mujer se marchó y regresó tras unos segundos.

—Sí, el seis de mayo. Seguro.

Tanto Karen como Roger se miraron, y enarcaron ambos las cejas.

—¿Por qué se fue su hija, María del Rosario? —preguntó Roger.

—Llámeme Charo. Se fue por una discusión. Mi marido es ecuatoriano… quiero decir, mi marido actual. Y además bastante más joven que yo. Ella ya le conocía, del tiempo en que éramos novios, y me prohibió que saliera con él.

—¿Su hija le prohibió que saliera con él? —Carmen volvió a enarcar las cejas.

—Verás, mi hija es muy… especial, por llamarlo de alguna manera. Cuando ella se marchó de casa de su padre, yo no estaba con nadie, pero ella insistió en que debía buscarme un novio. Mi exmarido estaba… —y está— con una chica mucho más joven, y Laura pensó que yo tenía que devolverle esa «afrenta» de alguna manera.

—Saliendo con un hombre mucho más joven —sugirió Roger.

—Pues no precisamente. Eso hubiera sido lo normal, ¿no le parece? Si él me deja por una mujer treinta años más joven que él, ¿por qué no iba yo a hacer lo mismo?

—“Puede tutear”, también a mí.

—Gracias. Pues eso, eso hubiera sido lo normal, pero Laura no quería eso. Ella deseaba que yo saliera con un hombre rico. Con alguien que

gozara de una posición elevada, con estatus social, alguien «mejor que Luis», como para que así él se sintiera humillado de alguna manera. ¿Me comprendes?

—No mucho, la verdad.

—Sí, hombre, según Laura, él me humilló saliendo con Nadia, una mujer que es «mejor que yo», según ella, pues entonces yo se la tenía que devolver de la misma manera.

—Ya veo, Charo —concedió Carmen—. Ella estaba dolida con su padre, y de esa forma pretendía hacerle más daño.

—Exactamente. Eso mismo es lo que pretendía. Entonces comencé a buscar en las redes sociales y…

—Pero, un momento… —interrumpió el irlandés—. ¿Tú comenzaste a buscar novio, porque Laura lo quería?

—No. Yo estaba muy sola, Roger. Mi marido me había abandonado, mi hijo pequeño había fallecido de leucemia, mi padre también había muerto, y solo contaba con una hija, Laura, que también me había dejado, pero cuando la recuperé, pues no me hacía ni caso.

—Ya entiendo.

—Pues eso. Comencé a buscar, y conocí a Tony. Aunque sus orígenes son muy humildes, compartimos las mismas aficiones, esto es, la literatura y la pintura. Y a pesar de la diferencia de edad, tenemos un carácter similar y los dos lo hemos pasado muy mal en la vida. Pero yo sé bien como es mi hija, y supuse que no lo iba a aceptar, como así fue.

—¿Por qué no le aceptó?

—Porque ni era rico, ni tenía estatus, ni tenía ninguna de esas tonterías que ella buscaba en quien tenía que ser «mi novio». Me dijo que iba a hacer el ridículo si salía con ese «sudaca de mierda», palabras textuales, y que Luis se iba a reír de mí.

—¿Y eso ocurrió?

—No ocurrió nada de eso, Roger. Todos los miembros de mi familia le aceptaron sin problemas menos ella. Y cuando le dije que me iba a casar con él, pues fue la gota que colmó el vaso. Tuvimos una fuerte discusión, y se marchó de casa. Siempre tiene que hacerse lo que ella diga, y cualquier mínima disensión es castigada… severamente. Así es mi hija, Roger. No tolera que le lleven la contraria de ninguna manera, y siempre tiene que quedar ella por encima.

—Pero usted es su madre, Charo, y eso que me cuenta no pasa de ser… una pataleta —objetó la alférez.

—Mira, Carmen, mi hija y yo nunca nos hemos llevado bien. Desde la pubertad ella tomó partido claramente por su padre. Le prefería siempre en todo, y de hecho se quedó a vivir con él desde que nos separamos, a pesar de que teníamos la custodia compartida. Pero yo ya estaba harta de tener que pelearme para que se viniera a mi casa, y al final desistí. Mi hijo pequeño ya estaba enfermo, y requería todas mis atenciones. Yo no tenía fuerzas ni energías para convencer a Laura para que me quisiera, y era muy duro tenerla *de morros* todo el fin de semana. Cuando apareció por aquí, con dieciséis años, fue solamente por despecho contra su padre, pues fue cuando él se trajo a Nadia a vivir a su casa. Eso no lo soportó, y prefirió venirse conmigo, a pesar de todo.

—¿Cree que se hubiera marchado, aunque no hubieran tenido esa discusión? Quiero decir, cuando se marchó de aquí.

—No en ese momento, desde luego, pero sí, supongo que hubiera terminado haciendo eso. De hecho, en los dos años que estuvo conmigo, estuvo más tiempo fuera que dentro.

—¿Dónde se iba?

—No tengo ni idea. A mí no me contaba nada. Yo he sido una madre blanda, y ha hecho conmigo siempre lo que ha querido. Según ella, se iba con las amigas a pasar un fin de semana a la playa, o a un camping… pero yo veía a las amigas por el pueblo y no estaba con ellas. Y si luego se lo comentaba, montaba en cólera y dejaba de hablarme durante días.

—Pero… ¿y el colegio? ¿No iba al instituto?

—Sí, sí que iba. Pero faltaba mucho. A pesar de todo, siempre sacó muy buenas notas. Sobresaliente, no le digo más. Mi hija es muy lista.

—Sí que lo es, desde luego —confirmó Carmen, mirando a Roger—, pero, ¿y el dinero? ¿De dónde lo sacaba?

—Me lo pedía a mí, lógicamente. Yo le daba cuanto me pedía, pero sospecho que no era suficiente, para el tren de vida que llevaba. Pero yo no le podía dar más. Mi sueldo de administrativa no da para tanto.

—¿Qué tren de vida?

—Ropas caras, estancias en hoteles caros, teléfonos de última generación…

—Y usted, ¿no le preguntaba de donde sacaba el dinero?

—¡Claro que lo hacía! Pero no me respondía. Se irritaba, montaba en cólera… me dejaba de hablar… Yo tenía depresión por aquella época, y lo último que me apetecía era discutir.

—Entiendo. Y, ¿qué me dice de la denuncia? Me refiero a la denuncia que usted puso contra su exmarido. La denuncia por abusos, me refiero.

—Laura me obligó a hacerlo. Ella me dijo que su padre había abusado de ella, y yo la creí.

—Y, ¿lo sigue creyendo? Eso fue hace dos años…

—No sé qué decirte, sinceramente. Y si en realidad hubo algo entre los dos, tuvo que ser consentido; de eso no me cabe la menor duda.

—Pero aunque fuera consentido…

—Eso no le quita la culpa a Luis —completó Charo.

—Desde luego —replicó Carmen.

En ese momento se oyó el llanto de un bebé en el piso de arriba, y la mujer subió hacia allí. Al cabo de unos minutos, bajó con una niña de menos de un año en los brazos y les dijo:

—Es la hora del biberón y se ha despertado por el hambre. Si me disculpáis, la tengo que atender.

—¿Es hija tuya? —preguntó Roger.

—¿Mía? ¡No! —dijo sonriendo—. Ya quisiera yo a mi edad poder tener hijos. Es la hija de mi cuñada, la hermana de mi marido.

—¿Ella vive aquí, con ustedes?

—No. Trabaja fuera de España, y yo me encargo de la niña. La verdad es que estoy encantada con Noa. Entre ella y mi marido… ¡me han devuelto la juventud!

—No la entretenemos más, Charo. Avísenos, por favor, si sabe algo de Laura.

—Descuida Carmen, así lo haré. Hacedlo vosotros también, si sabéis algo. Por favor.

Una rubia cañón

—¡Teniente Hodgson! ¡Karen! Estoy de camino hacia el hospital. Me acaban de comunicar que han apuñalado a Lorenzo. Si le parece me paso por Scotland Yard y la recojo.

El teniente Evans había recibido la noticia desde la cárcel, donde al parecer otro recluso se había ensañado con el hombre que había estado haciendo el seguimiento a Laura. Había sido apresado en la redada de Croydon, junto a Cosme, y estaba allí en espera de juicio. Desde la Brigada, se fue rápidamente hacia el hospital, pero antes se pasó para recoger a Karen. Una vez en el coche patrulla, le dijo:

—La estrategia de hacerle creer a su jefe que le había traicionado Lorenzo no funcionó del todo bien. Le apuñalaron y le escribieron «traidor» en la frente. Esperemos llegar antes de que sea demasiado tarde.

—Al menos nos puso en la pista de seguir a Laura. Ojalá nos pueda decir algo ahora.

—Ojalá. Ahora ya no tiene sentido seguir encubriendo a sus jefes.

Dejaron el coche patrulla en el parking del hospital y subieron a la habitación donde se encontraba. Allí hallaron a un policía en la puerta, que tras saludarles les dijo que estaba consciente, aunque una enfermera les avisó de que no le molestaran demasiado. Que no podían permanecer allí más de un minuto.

—Hola Lorenzo, ¿cómo estás?

—Regular, teniente. Estos cabrones me la han jugado bien…

—¿Quién fue?

—No lo sé. Estaba de espaldas y no lo pude ver. Pero me la van a pagar, teniente, ¡me la van a pagar! Aunque no salga de esta, pienso contarles a ustedes todo lo que sé.

En ese momento el hombre cerró los ojos y puso una expresión de profundo dolor, mientras torcía el gesto.

—Tranquilízate, Lorenzo. Tómate tu tiempo.

—No sé si me quedará mucho, teniente. Pero lo poco que me quede no lo voy a desperdiciar, ¡eso se lo aseguro!

El hombre inspiró hondo y comenzó a decir:

—Fue Fidel, teniente. ¡Él la mató!

—¿Fidel?

—Sí, él fue quien mató a la modelo —dijo, con un hilo de voz, tras emitir un quejido.

—¿Estás seguro?

—Él era a quien yo tenía que esperar en el hotel. Cuando él está por medio, la muerte siempre acecha a alguien.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué la mató? ¿Quién dio la orden? —preguntó Karen.

—La mató por error… ¡fue culpa mía! —exclamó, tras otro quejido.

—Por favor, señores, deberían irse —dijo la enfermera.

—Solo un momento más, por favor —imploró la teniente.

—¿Por qué fue culpa tuya, Lorenzo?

—Mis órdenes eran seguir a la rubia desde el aeropuerto y tenerla localizada hasta que llegara Fidel. Le avisé de que la chica estaba registrada en el hotel, pero él tardaba en venir porque estaba con los de Reading. Cuando por fin lo hizo, me levanté y le indiqué quién era. Le dije «Es la rubia del fondo». Y él me preguntó: «¿cuál?». Yo no sabía que la otra ya estaba allí con ella, y no la veía bien porque estaba detrás. Entonces le dije «la que está cañón». Pero claro, ella se marchó del hotel poco después, y Fidel la descartó y se pensó que era la otra rubia, que también está cañón.

—La modelo.

—Sí. Después la siguió y supo cuál era su habitación.

En ese momento se detuvo, porque otro quejido le impidió continuar.

—Teniente. Si salgo de esta tienen que protegerme ¡Tienen que protegerme!

—Tranquilo, Lorenzo, tendrás la protección policial el tiempo que sea necesario. Una última cosa… ¿quién dio la orden?

—La orden de matarla… no lo sé. Yo me limité a recibir la orden de seguirla y recibí la descripción de la chica de Carrillo. Un tal Carrillo, desde España.

—¿Por qué querían matarla?

—No lo sé….

—Tienen que salir, ya, por favor —insistió la enfermera—. Le tengo que sedar porque está sufriendo un intenso dolor. Si no lo hago, puede morir ahora mismo.

—De acuerdo. Muchas gracias, Lorenzo —dijo el teniente, dirigiéndose al hombre que estaba en la cama—. Mañana vendré y me cuentas lo del alijo.

—Estaré en…can…tado —respondió, mientras se desmayaba.

Los dos policías salieron al pasillo y esperaron allí a que la enfermera saliera. Cuando lo hizo le preguntaron:

—¿Se recuperará?

—No lo creo, inspector. Está bastante grave.

Una noticia buena y otra mala

—Hola Roger, ¿Qué tal te va en el país de la fiesta y de los toros?

—No sé de qué me hablas Karen, hasta ahora no he visto ni una cosa ni la otra. Eso sí, la gente es muy amable y me tratan muy bien.

—Bueno, pues me alegro. Verás, tengo dos noticias. Una buena y otra mala. ¿Por cuál empiezo?

—Empieza por la buena, por favor.

—Hemos conseguido la declaración de Lorenzo. Le apuñalaron en la prisión y antes de que muriera nos contó todo para vengarse de sus compañeros.

—¿Esta es la buena, o es la mala?

—La mala para él, desde luego, pero es muy buena para nosotros. Nos dijo cosas interesantes. Te vas a sorprender, pero el caso es que mataron a Carla por error.

—¿Por error?

—Sí. A quien se querían cargar era a Laura.

—No me puedo creer que se confundieran de rubia…

—Pues así es.

—¿Y por qué querían cargarse a Laura?

—Eso no lo sabía. Y es verdad, porque de haberlo sabido nos lo hubiera dicho. Y otra cosa. ¿Adivinas quién es el desconocido nueve?

—¿Os dijo también eso?

—Nos dijo eso, y si hubiera vivido algo más nos hubiera contado de todo. El desconocido nueve es Fidel.

—¿Fidel?

—Como lo oyes.

—¡Claro! —exclamó, tras pensar unos instantes—. Ahora me encaja, con su forma de andar, y de moverse… ¡Joder! No sé cómo no me di cuenta antes…

—Era imposible, Roger. Sin verle la cara no podías hacer nada.

—Pero, ¿cómo se pudo equivocar?

—Esta Laura debe tener un ángel de la guarda, pero de los buenos, Roger. Al parecer, Fidel se retrasó lo suficiente para que le diera tiempo a Carla a bajar, y Lorenzo se levantó también antes de tiempo sin darse cuenta de que la modelo ya estaba allí. Se limitó a decirle a su compinche que el objetivo era «la rubia de la mesa del fondo». Pero claro, este miró hacia allí, y cuando preguntó «cuál es», el otro se limitó a decir que era una que estaba muy buena. «Una que está cañón», concretamente, fue lo que le dijo.

—Ya lo entiendo —constató Roger—. Cuando él pasó por delante se fijó en las dos, y seguro que lo dudó. Pero el aspecto de Laura no debía ser el de sus mejores momentos, con ese teñido barato y la coleta. Carla estaba tan radiante como siempre, y pensó que era ella.

—Eso es. Además, Laura salió del hotel poco después, y él debió pensarse que solo estaba allí de paso. Lorenzo la vio registrarse, y le informó de que estaba hospedada.

—Ya veo. Ahí fue cuando la descartó definitivamente. Solo podía ser Carla, y entonces la debió seguir hacia su habitación y así se enteró de dónde dormía… Joder —exclamó—, pues vaya mala suerte. Bueno, mala suerte para la una y buena suerte para la otra. ¿Os pudo decir por qué la perseguían?

—Ya te digo que no lo sabía. Ya sabes que son compartimentos estancos. Ninguno sabe nada más allá de lo que les toca saber y hacer. Yo diría que incluso Fidel tampoco lo sabía. Simplemente, le dijeron que la tenía que matar, y eso fue lo que hizo.

—Bueno, pues ya hemos avanzado bastante, Karen. Ahora dime la noticia mala.

—Nos han chivado que Fidel está en España. Que tengas suerte esta vez con él, Roger.

El confidente

—¿Quién eres tú?

—El tiempo se está complicando. Yo creo que va a llover.

Esa era la contraseña. Un poco estúpida para estar en pleno verano, pensó Carmen, pero es la que le habían dado y parece que funcionó. Se había citado con el confidente en la estación de tren de cercanías de Ramón y Cajal, y los dos permanecían sentados sin dejar de mirar a sus respectivos teléfonos móviles, como si fueran dos desconocidos. Cada uno tenía los auriculares puestos, y pareciera que estaban hablando con sus respectivos interlocutores al otro lado de la línea.

—No me esperaba a una mujer.

—La guardia Civil se está modernizando. Ya no es tan machista como lo era en su día.

—Ya veo.

—¿Sabes quién es Carrillo?

—Sí —contestó—. Un soldado.

—¿Es un nombre real, o un apodo?

—No lo sé.

—Dime dónde está.

—Vive en una pensión de la calle Hermosilla. Al lado de una pastelería, nada más entrar desde Alcalá.

—¿No sabes cómo se llama la pensión?

—No lo recuerdo. Pero no tiene pérdida.

—¿Cómo es?

—Gordito, metro setenta, con el pelo grasiento, de unos treinta y cinco años. Suele irse de putas por la zona. Va siempre con las manos en los bolsillos y lleva un cigarrillo de liar en la boca. O un porro. A veces va con pantalones de tirantes o con una guayabera.

—Qué guapo. Desde luego que es mi tipo —dijo con ironía—. De acuerdo. Muchas gracias.

Entonces ella dejó de hablar, y él lo siguió haciendo, fingiendo. Después de un rato, llegó un tren y él lo tomó. Ella salió de la estación

algo después y se montó en su coche hacia la estación de metro del barrio del Pilar, y allí tomó el metro hacia su casa, tras asegurarse de que no la seguían. Mañana se lo contaría a Roger y al capitán.

Seguimiento

Eran las diez de la mañana cuando hicieron el relevo. Desde las diez de la noche del día anterior, unos compañeros habían estado apostados en la calle Hermosilla por si le veían salir, pero no habían tenido éxito.

Cuando el coche de Carmen y Roger aparcó, permanecieron ambos vehículos diez o quince minutos «solapados», y después se fueron los que habían estado por la noche.

—Desde que ellos han estado aquí, no le han visto ni salir ni entrar —informó Carmen.

—Quizás no está en la pensión —dijo Roger.

—Espero que sí.

—¿No lo sabe vuestro confidente?

—Con él no podemos hablar mucho. Solo lo imprescindible. Es arriesgado para él. No nos queda otro remedio que esperar aquí y no perder de vista el portal.

—¿Y si hablamos con el dueño de la pensión?

—Eso es peligroso, Roger. Si no está en ese momento, podría decírselo cuando le viera aparecer, y entonces *volaría*.

—Ya, claro.

—Solo nos queda esperar. He traído unos bocadillos, por si tenemos que permanecer hasta las diez de la noche. Entonces vendrán otros y nos relevarán.

Comenzaron a pasar las horas, y Carrillo no aparecía. Ni salía ni entraba de la pensión, y quizás pensaron que estaba reunido con los otros miembros de la banda, o incluso fuera de Madrid. En cualquier caso, tendría que aparecer por allí en algún momento, y ahí estarían para atraparle.

A Roger le gustaba aquella esbelta mujer morena de amplia sonrisa y mirada cálida, y a ella le estaba comenzando a gustar también ese pelirrojo irlandés. A pesar de que él tenía un conocimiento más que suficiente de castellano, cuando estaban solos preferían hablar en inglés, pues el nivel de ella era superior en ese sentido.

—¿Por qué seguías hablando de usted a la madre de Laura? Ella te

llamaba de tú —preguntó él, por hablar de algo.

—Es la norma, Roger. No podemos tutear a nadie.

—Yo lo hice…

—Tú no eres Guardia Civil.

—Tampoco entiendo por qué llaman Charo a esa mujer, cuando en realidad se llama María del Rosario.

—Yo tampoco lo entiendo, pero así es nuestro idioma. Probablemente venga de la terminación, «sario». Se parece, algo, yo creo, a Charo. Al menos comparte dos vocales, y la primera letra también se pronuncia de modo parecido.

—Sí, pero hay otros nombres que no tienen relación. Como por ejemplo Paco y Francisco, o José y Pepe.

—Ahí ya no sé qué decirte…

—En inglés eso no ocurre. Cualquier diminutivo siempre comparte al menos una sílaba con el nombre principal. Por ejemplo, Richard y Rick o William y Bill.

—El inglés es un idioma más pobre comparado con el español. Tiene muchas menos palabras, porque evolucionó de pueblos bárbaros poco desarrollados, como los anglos.

—Bueno, Carmen, el español también viene de pueblos bárbaros.

—No me irás a decir que los romanos eran bárbaros —objetó, sin dejar de mirar al portal— El latín no es precisamente un idioma bárbaro…

—En eso tienes razón. Se parece al gaélico, el idioma que se habla en Irlanda.

—¿Tú lo hablas?

—Apenas. Puedo entender algunas cosas, pero no muchas.

—Yo pensaba que en Irlanda estaba muy extendido…

—Sí, pero no es así en Irlanda del Norte. Allí pertenecemos a Gran Bretaña, y predomina el inglés de forma abrumadora. De hecho, no fue hasta 1998 cuando se reconoció oficialmente.

—Claro, allí tenéis el problema con los del IRA, ¿no es así? Igual que aquí tenemos con ETA.

—Sí, pero creo que ambas cosas ya están resueltas. O al menos en vías de resolución.

—Eso es cierto. Mi padre estuvo destinado en el País Vasco y las pasó *canutas*.

—¿Tu padre es Guardia Civil?

—Lo era. Ya está jubilado.

—Y, ¿por eso te metiste en el Cuerpo?

—Quiero pensar que sí. Algo me influyó, desde luego. Pero él se jubiló de sargento, y mira, yo con treinta años ya soy oficial.

—¿Crees que te ascenderán pronto a teniente?

—Eso espero. Tienen que resolver unos asuntos burocráticos que están pendientes y ya seré oficial, oficialmente. Aunque también puede hacerse por méritos. ¿Y tú?

—En mi caso los méritos lo son todo —suspiró—. Yo entré en la policía muy joven, y con la edad que tengo ya tendría que ser teniente. Otros que entraron conmigo ya lo son desde hace tiempo. Pero supongo que pasa como en todas partes, los enchufados ascienden más rápidamente.

—Sí, claro, en todos los sitios pasa. Pero en la Guardia Civil es más difícil. Un suboficial, un sargento, no puede ascender a teniente si no hace una oposición. Aunque eso sí, dentro de los suboficiales hay también varios grados. Después de sargento está sargento primero, luego brigada y después subteniente. Y dentro de esos grados se puede ascender sin hacer oposición. Hasta llegar a teniente, claro, a los oficiales, donde ahí hay que estudiar por fuerza.

—¿Tú no has pasado por esos grados?

—No. Yo estudié directamente la carrera de oficiales, cuando salí del instituto. Es como una carrera universitaria, y cuando la finalizas ya eres un oficial.

—En Inglaterra eso no es así.

—¿En Irlanda tampoco?

—Irlanda del Norte se rige por las leyes inglesas.

—Ya, claro. Y, entonces, ¿A ti te tocó luchar contra el IRA?

—No. Siempre he estado destinado a Scotland Yard. Esa suerte la han corrido otros. Aunque no me hubiera importado, la verdad. Uno se

mete a policía con todas las consecuencias. Además, es una forma rápida de ascender. Oye… —se detuvo—. ¿Tú crees que podría ser ese tipo? —preguntó, mirando hacia un individuo que acaba de salir del portal que estaban vigilando.

—Sí que lo es… ¡Vamos!

Los dos salieron del coche despacio, y sin dejar de mirar a Carrillo le siguieron, y cuando este dobló la esquina para incorporarse a la calle Alcalá, se le acercaron por detrás y Carmen le rebasó para apuntarle con la pistola mientras le enseñaba la placa:

—¡Alto! Queda usted detenido.

El hombre se volvió inmediatamente para huir, pero a su espalda se topó con Roger, quien le estaba apuntando también. Entonces se detuvo, y este le empujó contra la pared, donde le hizo apoyar las manos sobre la misma mientras le separaba las piernas. Tras cachearle exhaustivamente, dijo:

—Está limpio.

—¿Qué es lo que ocurre, agentes? ¿Por qué me detienen? —preguntó, con la cara asustada.

—Se le acusa de pertenencia a organización criminal. Tiene derecho a permanecer en silencio y no responder a ninguna pregunta hasta que venga su abogado. Si no lo tiene, se le asignará uno de oficio. Acompáñenos, por favor —pronunció Carmen, mientras le ponía las esposas por detrás.

A continuación, llamaron a un coche patrulla e introdujeron al detenido en la parte de atrás, mientras que Roger se subió y le acompañó. Salieron hacia las dependencias de la Guardia Civil, aunque Carmen llegó más tarde, pues se marchó en el coche en el que habían llegado. Cuando los dos se vieron, él le informó de lo que habían hecho hasta su llegada.

—Acaba de llamar a su abogado —dijo Roger—. No vendrá hasta mañana.

—Eso es que no es un abogado de oficio. De haberlo sido, el juzgado de guardia le hubiera asignado uno, aunque sean las nueve de la noche.

—Hoy ya no podemos hacer nada más, ¿verdad?

—Se acabó nuestro turno por hoy, Roger. ¿Te vienes a mi casa a tomar una copa?

—Sí, claro —respondió, sonriendo.

Otra partida de póker

—Estoy esperando a mi jefe —dijo Carmen al abogado—. Y en cuanto a lo que hay en contra de su cliente, ya se lo he dicho. Pruebas técnicas, intervención de comunicaciones y declaraciones de testigos.

—Eso es demasiado impreciso —protestó—. Según la jurisprudencia del Tribunal Supremo…

—Mire, letrado, yo no soy abogado ni juez, y me limito a cumplir lo que establece el protocolo de actuaciones de la Guardia Civil. Si lo estoy haciendo mal, puede poner un recurso contra el auto de prisión, si es que lo acaban encarcelando.

—Pero…

—Buenos días —saludó el capitán Ramos, que acababa de llegar.

—Mire, está aquí mi jefe. A sus órdenes mi capitán —se cuadró la alférez.

El abogado se volvió entonces hacia él. Era un hombre bien vestido, de mediana edad, y parecía escrupuloso y solvente.

—Llevo más de una hora aquí —se quejó—, y todavía no me han dejado ver a mi cliente. Sabe usted, o eso espero, que tengo derecho a comunicarme a solas con él antes de que lo interroguen.

—Lo sé. Ahora mismo le pasamos con el detenido.

—Y también sabe que están obligados a informarme de las pruebas que tienen contra él y que sostienen su imputación —espetó el letrado.

—Acaba de informarle la alférez, si no he oído mal mientras llegaba.

—De forma demasiado somera.

—Como tenemos por costumbre. Nos pagan por sacar adelante las investigaciones, y no para darle todas las facilidades al investigado.

—¿Y los derechos fundamentales?

—No han sido conculcados. Y si le parece a usted lo contrario, como ha dicho mi compañera, esos derechos le asisten a usted para hacerlos valer en vía de recurso o en el acto del juicio.

—No dude de que lo haré —respondió.

El abogado parecía que se lo tomaba en serio.

Una hora más tarde, después de que el detenido hubiera hablado con su defensor, ambos pasaron a la sala de interrogatorios donde les aguardaba el capitán Ramos, Carmen y Roger.

—¿Quién es este hombre? —preguntó el abogado, interesándose por el irlandés.

—Un colaborador.

—¿Por qué no va de uniforme?

—Eso a usted no le incumbe —contestó el capitán, y acto seguido se dirigió hacia el detenido—. Carlos Carrillo Miranda. Bien. Mi primera pregunta es si va usted a declarar.

El hombre sacudió la cabeza de un lado al otro sin despegar los labios, mientras le miraba con prevención.

—Está en su derecho, no faltaría más. Mi segunda pregunta es si no se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de reconocer alguna cosa. Si no lo hace, las acusaciones que pesan sobre usted son lo suficientemente graves como para que pase una buena temporada a la sombra. Le recuerdo que se le acusa de pertenencia a organización criminal y colaboración con banda armada. En definitiva, que se le impute algo más grave de lo que de realmente hizo. Supongo que se lo habrá advertido su abogado.

—Yo no he hecho nada —dijo, por fin.

—El caso es que me cuesta trabajo creerle. Y al juez, a quien le vamos a pasar todos los datos que obran en nuestro poder, también le va a costar.

—Mi defendido ya le ha dicho que no va a declarar. Si quiere hacerle más preguntas, hágaselas, pero no trate de intimidarle.

—Me va a disculpar, letrado, pero esto no es un juicio —dijo el capitán—. Es solo un interrogatorio policial, y el policía soy yo y yo decido cómo y cuándo pregunto, con el límite de los derechos que tiene su detenido, naturalmente, y que creo no haber vulnerado hasta ahora.

El abogado se calló y el capitán continuó:

—¿Me podría decir qué estuvo haciendo el día seis de mayo de este año? Un domingo, para ser más exactos, por si no lo recuerda.

—No tienes por qué contestar, si no quieres —increpó el abogado.

—Eso ya lo sabe, letrado. Se lo hemos dicho todos. Le ruego que no

interfiera a no ser que sea absolutamente imprescindible.

El hombre puso un gesto despectivo y el capitán siguió:

—Tenemos pruebas circunstanciales y testificales de la comisión de un delito de colaboración en la perpetración de un acto delictivo con resultado de muerte, en el que usted es cómplice, señor Carrillo. Aparte, como le he dicho, de las demás pruebas que rodean a su estancia en este país, y que solo con esas le puede caer un buen *paquete*, dicho en Román paladino.

El tipo flaqueó visiblemente, y una sombra cruzó por el rostro del abogado. Este fue a decir algo, y entonces siguió el capitán:

—No tiene por qué responderme, como le he dicho. Puede usted quedarse callado y dejar estas preguntas en el aire, ahora y hasta el final. La cuestión es si esa decisión es la más inteligente. Como le he dicho, si usted no reconoce nada, el juez lo hará basándose en las evidencias que tenemos, y puede que le caiga encima un castigo mayor del que le caería si nos contesta lo que queremos saber.

Carrillo miró al abogado, y el abogado miró a su defendido. Por unos segundos pareciera que se estaban comunicando telepáticamente. Entonces el letrado dijo:

—Necesito volver a dialogar con mi defendido, a solas.

—Por supuesto. Pueden volver a la habitación de donde han salido —concedió el capitán, e hizo un gesto a un agente que estaba en la puerta para que los acompañara. Una vez que hubieron salido, Carmen comentó:

—Ha jugado usted al póker como un maestro, capitán. Nuestras cartas no eran muy buenas, pero yo creo que se han creído que lleva usted varios ases.

El capitán sonrió y Roger añadió:

—¿Qué cree que ocurrirá?

—Supongo que *cantará*. Si como pensamos no fue más que alguien haciendo un seguimiento, no tiene sentido ocultar su parte en este tinglado. En el fondo no hizo nada «grave», podríamos decir. La cuestión es si delatará a alguno de los otros integrantes de la cadena.

Al cabo de un rato, tanto el letrado como Carrillo aparecieron de nuevo en la sala de interrogatorios. Sin mediar más preámbulo, nada más sentarse comenzó a «cantar».

—Nos dijeron que teníamos que localizar a una mujer, y nos dieron su dirección.

—¿Quién se lo dijo?

—Eso no lo recuerdo.

—¿No lo recuerda?

—No.

—¿Cómo es eso posible?

—Muy fácil capitán, recibimos un mensaje en un teléfono, y obedecemos. Sin más. Para eso nos pagan.

—¿Quién les paga?

El detenido miró a su abogado, y este meneó la cabeza hacia los lados. Carrillo continuó:

—Yo recibo transferencias desde Western Unión. No hago preguntas. Yo solo soy un informador.

—Ya —dijo el capitán, con cara de no creerse nada.

—Supongo que ya no tendrá el teléfono en el que recibió el mensaje, y tampoco recuerda el número. ¿Verdad?

—Supone bien.

—De acuerdo, siga.

—Estuve muchos días vigilando la casa, pero no la veía. Hasta que un día, el seis de mayo, por fin apareció. Yo no estaba seguro de que fuera ella. Solo tenía una fotografía en la que estaba con varias chicas, y no era de cerca. Pero no podía ser otra. Una chica morena, trigueña, con mucho pecho, y que vivía allí. Era ella.

—¿Qué significa «trigueña»?

—De tez clara.

—Muy bien. ¿Tiene esa fotografía?

—No. Estaba en el celular que perdí.

—Ya. Bueno, siga.

—Entró en la casa y después de un rato salió con una maleta. Entonces la seguí, como era mi obligación, y le hice una foto lo más cerca que pude. Tomó un taxi, y se fue hacia el aeropuerto. Allí también la

seguí, y vi que facturaba la maleta en un vuelo que salía para Londres esa mañana. Después se metió en los baños, y salió con el pelo de otro color. Se puso rubia. Desde allí se fue al control de la policía para entrar en la puerta de embarque, y ahí me di cuenta de que la foto de morena ya no servía. Pero ya era demasiado tarde. Solo pude hacerle una foto de espaldas, que no envié. Pero esa chica tan espectacular era inconfundible. Me limité a enviar su descripción y el código de vuelo en el que se marchaba. Eso es todo.

—¿A dónde lo envió? Seguro que no se acuerda…

El detenido susurró algo con el abogado, y este le hizo un gesto afirmativo.

—Se lo envié a un tal Lorenzo.

—Claro —dijo el capitán—. Es muy fácil delatar a un muerto. Lástima que no se acuerde de los otros, de los vivos.

—Capitán, el lenguaje que está usted usando con el detenido no es el más apropiado. Está usted dando por sentado que…

—¿Cuál era la razón de seguir a esa chica? —interrumpió Carmen.

—No tengo ni idea. A mí solo me pidieron que la localizara e informara de su ubicación.

—Como ve capitán —comenzó a decir el abogado—, estos hechos no son constitutivos de ningún delito. Mi defendido hizo una labor de seguimiento propia de su trabajo como detective privado.

—¿Tiene su defendido, señor letrado, un título acreditado de detective privado? —saltó el capitán.

—Lo tiene.

—¿Sería tan amable de mostrármelo, por favor?

—Lo tiene en Colombia.

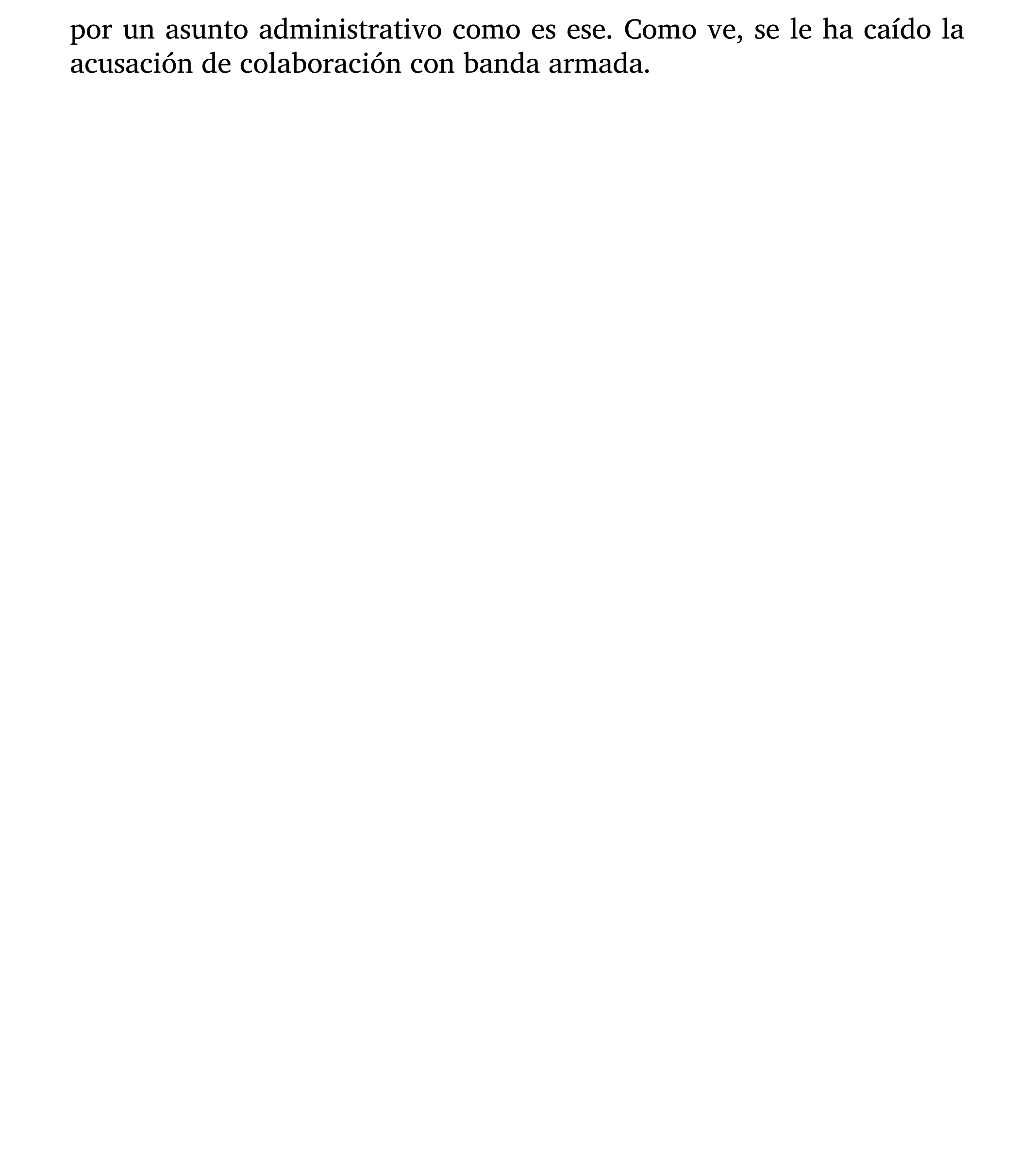
—Sí, claro. Pero si no está convalidado, no tiene capacidad de actuar en España como tal.

—Existe un convenio que ampara tales actividades, sin necesidad de convalidación.

—Un convenio bastante vago, letrado. No creo que ningún juez considere que esas actividades no precisan convalidación.

—Muy bien, capitán, pues denuncie si quiere a mi defendido por esa cuestión. Pero mientras tanto, déjele en libertad. No puede retenerlo

por un asunto administrativo como es ese. Como ve, se le ha caído la acusación de colaboración con banda armada.



Escurridiza como una anguila

—La estaban esperando, Karen. Laura es escurridiza como una anguila, ya lo sabemos, pero cometió el error de pasarse ese día por su casa a recoger algo, y ahí estaba Carrillo para seguirla. Según parece, estuvieron apostados en los alrededores durante mucho tiempo, hasta que por fin la vieron.

—Su ángel de la guarda la salvó de recibir dos balazos, desde luego.

Roger había vuelto a establecer contacto telefónico con su jefa en Londres, y le estaba exponiendo lo que habían averiguado.

—Lo que no entiendo es por qué no la mató Carrillo o Lorenzo.

—No es su cometido, Roger. En estas bandas cada uno tiene su función. Unos son seguidores y otros son ejecutores. Aunque hubieran tenido que hacerlo si se lo hubieran ordenado, supongo. O bien, esperaron a hacerlo en un lugar discreto. Desde que Laura salió de su casa estuvo constantemente en lugares públicos donde es más arriesgado dispararla. En la habitación de un hotel, sin embargo, es mucho mejor.

—Sí, está claro.

—¿Habéis pensado en la posibilidad de que no fuera a ella a quienes estaban siguiendo?

—No. ¿Por qué no iba a ser ella?

—Por lo que sabemos, no me cuadra nada que Laura esté envuelta con estos sujetos, Roger. Llevamos tiempo averiguando sobre ella, y sí, es una chantajista, una extorsionadora… todo lo que tú quieras. Pero se mezcla siempre con gente rica o con famosos.

—Podría haberse liado con un capo del cártel de Mocoa. Seguro que son también muy ricos. Estos no son de los que pagan y se olvidan, ya me entiendes.

—Sí, ya te entiendo, pero me parece raro que Laura se meta justo en eso. Sabe seleccionar muy bien a sus víctimas y no es nada tonta.

—Eso es cierto —reconoció Roger.

—Verás, tú me has dicho que Carrillo dijo: «no podía ser otra». Pero eso me ha recordado a lo que pasó con Carla Watts. También Fidel se

pensó que la modelo era el objetivo. «Una rubia que está cañón», le dijeron, y resultó ser la otra.

—Carrillo dijo: «Una chica morena, trigueña, con mucho pecho, y que vivía allí. Era ella»

—Ya… ¿Quién más vive en esa casa, Roger?

—La madre y el padrastro. A la madre se la podría describir igual que a la hija, al menos con esos mismos adjetivos, salvo que tiene más de cincuenta años y además está ciertamente gruesa. Esa mujer no puede ser el objetivo real. Por lo que sabemos, Charo es una funcionaria que trabaja de administrativa.

—No, claro, de ser alguna de las dos, es la hija. ¿No vive nadie más allí?

—Bueno… —comenzó a decir Roger, recordando al bebé—. Allí había también una niña pequeña… creo que nos dijo que era la hija de su cuñada.

—¿Su cuñada?

—Sí, pero no vive allí. Creo recordar que nos dijo que estaba trabajando en el extranjero. Pero… si es hermana del marido… El marido desde luego es un hombre joven.

—¿Más joven que la madre de Laura?

—Sí, mucho más. Podría tener perfectamente una hermana de entre veinte y treinta años.

—Roger, tenéis que investigar algo más eso. Quizás ahí está la clave. Puede que se hayan confundido de chica, otra vez.

—Desde luego. Hablaré con Carmen y le daremos una vuelta.

—Por cierto —dijo, cambiando de tema—, ya te informó Hagen del final de la banda de Reading, ¿no es así?

—Sí, me lo dijo ayer. Ya no hay rastro del cartel de Mocoa en Inglaterra, ¿verdad?

—Eso pensamos. Esperemos que no haya más células por ahí sueltas. Fue marcharse Fidel y enseguida les pillamos. Creemos que este es el cabecilla de la organización en Europa, y ahora le tienes en tus manos Roger. ¿Cómo va la investigación?

—Estamos a punto de saber dónde están. La Guardia Civil tiene un señuelo al que se está siguiendo, y no tardarán mucho en ser nuestros.

—Estupendo. El capitán Ramos quiere que participes en el operativo, pues solo tú le has visto la cara. Hagen ya está tramitando la autorización. Ten mucho cuidado, Roger.

—Tranquila, Karen. Se me escapó una vez, pero te aseguro que eso no volverá a pasar.

Dos fotografías

—Señora Charo, soy Roger de la policía.

—Hola Roger. ¿Sabéis algo de mi hija?

—No, pero necesitamos hablar con su marido. ¿Está en casa?

—¿Tony? No, está en la academia. Pero no tardará en llegar. Quizás en media hora estará aquí. ¿Por qué?

—Vamos para su casa, Charo. Por favor, dígale que nos espere allí.

Otra vez Karen le había dado una lección a Roger, al insinuarle si allí vivía alguien más. En efecto, pudiera ser que esos zafios de la banda de Mocoa se hubieran vuelto a equivocar. Carmen miró en el padrón de habitantes para comprobar quién estaba empadronado en el chalet, y solo estaba Charo y su marido, que se llamaba José Antonio. Pero ella les había dicho que era ecuatoriano, y ese país tiene frontera con Colombia. Y la ciudad de Mocoa, de donde proviene el cártel, está próxima a la frontera.

—Buenas noches, Charo, ¿llegó su marido?

—Sí, está en el salón. Pasad, por favor.

Los dos pasaron y se encontraron a un chico joven, claramente latinoamericano en lo referente a su aspecto físico, que les saludó con gesto amable pero serio. Tras invitarles a sentarse y a tomar algo, que los dos rechazaron, Carmen fue directa al grano.

—Verá, señor Jaramillo…

—Llámeme Tony, por favor.

—Tony. En primer lugar, es usted de origen ecuatoriano, ¿no es así?

—Yo nací y me crie en España, Carmen. Soy español, pero mi padre sí que es ecuatoriano.

—¿Y los padres de la niña? —preguntó, mirando al bebé que Charo tenía en brazos.

—Mi hermana está trabajando en… —se detuvo y miró a los dos alternativamente—. ¿Para qué quieren saberlo?

—¿Podría enseñarnos una fotografía de ella?

El hombre pareció dudar, y entonces Roger insistió:

—Es importante, Tony.

Entonces extrajo de su bolsillo el teléfono móvil y comenzó a buscar en la galería.

—Es de hace algo de tiempo, cuando yo vivía en Jaén. Ella vino a visitarnos a mi padre y a mí, e hicimos algunas fotos. Puedo enseñarles esta… aquí se le ve bien la cara… y esta otra. Aquí está casi de cuerpo entero.

Los dos policías se quedaron de piedra al contemplar a una muchacha joven, morena, trigueña, y con mucho pecho.

Peligro inminente

—Tony, por favor, tiene que decirnos todo lo que sepa de su hermana. Puede estar en serio peligro —advirtió Carmen.

El muchacho miró a Charo, y esta asintió. A continuación, comenzó a decir, tras dar un profundo suspiro:

—La verdad, no sé por dónde empezar —concedió, y se quedó mirando a sus interlocutores por unos segundos.

—No se parece a usted —comenzó a decir Carmen—. ¿Es realmente su hermana biológica?

—Yoana es mi hermanastra. Es hija de mi padre con otra mujer ecuatoriana. Una mestiza, casi blanca, que vive en Ecuador. En Guayaquil.

Al decir Guayaquil, los dos policías se miraron. Precisamente era una de las bases del cártel de Mocoa, que extendía sus tentáculos también por el país vecino.

—¿Usted conoce a esa mujer?

—¿A la madre de mi hermana? No. Mi padre se separó de ella antes de nacer yo, antes de venirse a España. Yo ya nací aquí, fruto de otra unión. Lo único que sé es que esa mujer se juntó con otro hombre en Ecuador. Un hombre sin escrúpulos, por cierto, que maltrataba a Yoana y a su madre.

—¿Dónde está ahora? Quiero decir, Yoana.

De nuevo el chico miró a su mujer y ella volvió a asentir.

—En alta mar. Trabaja como limpiadora, en la marina mercante. Apenas viene por aquí.

—¿Sabe si a su hermana la está persiguiendo alguien?

—Sí, Carmen —contestó, tras mirar de nuevo a Charo—. La están persiguiendo —recalcó— Su padrastro la vendió a unos mafiosos que la prostituyeron en Guayaquil, pero consiguió escapar y reunirse con nosotros. Primero llegó a Jaén, donde yo vivía con mi padre. Estuvo con nosotros un par de meses, y allí intenté buscarla trabajo, aunque no lo encontramos. Pero ella se sentía insegura y se marchó.

—¿Se sentía insegura con ustedes?

—Sí. Según ella, esos mafiosos sabían dónde vivíamos mi padre y yo,

cuando vivíamos en Madrid. Fue cuando nos fuimos a Jaén, cuando entonces ella se decidió a escapar. Ya no aguantaba más y se arriesgó, a pesar de que alguien pudiera saber dónde nos habíamos ido.

—Y alguien lo sabía… —intuyó Roger.

—Es posible. El caso es que se fue a Alicante, pues seguía teniendo miedo. Comenzó a trabajar allí en un hotel, y permaneció en ese lugar hasta que, de nuevo, alguien preguntó por ella en el… hotel… y entonces se asustó y se presentó aquí, embarazada de Noa.

—¿Por qué no lo denunció?

—En primer lugar, por miedo. Y también porque no tenía pruebas de nada. Solo sabía que algunas compañeras habían intentado escapar, y acabaron muertas antes de salir de Ecuador. No se fiaba de la policía.

—Ya veo. Aunque también le diré que la policía no es igual en todos los países.

—Eso le dijimos nosotros —aclaró Charo—. Pero no nos hizo caso.

—Entonces —continuó Carmen, después de unos instantes—, ¿quién es el padre de la niña?

—La niña no tiene padre —dijo el chico, después de unos segundos, tras mirar al suelo.

—Entiendo. Pero, ¿por qué no buscó trabajo en Alicante? Ya que vivía allí…

—Yoana vivía en el «hotel», Carmen —dijo Charo—. No sé si me entiendes…

—Sí —contestó, tras pensar unos segundos—. Creo que la entiendo. Pero, ¿por qué no se vino antes con ustedes?

—Charo y yo solo éramos novios, aunque yo me quedaba por aquí de vez en cuando. Ella quiso volver a Jaén con mi padre, pero él le aconsejó que se viniera aquí. Pensaba que este era un sitio más seguro.

—Pues no lo es, señor Jaramillo… Tony —confirmó Carmen—. Esos «mafiosos» saben que su hermana vive aquí, y han intentado matarla. Mejor dicho, la han confundido con Laura —afirmó, mirando a Charo —, y han intentado matarla a ella.

—Han intentado matar… ¿a mi hija? —preguntó la madre, con cara de pavor.

—Sí, pero no lo han conseguido, que sepamos. Han matado a otra



persona, en su lugar.

El teniente Lomas

—¿Quién es Fidel?

—Es un colombiano. Creemos que está relacionado con las altas jerarquías del cartel de Mocoa.

—Un pez gordo, vaya.

—Pues sí. Y muy peligroso. Le gusta matar y se apunta a todas las misiones en la que haya que cargarse a alguien. Era el jefe de la célula de Reading, la más importante de Inglaterra. Estuvo constituyendo la célula de Croydon, que fue la que desarticulamos antes de venir yo aquí. Estuve a punto de atraparle, pero se me escapó.

—Pues ahora parece que quiere hacer lo mismo en España —dijo Carmen, preocupada.

—Sí, tras la desarticulación de la célula de Croydon y la de Reading, se ha refugiado aquí. Aunque no descarto que también aproveche para rematar el trabajo que se dejó a medias en Brighton. Mientras Fidel esté en España, esa chica no estará a salvo.

—¿Te refieres a Laura o a Yoana?

—A las dos. Aunque me imagino que Laura sabe cuidarse sola.

—Estoy de acuerdo; el peligro es Yoana. Si han conseguido llegar hasta el hermano, no les costará demasiado encontrarla, aunque esté en un barco en alta mar.

—Mira, ya está entrando el capitán.

En ese momento entró el susodicho, con una serie de papeles en la mano y un hombre uniformado a su lado.

—Compañeros, les presento al teniente Lomas. Él será quien dirigirá el operativo. Es un experto en la lucha contra el narcotráfico, y nos va a dar unas indicaciones de lo que nos espera cuando se dé luz verde. Teniente, todo suyo.

El capitán Ramos había citado a Carmen, Roger, y a otros ocho guardias en una sala de reuniones de las dependencias de la Dirección General de la Guardia Civil en la que estos tenían su base. La sala era amplia y polivalente, y en el momento en que se produjo la reunión se encontraba conformada por sillas dispuestas en filas, atendiendo hacia una de las paredes sobre las que había una pizarra. El teniente Lomas era un hombre alto, delgado, con bigote, y debía contar unos cuarenta

y cinco años.

—Gracias capitán. Bien, les pongo en antecedentes —comenzó a decir—. El cártel de Mocoa se formó hace algunos años, como escisión de otros cárteles más importantes de Medellín y Cali. Lo fundó un tal Arturo Trujillo, un hombre que en la actualidad está preso por las autoridades colombianas, y que sufrió un intento de asesinato en la prisión que a punto estuvo de tener éxito, y que le ha dejado la salud bastante tocada.

«Ahora mismo la organización está en crisis, con varios candidatos disputándose el liderazgo tras la desaparición de la vida activa de Trujillo. Este hombre no era más que un segundón en las bandas en las que militaba antes de ponerse por su cuenta, pero se destacaba por su fiereza y falta de escrúpulos. Cuando se desligó de sus jefes y captó a otros cabecillas para formar el cártel, se rodeó de hombres de naturaleza similar. Gente de poca inteligencia, pero muy violentos, y sobre todo, muy leales. Tienen fama de chapuceros, y nos consta que esta no ha sido la primera vez que se equivocan en un objetivo. No se fían de la tecnología, y siguen usando teléfonos móviles que no son smartphones. Por eso, entre otras cosas, prefieren reunirse en persona y no hacen videoconferencias o reuniones virtuales para minimizar riesgos».

«En Colombia, Ecuador y Perú, que son los lugares donde operan, se disputan los territorios con otras bandas que acaparan el mercado de la droga. En un principio no se dedicaban a esto, y era la prostitución su principal negocio. Pero han apuntado demasiado alto, y están perdiendo la guerra contra las otras bandas y contra las propias autoridades locales que no paran de cerrar prostíbulos uno tras otro y liberando a las chicas. Su intento de desembarco en Europa fue hace tiempo, y han ido estableciendo una red de contactos y ojeadores donde se han ido introduciendo poco a poco. Tras el desmantelamiento de la organización en Reino Unido, solo les queda España como último bastión, y es a lo que se aferran ahora. Pero tenemos la esperanza de que, con este golpe de mano, se quede tan tocada que los miembros menores que pueden estar por ahí acaben dispersándose. Pero para eso debemos tener éxito en el operativo».

«Según nuestros confidentes se espera una reunión de importancia comandada por Fidel, que es el jefe ahora aquí».

«En cuanto a Fidel, según nos ha dicho el teniente Evans de la Brigada de Estupefacientes de Inglaterra, y nos lo confirma el sargento Penny aquí presente, siempre se pensó que era uno de los dos cabecillas de célula de Croydon, pero por sus movimientos, hemos detectado que en

realidad era el jefe de toda la organización en ese país. Tras la caída de la célula de Reading, que era la más importante, ha venido a Madrid, y por lo que parece, el líder de la célula local está ahora mismo a sus órdenes. Ahora el sargento Penny les contará algo más sobre este individuo».

—En primer lugar, quiero advertirles que es un hombre muy peligroso —el irlandés solo llevaba poco más de un mes en España, pero ya parecía que era del país—. Al principio pensábamos que era simplemente un ejecutor, o un agente que iba itinerante entre las células. Pero ahora sabemos que no. Afrontaba personalmente las tareas más delicadas, no por obediencia a sus superiores en Colombia, sino por gusto. Es un sanguinario. Cuando yo le conocí era un hombre alto de unos treinta años, moreno, y con el pelo largo. Pero ahora puede que haya cambiado su aspecto.

—Sí —intervino Lomas—. Ahora tenemos indicios para pensar que puede ser uno de los herederos de Trujillo, y que tenía la misión de poner unos buenos cimientos de la banda en Europa para luego volver a Colombia y con esos réditos a sus espaldas acaparar la jefatura del cártel. Por eso es tan importante el hecho de tener éxito en este operativo. Si no lo hacemos ahora que están empezando, puede que ya no lo podamos hacer nunca.

Una reunión esperada

Todo había comenzado semanas atrás, cuando Carrillo salió libre tas confesar el seguimiento que le hizo a Laura.

Como era de esperar, el hombre no regresó a la pensión donde se alojaba. Además de que el sitio ya era del conocimiento de las fuerzas del orden, el colombiano se temía que la Guardia Civil hubiera incorporado algún dispositivo de seguimiento en los objetos que allí tenía.

Una vez que salió del calabozo de la Dirección General en la calle Guzmán el Bueno, comenzó a realizar toda una serie de maniobras de distracción con el objeto de que no se supiera dónde iba. Llegó a tomar varios taxis con idas y venidas a distintos municipios, y durante horas estuvo dando vueltas por Madrid y las ciudades aledañas para despistar a la policía. Por fin, cuando ya se creía a salvo, entró y se alojó en una pensión de la zona suroeste de Madrid, muy cerca de la Casa de Campo.

Pero la Guardia Civil había puesto toda la carne en el asador con esta banda, y no se escatimaron esfuerzos de seguimiento. Una persecución que incluso contó con drones de la Jefatura Provincial de Tráfico.

Cuando él se bajaba y deambulaba por una ciudad, se establecía contacto con agentes que le estaban esperando de paisano, y que se disponían a seguirlo. Algunos eran mujeres, otros hombres, y siempre de edades diferentes para no levantar sospechas. Algunos contaban con auriculares simulando que oían música o que hablaban por teléfono, mientras que otros llevaban los clásicos «pinganillos» por los que todos se intercomunicaban entre sí.

Las tácticas eran siempre parecidas. El objetivo, o sea, Carrillo, delante. El primer seguidor, A, justo detrás; y el segundo seguidor, B, detrás de A. Y si surgía cualquier imprevisto, A rotaba posiciones con B. Así estaban siempre preparados para rebasarle y no perderle, porque siempre había alguien con suficiente margen de reacción para cambiar la trayectoria sin que el objetivo se percatara. También había un tercer seguidor, C, que estaba en un lugar oculto, dispuesto a incorporarse a los otros, o para darles el relevo si había constancia de que alguno de ellos podía haber sido visto por el objetivo. En ese caso, el seguidor se consideraba «quemado», y desaparecía del seguimiento.

Una vez que Carrillo entró en la pensión, comenzó a hacer una vida similar a la que había hecho cuando estuvo en el hospedaje anterior.

Es decir, sin apenas salir, y cuando lo hacía era para comprar algo de comida en un supermercado cercano, y, eso sí, frecuentar a las prostitutas de la Casa de Campo, algo que hacía con asiduidad.

Como se esperaba, no volvió a utilizar el teléfono móvil que le había sido intervenido, y cuyo número ya lo sabía la policía al tener el código IMEI. Así las cosas, era de esperar que estuviera un tiempo «en barbecho», o lo que es lo mismo, fuera de las operaciones de la banda.

El confidente de la Guardia Civil estaba ya también fuera de juego, pues no podía arriesgarse a que le vieran al haber sido detenido Carrillo. Por supuesto, antes de retirarse también identificó a los otros miembros de la banda que también conocía y a los cuales también se consiguió hacer seguimiento. Al igual que el otro, también todos cambiaron de pensión en cuanto se supo que podría haber un chivato entre ellos.

Pero la banda estaba en crisis, y no podían estar fuera de las operaciones de trapicheo durante mucho tiempo. Necesitaban ingresos que les permitieran llevar adelante el negocio, y desde Colombia se estaban impacientando. Así que, tras un tiempo no demasiado largo de desaparición, volvieron a la normalidad.

Respecto a Carrillo, a pesar de estar fuera de juego, había la esperanza de que se pusiera en contacto con el resto de sus compañeros de alguna manera, aunque solo fuera para recibir indicaciones de que se estuviera quieto.

No tardó, pues, en acudir a un centro comercial y comprarse un nuevo teléfono y un nuevo número, aportando una identidad falsa. Pero nada más salir, los agentes se personaron en el establecimiento donde lo compró, se identificaron, y así se hicieron con el número de teléfono cuya línea de prepago acababa de adquirir.

Solo hizo una llamada, pero fue suficiente. El teléfono al que llamó tenía también un buen historial de llamadas y de contactos, y todos fueron examinados con lupa.

En la mayoría de los casos eran contratos de líneas telefónicas recientes, todos con identidades falsas, excepto uno, que resultó ser el domicilio de un ciudadano colombiano aparentemente inofensivo, al cual se comenzó a hacer un seguimiento exhaustivo.

—Nelson Ladrada, treinta y dos años. Vive en un piso «okupado» en el barrio de Aluche —comenzó a decir el capitán Ramos—. Está empadronado allí junto a una mujer, Yenifer Yisela Lopezmari, y un hijo de ambos, un menor de edad de nombre Wilson. Se supone que

por esas razones no les han podido desahuciar, aunque el piso está siendo reclamado por su propietario de forma insistente, y desde hace tiempo.

—¿No pagan el alquiler? —preguntó Roger.

—No, amigo. Estos han tirado abajo la puerta de la vivienda y se han quedado a vivir allí de forma indefinida.

—Han robado la vivienda… —entendió—. Pero, ¿eso es posible? Quiero decir, ¿no les pueden desalojar?

—Así son las leyes en España, compañero —aclaró Carmen—. El proceso es largo y costoso y puede durar varios años en un caso como ese.

—El problema aquí es todavía más sangrante —comenzó a decir el capitán—. Por lo que nos dice la gente que está haciendo el seguimiento, en esa casa no vive ningún menor de edad. Se ha visto salir de la vivienda al citado Nelson, y a otro hombre más joven, de unos veinte años. Y lo peor es que creemos que también viven en ese piso dos o quizás tres mujeres que no han salido jamás de la vivienda. Solo se las ha visto fugazmente, cuando abren para ventilar la celosía de hierro que tienen en las ventanas.

—Prostitutas… —musitó Carmen.

—Creemos que sí. Y encarceladas, como hacen con todas. Hemos hablado con los vecinos y lo confirman. Han oído gritos, peleas, golpes, amenazas… lo típico. El teléfono del tal Nelson tiene un montón de llamadas entrantes, que se repiten periódicamente.

—Los clientes fijos…

—Que llaman para concertar las citas. Seguro.

—Pero, capitán… si es un bloque de vecinos, ¿Por qué las mujeres no piden ayuda? Si estos las oyen, podrían denunciar lo que están viviendo…

—La razón debe ser bastante simple, Roger. Seguramente tienen hijos menores en Colombia o Ecuador y les amenazan con matarlos si se resisten a colaborar.

—Entiendo. Por eso nunca salen los dos hombres juntos. ¿No es así? Siempre se tiene que quedar al menos uno en el apartamento para vigilar a las mujeres.

—Exacto. Pero lo curioso es que toda la actividad de prostitución ha

cesado desde que detuvimos a Carrillo. Desde entonces solo sale Nelson y el otro joven a comprar comida, y no hay rastro de las tres mujeres, que, desde luego, siguen en el piso y no salen nunca.

—Deben estar esperando a terminar «la cuarentena» para después reanudar las actividades —observó Carmen—. No quieren que se les cuele ningún policía haciéndose pasar por cliente.

—Eso es. Pero esta mañana ha ocurrido algo muy importante —hizo una pausa y luego siguió—: Nelson ha salido a la calle nada menos que tres veces. La primera al supermercado para comprar gran cantidad de comida. La segunda para comprar gran cantidad de bebida, y la tercera para ir al estanco a comprar dos cartones de tabaco.

—Van a hacer una reunión…

—Eso parece. Y allí estaremos nosotros para pillarlos a todos.

El operativo

El piso se ubicaba en la segunda planta de un edificio de cuatro alturas. La planta baja estaba formada por locales comerciales y la primera tenía un patio al que se podía saltar fácilmente desde la segunda, en la parte de atrás. Desde ahí, desde ese patio, también se podía acceder con relativa facilidad a la calle.

Los miembros de la célula habían tomado las precauciones habituales, entre ellas el ir de uno en uno con un intervalo de algunos minutos entre la entrada de una persona y la siguiente.

El teniente Lomas, Carmen y Roger y dos guardias más ya llevaban horas por allí para asegurarse de que ninguno de los que habían entrado salían del piso, algo que ninguno hizo. En caso de haberlo hecho, le hubieran detenido en el acto y se hubieran ahorrado el riesgo de tener un objetivo más al que abatir.

Después de que hubo entrado el que se suponía que era el último, se esperó un tiempo prudencial por si venía alguno más que no estuviera controlado, que no fue el caso, y entonces la fuerza que iba a llevar a cabo el asalto y las unidades uniformadas que tenían la misión de acordonar la zona llegaron en furgonetas sin distintivos y tomaron posiciones. Una vez que todos estuvieron en su sitio, los de la Unidad de Intervención abrieron el portal y se deslizaron dentro. Poco después se pudieron oír los gritos «¡Guardia Civil!», un par de veces, y se oyó desde fuera el golpe que indicaba que el ariete había derribado la puerta.

Fue entonces cuando Roger vio el fogonazo que salía por la pequeña ventana que se suponía que era de un cuarto de baño. Lo vio una milésima de segundo antes de oír el estruendo, y no le dio tiempo más que a empujarla ligeramente para intentar ponerla a cubierto, y gracias a eso quizás salvó su vida. Aun así, advirtió cómo un puño de hierro invisible derribaba a su compañera tras descomponerle la figura a la altura del hombro.

Oyó su grito de dolor mientras él mismo se exponía y disparaba de forma instintiva, sin pensarlo ni calcular el daño que podía hacer o sufrir, las balas que contenía el cargador de su pistola. Buscaba impedir que de esa ventana saliera más fuego, en tanto que Lomas y los dos guardias se las arreglaban para recoger del suelo a Carmen y ponerla a salvo detrás del coche.

—Está sangrando mucho —gritó Lomas—. ¡Que alguien llame ahora

mismo a la ambulancia!

Uno de los guardias llamó inmediatamente a la UVI móvil que ya estaba apostada en las inmediaciones en previsión de la que se suponía que era una refriega, y el teniente Lomas se comunicó con el jefe de la Unidad de Intervención para advertir que extremaran las precauciones:

—¡Nos han hecho fuego desde la ventana del baño! ¡No entren en las habitaciones!

Roger introdujo otro cargador en su pistola y acudió inmediatamente a ver qué tal se encontraba su compañera.

—Apriétale más fuerte la herida —conminó a uno de los guardias que intentaba contener la sangre que brotaba de la misma—. ¡Y no aflojes!

Carmen tenía el rictus entre dolorido y ausente y parecía completamente aturdida por el impacto que acaba de recibir. Se había expuesto demasiado, y acusó su inexperiencia en misiones de asalto, algo a lo que Roger y Lomas sí que estaban acostumbrados.

—Ha sido Fidel. Creo que conseguí verle antes de que se escondiera.

—Atrápale, Roger —le dijo, con la voz quebrada, intentando clavar sus ojos en él—. No te preocupes por mí.

El irlandés sintió un nudo en la garganta y dijo:

—¡Cómo no me voy a preocupar!

—Ve a por él, Roger… ¡Que no se te escape esta vez!

—Aguanta Carmen, ¡Prométemelo!

—Te lo prometo, de verdad. Anda ve, que no se te escape —consiguió decir, antes de cerrar los ojos en un gesto de dolor. Roger la dio un beso en los labios y se volvió hacia el teniente.

—Quédense con ella mientras viene la ambulancia —dijo Lomas a los guardias mientras hacía un gesto a Roger para que le siguiera.

Los dos se dirigieron hacia el portal, donde ya se oían los tiros que no paraban de sonar a diestro y siniestro.

—¡Novedades! —gritó el teniente, dirigiéndose al jefe de la intervención.

—Ningún herido —se oyó, por el intercomunicador—. Pero están oponiendo fuerte resistencia.

Cuando los dos llegaron ante las puertas de la vivienda, fue cuando los disparos dejaron de sonar y entonces se oyó:

—¡Tenemos rehenes! Como entren… ¡las mataremos!

Tras unos segundos, uno de los guardias dijo:

—Se refiere a las mujeres, teniente.

—Sin duda. Ahora ya solo les sirven para eso —masculló, con rabia—. Cerdos… seguro que las matarán de todas maneras.

—¿Qué hacemos?

El teniente inspiró hondo y a continuación gritó, dirigiéndose hacia los colombianos:

—¡No tienen escapatoria! ¡Ríndanse y no empeoren más las cosas!

El piso era amplio y tenía al menos cuatro habitaciones. Los agentes habían tomado control del hall de entrada y de la cocina, y les separaban de sus ocupantes una puerta que había sido colocada allí recientemente para aislar la zona en la que se encontraban del interior de la vivienda, seguramente para que los ruidos que originaban los clientes y las prostitutas no se oyeran desde la escalera. La puerta daba acceso a un pasillo interior que conducía al salón y a las habitaciones, y desde las que se oían algunos ruidos. Tras unos minutos en los que los colombianos habían parecido dialogar, uno de ellos dijo:

—Queremos que traigan una furgoneta en la que nos podamos ir al aeropuerto. Allí debe esperarnos un avión con el depósito lleno. Como no lo hagan en las próximas dos horas, mataremos a los rehenes.

El teniente y el brigada responsable de la unidad de intervención se miraron entre sí y este último pareció proferir una sonrisa irónica. Al final fue el teniente el que habló:

—Se ve que ustedes han visto muchas películas americanas, caballero. Aquí en España, como me imagino que en Colombia, las cosas no funcionan así.

—Necesitamos hablar con su jefe. ¡Que venga un negociador! —dijo el mismo que había hablado.

—Aquí el único responsable soy yo —aseveró Lomas—. Negocien conmigo. Y mi oferta es que se rindan de inmediato. Solo se les acusa de tráfico de estupefacientes, de momento. No empeoren las cosas, o la condena que les caerá será mucho mayor.

—¡No vamos a salir! —se oyó—, y a continuación sonaron más disparos.

—Dígales que salga Fidel —susurró Roger al teniente, y este asintió. Tras unos segundos, se volvió a dirigir a los delincuentes:

—¡Entreguen a su jefe! —gritó—. Les aseguro que, si lo hacen, no les pasará nada. Es contra él contra quién tenemos los cargos principales. Las pruebas contra los demás, son puramente circunstanciales.

A continuación, después de unos instantes de silencio, se comenzaron a oír gritos, y comenzó una fuerte discusión entre ellos, que los agentes no pudieron entender sino por palabras sueltas. Después de un rato, Lomas volvió a gritar:

—¡No tienen alternativa! ¡Salgan ya!

Después de otro rato, se oyó una voz distinta de la voz de la persona que había hablado hasta el momento:

—¡Voy a salir! ¡No disparen!

—Le doy mi palabra de que si ustedes no lo hacen, nosotros tampoco lo haremos —aseguró Lomas, y a continuación la puerta comenzó a abrirse despacio.

Lo primero que vieron aparecer los agentes fue a una mujer. Era una de las prostitutas, que se ponía como escudo humano del hombre que tenía pegado a su espalda, y a quien apuntaba con la punta de su pistola sobre la sien.

La mujer tenía la cara desencajada y una expresión de terror y de pavor que era digna de lástima. Detrás de ella, es decir, el hombre que le amenazaba, apareció precisamente Nelson, y entonces fue cuando Roger comprendió la jugada.

—Teniente —le dijo—. Quieren hacernos creer que él es el líder, para luego salir inocente del juicio. Es un señuelo. Están creando una distracción para facilitar la huida.

—¿La huida?

—Sí… ¡tengo que ir por detrás! —le dijo, y a continuación salió disparado hacia la calle, mientras Lomas le indicaba a uno de los guardias que le acompañara.

La misma situación ya la había vivido Roger en Croydon, y esta vez no le iba a pillar desprevenido. Corrió deprisa hacia la parte de atrás del edificio, rodeando la manzana de bloques de viviendas que tenía

delante de sí, y entonces vio que ya estaba comenzando a salir.

Como suponía, Fidel había saltado por una de las ventanas, sin parar de disparar, para que los guardias se pusieran a cubierto y no le dispararan a él. Desde la ventana saltó al patio interior del primer piso, y desde allí se precipitó hacia la calle y comenzó a correr. Había descargado ya las balas del cargador de una de las pistolas, y ahora comenzaba a disparar con una segunda que tenía en la mano izquierda, mientras que otra se vislumbraba en la parte de atrás de su pantalón. Ningún guardia se pudo mover, ante la intensidad del fuego, y entonces enfiló hacia la calle que estaba al fondo de la pequeña placita en la que estaban todos apostados detrás de los vehículos.

Pero nada más entrar en la calle, cuando por fin se vio a salvo y dejó de mirar hacia atrás, se encontró con Roger.

—¡Alto Fidel! ¡Tira el arma! —le dijo en inglés.

Entonces el colombiano, con un acto reflejo, disparó contra el objetivo que tenía delante, y entonces se percató de que a esa pistola tampoco le quedaban ya balas. Echó mano rápidamente a la que tenía detrás, pero ya era demasiado tarde. Un disparo del irlandés le dio directamente en el pecho, y se derrumbó inerte en el suelo, mientras el otro guardia acudía a prestarle una ayuda que ya no necesitaba.

—*You, filthy bastard…* —le dijo Roger al acercarse, y tras comprobar que estaba muerto, más guardias acudían a ver lo que había pasado.

—¡Vamos! ¡Tenemos que ayudar a los demás! —gritó el irlandés.

Cuando llegaron, Nelson había conseguido salir hasta la calle con la mujer, mientras los otros miembros de la organización le seguían a corta distancia con las armas apuntando en todas direcciones, mientras la comitiva se cerraba con otro hombre que mantenía en una posición similar a otra mujer. Al parecer, la tercera mujer no pudo ni siquiera caminar por el ataque de nervios que tenía encima, y la dejaron en el piso.

—El de detrás es el jefe —comentó Lomas al brigada, y por el intercomunicador—. Estar pendientes de él. Los demás no van a hacer nada.

La comitiva avanzaba hacia una de las furgonetas policiales, en la que pensaban todos huir portando como escudos humanos a las dos mujeres. Y en ese momento, los ojos del último de los colombianos se abrieron de golpe, al igual que se le abrió la boca, mientras que la pistola que portaba dejaba de apuntar momentáneamente a la chica, quien consiguió soltarse y separarse de él. Esa misma mujer se las

había ingeniado para pincharlo con algo, y entonces, cuando volvió a tomar control de la pistola para teóricamente fulminarla, uno de los agentes le disparó y fue él quien cayó fulminado.

Y una vez muerto el jefe, todos los demás, incluyendo Nelson, tiraron las armas al suelo y levantaron las manos en señal de rendición.

El ángel de la guarda

Los detenidos fueron puestos a disposición judicial, y los agentes se pasaron el resto de la noche entre papeleos e informes. Fue ya por la mañana, cuando Roger se pudo presentar en el hospital para ver qué tal se encontraba su compañera. Compró un ramo de flores en uno de los puestos que había en la entrada, y se dispuso a subir hacia la habitación donde se encontraba.

Cuando llegó a las inmediaciones, se encontró a una mujer mayor que acababa de salir de la habitación, y que hablaba con un hombre que llevaba una bata blanca.

—No se preocupe, señora. Hemos podido extraer la bala y reparar los destrozos que hizo en el hueso, vasos y musculatura. Su hija va a necesitar algún tiempo de reposo y unos meses de rehabilitación, pero mi pronóstico es que recobrará toda la movilidad del brazo.

—¿Está seguro? —le preguntó ella con ansiedad.

—Hasta donde se puede estar en estos casos, señora. Le hablo de una probabilidad muy alta, basada en mi experiencia y en el análisis de las lesiones.

La mujer no terminaba de estar convencida del todo, y puso una expresión de cierta angustia.

—Tenga fe en mí —le insistió el médico, tomándola del brazo—. Si sigue con la evolución actual, no tardaremos demasiado en darle el alta hospitalaria, pero va a tener que pasar unos días aquí. Ocúpense de cuidarla y de acompañarla. Su hija tiene un buen ángel de la guarda, pues si la bala hubiera impactado solo unos centímetros a la derecha, el resultado hubiera podido ser fatal.

Fue entonces cuando la mujer se volvió hacia Roger. Su cabellera roja y su porte no dejaban lugar a dudas de que esa era el irlandés con quien su hija se juntaba últimamente.

—¿Tú eres ese ángel de la guarda, verdad? —le preguntó—. Tú eres quien ha salvado a mi hija…

—No del todo, señora. Tenía que haberla empujado más fuerte, y quizás la bala no le hubiera dado.

—La empujaste lo suficiente para salvarle la vida, Roger. Carmen me lo ha dicho así y yo la creo.

—Acusó la inexperiencia en misiones de ese tipo, supongo. Fue un error mostrarse cuando los guardias ya han entrado en un lugar con delincuentes.

—Pero para eso estabas tú allí. Para salvarla. Anda, ven, que estoy segura de que querrá verte.

El médico se marchó, y la madre acompañó al irlandés hacia la habitación, donde también estaba el sargento de la Guardia Civil retirado, el padre de la chica. Al verle llegar con el ramo de flores, Carmen no pudo evitar mostrar una pequeña sonrisa mientras decía:

—¡Qué cursilada, Roger!

—No le hagas caso, hijo —intervino la madre—. Has hecho bien en traer el ramo. A todas las mujeres nos gusta, aunque sean guardias civiles.

El hombre sonrió y entonces preguntó:

—¿Qué tal estás?

—Todo lo bien que se puede estar, después de haber sufrido un balazo.

—¿Y eso significa…?

—Tengo un poco de fiebre, pero era de esperar. He dormido algo, y cuando me he despertado ahí estaba el dolor. Pero me han administrado unos analgésicos, y ahora es llevadero.

Entonces la madre hizo un gesto al padre indicando que salieran, y los dos se marcharon de la habitación.

—Vamos a ir a tomar un café, Roger. Hemos venido en cuanto nos avisaron y llevamos aquí mucho tiempo sin probar bocado.

—Yo me quedo con ella hasta que vuelvan. Hasta dentro de un rato no tengo que marchar, para terminar los atestados.

—Bueno, qué —preguntó Carmen, nada más irse los padres—. ¿Todo ha salido bien, verdad? Me lo ha dicho el capitán hace un rato, por teléfono. Me ha llamado para interesarse.

—Sí, Fidel ya no volverá a matar a nadie. El cártel está desmantelado y las chicas liberadas. Y por lo que he oído en las noticias, el nuevo gobierno colombiano ha declarado la guerra a las bandas y están desmontando toda la organización.

—Vaya chapuceros los de este cártel… Querían matar a una prostituta

de Guayaquil y terminaron cargándose a Carla Watts.

—Esos son los peores, Carmen, y los más violentos. Cuanto menos inteligentes, más daño hacen.

—Ha sido gracias a ti, Roger. Seguro que de esta te ascienden a teniente.

—Eso espero. Aunque Lomas también ha tenido mucho que ver. Sin él no podríamos haber hecho nada.

—Él será capitán dentro de poco. Estoy segura.

—Y tú, ¿también serás teniente, ahora?

—Como tú has dicho, eso espero. Y si no es por méritos, supongo que esta «gesta» ayudará a que los papeles se muevan más aprisa y solucionen «mi problema».

—Lo harán, Carmen, ya verás como sí —le animó, y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Un beso que le supo a poco, y cuando él se iba a retirar, ella le tomó de la cabeza y le dio uno mejor en los labios.

—Como me vea ese sargento de la Guardia Civil… —susurró él, refiriéndose al padre y mirando hacia la puerta, mientras se retiraba un poco.

—Es inofensivo, Roger. Anda, ven. Ahora necesito tus besos más que nunca.

Niza

Había sacado el billete de vuelta por si ese día las cosas salían mal y no podía ver a Carla ni entregar el vídeo. Entonces se quedaría esa noche en el hotel, y a la mañana siguiente volvería a Madrid. Pero todo había salido a pedir de boca, y ya no tenía sentido permanecer allí. Era arriesgado, pues Ruddy podría montar en cólera e ir a por ella. Lo mejor era largarse de inmediato y tomar el primer vuelo que saliera para España.

Pero no había ninguno hasta precisamente la hora del que tenía sacado, que era a las dos de la tarde del día siguiente. Permanecer en el aeropuerto toda la noche y toda la mañana hasta que saliera el vuelo no le apetecía en absoluto, y la única opción sería buscar otro hotel en las inmediaciones.

Continuó leyendo el panel electrónico para ver si había otros vuelos disponibles, y entonces fue cuando se decidió. Se encaminó hacia el mostrador de Air France, y preguntó si había plazas disponibles para ese vuelo que salía en media hora. Le dijeron que sí, y sacó el billete.

Por fin, fueron casi las cuatro de la madrugada cuando llegó a su casa, en Mónaco. Al llegar al aeropuerto de Niza, en la frontera con Francia, le estaba esperando Guido, el chófer, a quien había llamado justo antes de montarse en el avión. Desde allí, el Rolls-Royce la condujo veloz hasta el gran palacete que se elevaba sobre la colina de Montecarlo, y desde donde se podía ver toda la ciudad.

Entonces fue cuando se enteró del suceso. Mientras el coche avanzaba a gran velocidad por la autopista, recibió un *tuit* de una agencia de noticias a la que estaba suscrita, donde se informaba del asesinato de Carla Watts.

«Joder», se dijo. «A este paso los periodistas van a conocer los acontecimientos antes incluso de que se produzcan». El cuerpo de la modelo estaba todavía caliente y ya se sabía en todo el mundo que la habían asesinado.

«¿Quién lo habría hecho?», se preguntó. «¿Habría sido Ruddy, o tal vez Richard?». Tras pensarlo durante unos segundos, al final llegó a la conclusión de que le daba igual saberlo. Pero estaba claro que ella, Laura, había sido la causa de aquel crimen —aunque no por las razones que ella pensaba—. En cualquier caso, si Ruddy hubiera pagado, nada de eso hubiera ocurrido, pensó, y era totalmente cierto. Ese pensamiento la confortó por el agravio, y de qué manera:

«conmigo no se juega», se dijo.

Finalmente, dejó el teléfono en el bolso, y sonrió maliciosamente. Ya estaba en Mónaco, y desde allí podía divisar su casa en lo alto de la colina, con su hilera de luces tan característica.

La mansión pertenecía a Louis Malletier, un magnate del lujo poseedor de un emporio a nivel mundial como principal accionista de una prestigiosa firma de artículos suntuosos. Se decía que en su juventud había ganado mucho dinero como intermediario en la venta de armas de la extinta Unión Soviética a los países árabes, aunque había sido absuelto de todos los cargos en los innumerables juicios que había tenido por ese motivo.

Cuando el coche llegó ante las puertas de la gran mansión, dos individuos perfectamente trajeados y que flanqueaban la entrada, miraron hacia el interior del vehículo y tras saludar y constatar que solo estaban la chica y el chófer, les dejaron pasar mientras uno de ellos avisaba por el intercomunicador a alguien de la casa.

El Rolls llegó a la veranda que antecedía a la entrada, y allí otro hombre uniformado abrió la puerta trasera del vehículo y saludó a su distinguida ocupante:

—Bonjour, mademoiselle.

—Bonjour, Pierre —respondió esta.

La mujer salió del vehículo y se dirigió hacia la puerta de entrada mientras el hombre abría un paraguas para que no se mojara. Había comenzado a llover, y aunque solo eran unos pocos los metros que le separaban del porche, ese detalle no se le pasó a un mayordomo tan eficiente como era aquel.

Los dos llegaron al interior de la casa, y la chica comenzó a subir las escaleras estilo imperio que conducían a la planta de arriba. Pero antes de llegar, le hizo una señal al mayordomo, que permanecía abajo, indicándole que subiera. El hombre, diligente, obedeció presto y al llegar a la altura de Laura, un peldaño más abajo, esta le dijo, en francés:

—Pierre, dentro de un mes quiero que vayas al aeropuerto de Gatwick y recojas de la consigna 2038 una maleta que he dejado allí. Aquí está la llave. Pero tiene que ser dentro de un mes. No puede ser antes, pero sí después. ¿Comprendido?

El mayordomo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y ella siguió:

—Ya sabes que mi cabecita es muy olvidadiza, y no guarda bien las

cosas. Por eso te las confío a ti, Pierre —le indicó melosamente, mientras sacaba los labios hacia delante y le ponía su dedo índice en la boca.

—¿Qué contiene la maleta? —se atrevió a preguntar. El hombre enseguida se dio cuenta del error, al cambiar el semblante de la chica. Esta le miró con cara de perdonarle la vida y le espetó:

—¡A ti qué te importa!

El mayordomo no dijo nada más y bajó la cabeza. A continuación, ella se dio la vuelta y terminó de subir las escaleras y atravesó un corredor que conducía a la gran suite que era el dormitorio del propietario de la mansión. Allí en las inmediaciones permanecía un hombre también uniformado y con otro comunicador, quién hizo un gesto de saludo sumiso sin abrir la boca, mientras la chica separaba con cuidado las dos hojas de la antesala del dormitorio, sin ni siquiera corresponder el saludo.

Una vez dentro de la antesala, se desnudó, y a continuación abrió la puerta del dormitorio propiamente dicho. Lo hizo despacio, sin hacer ruido, y después se introdujo sigilosamente en la cama donde dormía el viejo, es decir, Louis. Una vez dentro, le abrazó con fuerza, y fue cuando el hombre se despertó.

Al principio creía que era un sueño, y le costó hacerse a la idea de que había vuelto con él. De que estaba realmente allí, desnuda en su cama. Hasta que abrió los ojos y pudo ver por sí mismo aquellos grandes ojos ovalados y esa inocente sonrisa sensual que se reflejaba en la tenue luz azul que iluminaba suavemente la estancia.

—¡Laurita, hija! ¡Qué alegría tenerte otra vez por aquí!

—¡Hola, papá! Pues sí, ya ves, la hija pródiga que vuelve a casa.

—Oye, ¿dónde te has ido? Habrás estado por ahí divirtiéndote, ¡eh, golfilla!

—Sí, más o menos —respondió, con una expresión infantil.

—Seguro que has sido muy mala y te voy a tener que reprender —recriminó, mientras intentaba ponerse encima de la chica.

—Déjame —le dijo ella, de forma seca—. Estoy muy cansada y tengo sueño. Mañana… mañana me haré unas trenzas, y me azotarás, por haber sido tan mala.

El hombre obedeció, sumiso, mientras la chica se daba la vuelta y él hacía lo propio, relamiéndose.